ATLANTA-FULTON PUBLIC LIBRARY
R0000780587

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/pginasescogidass0000alas

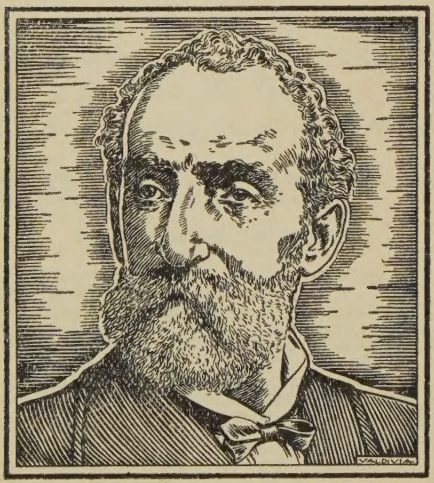
COLECCIÓN ESTRADA

VOLUMEN
SEXAGÉSIMO PRIMERO

EUGENIO M. DE HOSTOS

PAGINAS ESCOGIDAS

Noticia biobibliográfica, selección y notas
por José D. Forgione



ANGEL ESTRADA y Cía. S. A. - Editores
Bolívar 466 * Buenos Aires
1 9 5 2

S
868
Hostos

Régimen Legal de la Propiedad Intelectual. Ley 11.723

NOTICIA BIOBIBLIOGRÁFICA

I

En la mañana del 30 de septiembre de 1873, Eugenio María de Hostos desembarca en Buenos Aires (1). Es un joven de apenas 34 años, de abundante cabellera de color castaño. Usa patillas largas y pobladas. Es delgado y de mediana estatura. Sus ademanes son mesurados y su porte,

---

(1) Noticia aparecida en *La Tribuna* de Buenos Aires, el miércoles 1º de octubre de 1873, primera página.

D. EUGENIO M. DE HOSTOS

"Tenemos entre nosotros al distinguido periodista de Puerto Rico con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

"El señor Hostos, a quien damos la bienvenida, ha sacrificado posición, goces, halagos, familia, todo cuanto un hombre ama para sí, por la libertad de las Antillas y la felicidad de sus hermanos.

"Es un noble corazón y una bella inteligencia.

"Probado por el infortunio, su carácter se ha retemplado en el dolor: consagrado a la patria, su mente se ha desarrollado en las esferas de la ciencia para servir a su bella amada.

"Europa y América han sido teatro de sus esfuerzos de propagandista. El surco de su pluma, brillante como el camino de una estrella, guarda sus lágrimas de proscripto.

"La vida de Hostos ha sido un ejemplo y una enseñanza.

"Demostrando está lo uno y lo otro en sus artículos, en sus libros, en sus panfletos, en sus discursos.

"Buenos Aires va a darle asilo en su seno; la prensa del Plata recogerá con amor sus bellas e inspiradas producciones.

"¡Bienvenido sea a esta tierra, que es patria de nobles corazones, aquel que carece hoy de hogar y de patria!

"¡Bienvenido sea a la prensa argentina, palenque de caballerescos lidiadores, aquel que en la prensa ha recogido laureles y aplausos!"

elegante. Bajo las espesas cejas brillan sus serenos ojos azules (1).

Acaba de arribar a la capital argentina desde Chile, luego de dar la vuelta por los canales del Sur. Es un extraño viajero que tiene en el rostro las señales de largas fatigas y Buenos Aires no es más que una etapa en el itinerario que viene cumpliendo desde su amada isla de Puerto Rico y que, en forma de curva, de muchas millas de longitud, se cerrará, por fin, frente al mar de las Antillas que tanto amó. En el muelle lo espera don Santiago Estrada quien, en nombre de su padre, le presenta los saludos de bienvenida y lo invita, con afectuosa insistencia, a hospedarse en su casa. El viajero, "no pudiendo defenderse", acepta y ambos se dirigen a la residencia de don José Manuel Estrada Barquin.

Días después, Hostos frecuentaba ya la amistad de grandes hombres de la época y de distinguidos miembros de la sociedad porteña. En las páginas de su Diario íntimo figuran estos nombres: J. C. Gómez; el Presidente (Sarmiento), Wilde, Rawson, padre e hijo; Mitre, padre e hijo; Juan M. Gutiérrez, Vicente Fidel López, Quintana, Esteves Sagui, José Manuel Estrada; las familias de Pallavicini, Peralta, Varela, Za-

(1) LUIS GALDAMES. *Hostos: semblanza de una vida.* En "Nosotros" Buenos Aires, enero de 1939. Página 19.

valeta, Avellaneda, Baudrix, Paz, Pedro Goyena...

Durante su corta estada en la Argentina, colabora en los principales diarios y periódicos y viaja al interior con fines de estudio. En una prosa limpia, ágil y castiza publica las impresiones recogidas a su paso por Río Cuarto, Córdoba (la ciudad y las sierras), Rosario de Santa Fe, etc.

Nada escapa a su penetrante espíritu observador: estudia la vida universitaria de Córdoba y su juventud; se interna en las sierras, recorre la campiña rosarina y conversa con el agricultor extranjero y con el gaucho. Sostiene él que el progreso y la paz social e internacional dependerán, en gran parte, de la extensión de las líneas ferroviarias. Él mismo escribirá más tarde, esta fórmula: Ferrocarril, igual paz. *Preocupado por esta idea publica artículos sobre la imperiosa necesidad de construir el ferrocarril interoceánico (del Plata al Pacífico) y el Trasandino. Este último, que es ya una realidad, tuvo en Hostos a uno de sus más activos propagandistas. El reconocimiento público de sus gestiones fué materializado en este emotivo homenaje: la primera locomotora que recorrió las vías del Trasandino, llevaba grabado el nombre de* Eugenio M. de Hostos.

Lo entristece la suerte del agricultor argentino. Mientras los labradores venidos de países distantes trabajan, sin sobresaltos, su tierra y viven risueños al calor del hogar junto a la esposa y los hijos, el gaucho es arrancado del seno de los suyos y llevado a la guerra. No sabe, a veces, qué causa va a defender y contra quiénes va a esgrimir sus armas de combate. Le han dicho solamente que tiene que pelear contra un caudillo alzado contra el gobierno federal. Y allá va el gaucho a guerrear, entretanto deja atrás el rancho que construyó "imitando al indio"; a la esposa que lo ha acompañado, callada y feliz, en las horas duras de la necesidad; a los hijos que desde pequeños lo vienen auxiliando en las pesadas faenas...

El cuadro de los colonos extranjeros que trabajan en paz es realidad. "El cuadro del argentino a quien no dejan trabajar también es realidad" (1).

¿Quién era este extranjero de 34 años que así empleaba su vida en tierra argentina? ¿Qué misión le traía, en plena juventud, a esta parte del Continente, después de haber hecho escala en los principales puertos del Pacífico?

Veremos, en seguida, quién era este hombre, ignorado casi en muchas partes de América y

(1) HOSTOS. *Mi viaje al Sur.* Vol. VI de las *Obras Completas.* Página 235 y ss.

quizá olvidado, aun por los pueblos que recibieron, en una u otra forma, el beneficio de su obra civilizadora y el regalo de sus páginas literarias, tan profundas como primorosas en la forma. Porque Hostos fué, ante todo, un civilizador que merece figurar entre los más grandes: Bello, Sarmiento, Martí, Montalvo...

Ha dicho muy bien Andrés Iduarte: (1) "La existencia y la labor de Hostos — más disciplinadas que las de José Martí, menos violentas que las de Sarmiento, más emocionadas que las de Andrés Bello — son parte principal de la primera piedra en que ha de asentarse el edificio intelectual y ético del Continente americano".

II

En las primeras horas del 11 de enero de 1839, vino al mundo Eugenio María de Hostos, en una estancia de Río Cañas, "uno de los partidos en que está dividida la jurisdicción de Mayagüez, puerto occidental de la isla de Puerto Rico" (2).

Sus padres, don Eugenio de Hostos y doña María Hilaria de Bonilla, se establecieron, jun-

(1) *Rebeldía y disciplina en Hostos.* En *Eugenio M. de Hostos,* "Hispanic Institute", Nueva York, 1940. Página 5.

(2) Cfr. E. M. DE HOSTOS. *Obras Completas,* Vol. I, *Diario,* tomo I, página 7.

tamente con tres hermanos del primero, en la estancia que don Eugenio había heredado de sus mayores. Se entregaron allá a toda clase de labores rurales, para conjurar la pobreza y las múltiples privaciones que habían padecido en Mayagüez.

En aquella hacienda perdida casi en la soledad de los campos, doña María Hilaria de Bonilla dió a luz a su nuevo vástago Eugenio María, a quien le estaba reservado un destino muy alto en las luchas por la independencia de su patria y un lugar preponderante entre los más grandes civilizadores de la América española (1).

Años más tarde Eugenio María recogió, en páginas tiernas, las penurias que sus progenitores habían vivido en Mayagüez y después en Río Cañas.

La noche de su nacimiento — "triste, lluviosa y sombría" — la madre, herida aun por el alumbramiento, estrecha la mano de su esposo que no puede ocultar su angustia junto al lecho humilde.

(1) En el folio 44 vuelta, del libro de Bautismos, de la iglesia parroquial de Mayagüez, Puerto Rico, se encuentra la siguiente partida, que, copiada a letra, dice: "En esta villa de Nuestra Señora de Candelaria de Mayagüez, P. R., a dos de abril de mil ochocientos treinta y nueve; yo, el Pbro. don Antonio Alemán, Cura teniente de esta Parroquia, bauticé solemnemente y puse óleo y crisma a Eugenio María, que nació el 11 de enero; h. l. de don Eugenio de Hostos y doña María Hilaria de Bonilla, de esta feligresía; fueron sus padrinos don Felipe y doña Caridad Bonilla, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones de que doy fe. *Antonio Aleman*". Cfr. ANTONIO S. PEDREIRA: *Hostos, ciudadano de América*. Madrid, 1932. Página 36.

"¡Pobre alma mía! — gime él — ¿qué has hecho para sufrir mi triste suerte?" Y la esposa le responde con débil voz: "Y tú ¿qué has hecho para merecer la mía?"

Están doloridos los dos: ella con el dolor del cuerpo que acaba de dar al mundo una vida nueva y él con el dolor que le atenacea el corazón ante el sufrimiento de la compañera de afanes y de sueños.

Eran como dos niños desconsolados, confortándose el uno al otro, con medias palabras, bajo el techo ruinoso, aquel mismo techo que en las noches claras, escondía la pobreza de sus moradores a las miradas titilantes de las estrellas.

Un presentimiento feliz los confortaba, sin embargo, en la adversidad. El padre mismo lo confesó en una carta que le escribió años después, a Eugenio María: "Nos parecía — le dice — que veíamos rayos de luz en todas partes" (1).

Como el laboreo de la heredad de Río Cañas ofrecía pocas perspectivas de bienestar económico, la familia de Hostos se trasladó nuevamente a Mayagüez. Don Eugenio se dedicó al comercio, pero con poca fortuna y, cuando todo parecía conspirar contra sus afanes y trabajos, sobrevino un acontecimiento que cambió, por

(1) *Op. cit.*, página 10.

completo, la suerte de aquel hogar: un voraz incendio estalló en 1841 en la villa portorriqueña y la redujo a escombros. Eugenio María contaba, a la sazón, dos años de edad. Él mismo recordará, años más tarde, en sus Memorias, *cómo del mal de muchos puede nacer el bien para unos pocos.*

Aquel incendio que sembró el dolor en muchos hogares cambió, en forma definitiva, la suerte de la familia de Hostos. Veamos, en las propias confidencias de Eugenio María, el relato de la inesperada mudanza. "En el sistema colonial de España — dice — la esclavitud tiene tantas formas cuantas necesidades la vida colectiva. Nada puede hacerse bajo él porque para todo es necesario acudir a la autoridad."

La reedificación del pueblo incendiado imponía a sus habitantes la obligación de pedir permiso a la autoridad, ora para edificar, ora para reedificar en piedra o en madera, en estas o aquellas condiciones. Eran millares y millares las solicitudes que habían de hacerse, y eran muy pocos los hombres inteligentes que supieran escribir y expresar en formas agradables lo que querían. Eugenio de Hostos, hombre de clarísimo entendimiento, de educación superior a la de casi todos sus conciudadanos, instintivamente poseedor de la forma literaria y conocedor del

formulario abogadil que se emplea en esa clase de documentos, fué asediado por solicitudes. Cada uno de ellos recompensaba su trabajo en razón de su urgencia o de sus medios, y Eugenio de Hostos adquirió, en una desgracia que nadie lamentaba tan sinceramente como su bondadoso corazón, los recursos de vida que acaso habían negado a su trabajo los mismos que entonces acudían a rendir homenaje interesado a su talento. Quedó éste consagrado, y no mucho después de aquella prueba, un hombre bueno, sencillo protector del mérito oscurecido, proporcionó una feliz ocasión de bienestar al señor Hostos. Faltó en la escribanía pública del pueblo un oficial inteligente, y el escribano protector del talento llamó al que tantas pruebas del suyo había dado en el reciente conflicto de los intereses públicos e individuales. No pasó mucho tiempo sin que la laboriosidad y el entendimiento ensayados por Eugenio de Hostos se demostraran en toda su fuerza. El propietario de la escribanía, cansado ya de ella, propuso a su primer oficial que la adquiriese y hubo quien, seguro de la escrupulosa probidad en los negocios y de la intachable y ejemplar moralidad en las costumbres del joven, le anticipara los recursos necesarios para comprar la escribanía(1).

(1) *Op. cit.*, páginas 10-11.

III

Hostos recuerda a lo vivo las alegrías y peripecias de la primera infancia. A los seis años, la criada, a causa de una negligencia, lo llevó al borde de la muerte, de la que se salvó milagrosamente. Poco después, a los siete años, cayó enfermo de tanta gravedad que los familiares llegaron a creer que nada podía volverlo a la salud. Mas luego de una larga convalecencia, Eugenio María sanó. Tiernos y emocionados recuerdos de aquella enfermedad le inspirarán después páginas llenas de amor hacia la madre. En el dormitar largo y jadeante de la fiebre, la ve "ansiosa, inclinando su dulcísima cabeza sobre su frente, consultando con la palma de la mano los grados de calor febril en la cabeza del niño moribundo, sonriéndole cuando él entreabría los ojos para llenarla de la blanda claridad de aquellos expresivos ojos azules, riñéndole suavemente si se movía, recomponiendo la ropa de cama descompuesta, retirándose en puntillas, prohibiendo la entrada de los niños en el aposento, imponiendo silencio a sus bulliciosos entretenimientos, aproximándose otra vez con la medicina en una mano, una lágrima en los ojos, una promesa en los labios, una violencia natural para cumplir los preceptos del médico y una

pieza de cobre o de plata, según el convenio, para decidirlo a tomar el brebaje repugnante".

Todos estos recuerdos harán exclamar, más tarde, a Hostos, en horas de inmensa fatiga y de fuertes quebrantos morales: "¡Cuántas veces no he tenido que lamentar, en el curso de la vida, haberme levantado de aquel lecho en el que iba a morir!"

Son también de aquellos años las alegrías que a él y a sus hermanos los proporcionaba el viejo don Agustín Aurteneche quien diariamente despertaba a los niños de la casa y les ponía en las manos almendras confitadas.

La voz del viejo amigo haríales bajar precipitadamente para recibir la golosina matinal.

Próxima a la casa de Hostos, en la parte de atrás, doña Rafaela daba clases de primeras letras y enseñaba rezo a los niños pequeños del barrio. Entre ellos figuraba Eugenio María.

Su iniciación en la vida escolar no pudo ser más amarga ni dramática. En efecto; el regreso al hogar culminó con indescriptibles gestos de indignación y rebeldía. Doña Rafaela había ordenado a los alumnos que llenaran una plana de escritura. Eugenio María puso el mayor esmero de que era capaz para realizar aquella tarea y, una vez terminada, la presentó a la maestra. El niño se aproximó al escritorio visi-

blemente satisfecho de su primer trabajo; pero cuál no fué su sorpresa al escuchar de labios de la preceptora una severa reprimenda. "Estaba él seguro de haber hecho todo lo posible porque la plana fuera elogiada y premiado su trabajo y sin embargo lo castigaron."

El castigo que le impuso doña Rafaela consistió en permanecer, cierto tiempo, de rodillas en el piso de la sala. Esta injusticia le produjo tal crisis nerviosa que el gran civilizador la recordó a lo largo de su vida. Con los ojos bañados en lágrimas y los labios temblantes, sufría callado las miradas de los condiscípulos, en tanto doña Rafaela proseguía su tarea, ajena a la emoción depresiva que dominaba al niño. Apenas volvió al hogar, la crisis se resolvió en un torrente de palabras condenatorias contra aquella primera injusticia. "Nunca probablemente madre alguna oyó de labios de un niño quejas más acerbas, protestas más viriles, acentos de más activa indignación que las aquella tarde oídas por la madre de Eugenio María." Y es que estaba tocado por un profundo sentimiento de justicia, tan vivo en el fondo de su espíritu como vivo es el fulgor de la estrella en la noche cerrada.

Aquella primera rebeldía contra el castigo injusto reveló la vocación irrefrenable de quien

debía llevar más tarde, en los labios, un verbo de redención y en la mano una alta bandera de justicia social.

A las primeras lecciones de doña Rafaela siguió un aprendizaje más organizado que estuvo a cargo del maestro Domingo Prats. Poco tiempo después enriqueció sus conocimientos en el Liceo de la capital de Puerto Rico dirigido, a la sazón, por don Jerónimo Gómez de Soto Mayor (1).

IV

El padre de Eugenio María, estimulado por la marcha favorable de sus negocios decidió, como era costumbre en los señores de la colonia, proporcionar a su hijo la oportunidad de emprender estudios más vastos. Para esto lo envió a España, a la edad de trece años, a continuar el bachillerato como alumno del Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao (2).

En 1857, esto es, a los 16 años, pasó a Madrid a fin de cursar la carrera de Derecho en la Universidad Central. "Él hubiera preferido ser artillero, pero no pudo emancipar sus preferencias y sucumbió a los mandatos de su

(1) *Op. cit.*, página 21.

(2) ANTONIO S. PEDREIRA. *Hostos, ciudadano de América*. Madrid, 1932. Página 39.

padre" (1). No terminó, sin embargo, la carrera. Un ideal más fuerte y avasallador que el de ganar el título universitario, le dominó en la adolescencia y siguió dominándole a lo largo de la vida; fué éste: la independencia de su patria. Este anhelo que acicateaba también a otros jóvenes de su edad, lo lanzó a una lucha sin tregua, en medio de una estrechez económica que llegó a encender en él profundas rebeldías: "protestaba del método que seguían los profesores —anota Pedreira —, del plan de los textos, de la tiranía del horario y de todas esas circustancias académicas que la vida universitaria impone igualitariamente a todos los estudiantes".

A los veintisiete años anotó en su Diario *las causas más íntimas que le hicieron abandonar sus estudios de Derecho. En sus confidencias nos habla del "incansable remordimiento" que le hiere cada vez que piensa en lo anormalmente que ha desarrollado su vida, "acaso no por otra razón que por haber desdeñado el punto de apoyo que dan una carrera científica y la posición social que la acompaña". Enumera, luego, las fuentes del abandono intelectual en que se hallaba sumido: la vocación literaria, por un lado, y por otro, el orgullo y la timidez que*

(1) A. S. PEDREIRA. *Op. cit.*, página 40.

han formado su carácter, la falta de emulación, su rebeldía contra todo formalismo. "En silencio, a solas, sin consultas, sin consejos, sin orden, sin método he educado mi inteligencia"... "pero metódica, regularmente, en academias, con profesores, libros, plan, horas y condiciones obligatorias, nada hice, nada supe, nada quise hacer, y a pesar de mí mismo, y luchando con mi amor propio, vencido por él, abandoné el camino más recto y más seguro" (1).

V

En 1863 publicó en España su primer libro: La Peregrinación de Bayoán. *El autor tenía 24 años. "Este libro, más que un libro, es un deseo; más que un deseo, una intención; más que una intención, es sed. Sed de justicia y de verdad." Con estas palabras abrió Hostos el pórtico de su obra. Se mueven en ella tres personajes simbólicos: Guarionex, Bayoán y Marién (2). Representan respectivamente la unión de las tres grandes Antillas: Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba.*

(1) *Op. cit.*, página 27.

(2) *Guarionex* es nombre indígena del cacique más poderoso de Haití cuando la descubrió Colón.

Bayoán fué el primer indígena de Borinquen que dudó de la inmortalidad de los españoles.

Marién es, también, nombre indígena de la comarca más bella de Cuba. Hoy se llama Mariel. Cfr. *Obras Completas*, Vol. VIII, página 85.

La aparición de esta obra produjo revuelo en los escritores jóvenes de la época. Se sabía que la censura que pesaba sobre las producciones de la inteligencia era severa y, por momentos, inicua y nadie ignoraba que Hostos perseguía con ella un "secreto designio".

Julio Nombela [1], *el amigo inseparable de Bécquer, recuerda la aparición del libro.* "La Peregrinación de Bayoán — *dice* — *había entusiasmado a sus paisanos y le había valido* (a su autor) *algunas persecuciones.*"

"*A pesar de su carácter reservado* — *prosigue Nombela* — *logré ganar su afecto y mientras permaneció en Madrid, es decir, mientras que pudo disfrutar de seguridad personal, fuimos buenos amigos. Sus deseos me parecieron justificados y plausibles y puedo asegurar que, desde entonces, sin comprender como más tarde comprendí toda la intensidad y la aspiraba a resolver, participé de sus sentimientos de un modo platónico, eso sí; pero convencido de que los cubanos y los puertorriqueños, que anhelaban la descentralización primero, la autonomía después y por último la independencia que al fin consiguieron con ayuda de un extraño* — *los*

(1) *Impresiones y Recuerdos.* Imprenta particular de "La Última Moda". Madrid, 1910. Tomo II, páginas 338-340.

Estados Unidos — cuando debieron obtenerla de su propia madre, España" (1).

El prólogo de la segunda edición que fechó en Santiago en 1873, esto es, diez años más tarde de la que, por primera vez, vió la luz en Madrid, contiene la historia de La Peregrinación de Bayoán. *Es un capítulo rico en confidencias y recuerdos, escrito con galanura y gran belleza literaria. Como cultor que era de una literatura de ideas, expresa así su pensamiento acerca de los escritores que sólo atienden a la forma primorosa y posponen a ella el fondo y el concepto.*

"Hay en el mundo demasiados artistas de la palabra — dice —, demasiados adoradores de la forma, demasiados espíritus vacíos que sólo a la ley de las proporciones saben obedecer, y yo no quería ser uno de tantos habladores que, en tanto que llenan de palabras sonoras el ámbito en que se mueven, son radicalmente incapaces de realizar lo que más falta hace en el mundo: hombres lógicos."

---

(1) Diez años más tarde Hostos reprochará a Nombela, en el prólogo de la 2ª edición de la obra, la escueta noticia que el segundo dió en "El Correo de Ultramar" sobre *La Peregrinación de Bayoán*. Dice: "Nombela, novelista a la moda, se maravillaba en mi presencia de lo que llamaba novedad absoluta de mi estilo, y en vez de confesarlo al público español, daba al americano en cuatro palabras que sólo en estos días he leído en "El Correo de Ultramar" de aquella época, la simple noticia de la aparición del libro, ocultando su espíritu y su objeto y callando el origen del autor".

VI

Eugenio María sigue, al finalizar su borrascosa adolescencia, el movimiento republicano español y ya en la juventud ataca, con los medios a su alcance — la pluma y la palabra —, a la monarquía de la madre patria por el abandono en que tiene a sus colonias de América.

Esta campaña política, que llevó adelante con todo el fervor de que era capaz, le dió justo renombre entre los jóvenes de la época y en 1868 fué llamado con urgencia, desde Barcelona, para hacerse cargo de la dirección del nuevo diario "El Progreso", órgano de propaganda liberal. Habían salido ya los primeros números a la calle, cuando el conde de Cheste, capitán general de Cataluña ordenó su clausura inmediata. Hostos se halló así en difícil situación ante las autoridades españolas y decidió dirigirse a Francia juntamente con otros revolucionarios.

Se radicó en París a principios de agosto del mismo año y en seguida trabó allí relaciones con republicanos y exilados españoles.

El 5 de agosto escribe en su Diario: *"He luchado por el pan cotidiano, demasiado ásperamente para que no me duela recomenzar en París la lucha de Madrid y Barcelona". Y agre-*

ga, más adelante: "Asústeme con razón el recuerdo de Madrid, y espánteme con justicia el de Barcelona, nada hay que pueda asustarme ni espantarme aquí. ¿Qué he hecho? Sondear a Pi, que no tiene fondo; a Castelar que no tiene más que superficie."

Cierta vez entrevistó a Castelar y le habló con palabra exaltada de su Puerto Rico y de los propósitos de independencia que animaban a los jóvenes compatriotas. Sin medir el alcance de sus palabras, pidió al ya célebre orador que los apoyara en el plan revolucionario destinado a liberar a Puerto Rico del predominio monárquico. Castelar lo dejó hablar y luego le replicó con firmeza: "Sepa usted que primero soy español y después soy republicano" (1).

VII

El afán libertador que apasionaba a Eugenio María de Hostos y a otros jóvenes de su temple, no era una vana actitud romántica.

El descontento de los portorriqueños venía de muy lejos. Gobernantes peninsulares sin escrúpulos tuvieron sumida a la isla en un doloroso desamparo. Su preocupación dominante la cons-

(1) LUIS GALDAMES. *Hostos: semblanza de una vida.* En "Nosotros", Buenos Aires, enero de 1939, página 18.

tituía la percepción de elevadas cargas impositivas que desbarataban todo intento de bienestar personal. La mitad de los impuestos pertenecía a la Corona; la otra mitad quedaba en la isla y se la destinaba, casi por entero, al mantenimiento del ejército colonial, "un ejército de figurón con más oficiales que soldados, amparados en sus uniformes para cometer desmanes" (1).

Durante mucho tiempo se persiguió a los periodistas y se tenía prohibido el empleo de palabras que fueran capaces de estimular planes de liberación. Entre estas palabras figuraban: independencia, tiranía, opresión, despotismo, *etc.*

La explotación de los nativos por los traficantes peninsulares tenía contornos dramáticos. Nadie quería prestar oídos a las ardientes reclamaciones que unos pocos patriotas se atrevían a hacer llegar a la Corona para que ésta pusiese término a los horrores de la esclavitud que azotaba a la gente de color. Los males reseñados no podían ser conocidos en toda su extensión por el gobierno de la Metrópoli, porque se ejercía, en la isla, una vigilancia extrema sobre los hombres que repudiaban aquellos sistemas de

(1) A. S. PEDREIRA. *Op. cit.*, página 47.

sometimiento y coerción. El odio anidaba ya en lo más hondo de las almas y aquellos hombres que se sentían impotentes para liberarse, entregábanse en forma desmedida y brutal, al alcohol, al juego y demás vicios degradantes.

Sarmiento, que no ignoraba la penosa situación en que se desenvolvían algunas colonias españolas, expuso ideas terminantes en el artículo que publicó en Progreso, *2 de abril de 1844, con motivo de la aparición, en Madrid, de* El Observador de Ultramar. *"Trataráse en él — dice — de los intereses coloniales, esto es, como los entienden los metropolitanos: sumisión a la autoridad de la madre patria, la predicación de todas las doctrinas que conducen a mantener el quietismo colonial, el vergonzoso tráfico de los negros y todos los medios de prolongar la sujeción de las colonias. La circulación de escritos de esta naturaleza encuentra pocos atractivos entre nosotros." Y agrega, en seguida, estas declaraciones que se anticiparon a las que, más tarde sostendrá Hostos: "Nuestros intereses están en el desarrollo, en el progreso, en el cultivo de la inteligencia, en la difusión de las ideas que preparan y robustecen el sentimiento de la libertad, y en la discusión de las doctrinas que conduzcan a alejarnos más y más del antiguo sistema de gobierno metropolitano, que se*

perpetúa en Cuba, Puerto Rico, las Molucas y Filipinas" (1).

VIII

La intensa lucha que los mismos revolucionarios españoles libraban, desde el exilio, contra el régimen político de la Corona, alentó a Hostos a proseguir su propaganda en favor de la autonomía de Puerto Rico. De Barcelona se traslada, como se ha visto, a París.

En la capital de Francia permanece poco tiempo. El conductor de pueblos se vió precisado a afrontar, en París, toda clase de privaciones para no perecer. Llegó un momento en que carecía hasta de los recursos más indispensables para vivir. Él mismo ha anotado en sus memorias las penurias económicas de aquel año de 1868. "En vez de independiente — dice —, durante cinco años he sido un miserable esclavo del dinero. Me ha faltado para todo, hasta para ejercer los derechos de mi dignidad" (2).

En medio de su difícil situación económica tiene Hostos la fuerza moral necesaria para rehusar empleo o cargos rentados, porque piensa que éstos lo alejarían de su patriótica misión.

A los pocos días de su llegada a París siente su desamparo, su soledad angustiosa agravada

(1) SARMIENTO. *Obras Completas*. Tomo II, página 105.
(2) *Diario*, tomo I, página 68.

por la falta de recursos. El 18 de agosto escribe en su Diario: *"Ahora, al entrar en casa, he hallado en la escalera a la arregladora de cuartos que me interrogó en silencio: yo le dije que llovía y la pobre mujer tuvo que sonreírse, y como yo forzaba palabras para disimular la honda vergüenza de mi situación, forzaba ella ademanes respetuosos." Estas y otras mortificaciones nacidas de la pobreza le hacen alejarse de la habitación durante muchas horas del día; en el interminable vagar por las calles de la ciudad piensa en América, en la "madre Isla", en la casa solariega y le nacen fuertes impulsos de abandonar Europa. Pero bien pronto reacciona y dirige su pensamiento a España, fija su mente en los movimientos revolucionarios que, a la sazón, la afligían y espera el instante propicio para encaminarse a la Península e incorporarse a los rebeldes. "Logra al fin salir. Su retorno (a España) coincide con la noticia de la victoria de Serrano en la batalla de Alcolea. Madrid también se ha sublevado y don Nicolás María Rivero ha lanzado al pueblo, desde los balcones de la Casa de la Villa, el retrato de Isabel II" (1).*

(1) ANDRÉS IDUARTE. *Rebeldía y disciplina en Hostos.* En *Eugenio M. de Hostos*, cuaderno de "Hispanic Institute", Nueva York, 1940. Página 8.

En tanto se producían en España esos acontecimientos, Puerto Rico pedía su libertad con el Grito de Lares, *el 23 de septiembre de 1868, y Cuba con el de* Yara.

Hostos creyó que sus gestiones en favor de la autonomía portorriqueña hallarían en aquel clima revolucionario un estímulo propicio, pero no fué así. La respuesta de Castelar: "Primero soy español", se repetía en los labios de otros republicanos ilustres. Afectado por la indiferencia con que eran vistos los problemas coloniales, pronunció en el seno del Ateneo, el 20 de diciembre de 1868, un grave discurso que impresionó a los oyentes (1). Los biógrafos de Hostos recuerdan las palabras que, al finalizar aquel discurso, pronunció el presidente de la institución:

—Señor Hostos, lo hemos perdido.

—No; me habéis ganado, repuso el joven orador. Y ambos, se abrazaron.

"En realidad no lo perdió nunca la España auténtica — anota Iduarte (2) —, pero sí la que aun siendo liberal, jamás vió con buenos ojos el problema de América."

El 1º de septiembre de 1869 Hostos volvió a París y el 10 de octubre salió de Francia con

(1) Damos, más adelante, el texto íntegro del discurso y la rectificación de que fué objeto.

(2) *Op. cit.*, página 9.

rumbo a Nueva York, para ofrecer sus servicios y su vida a la Junta revolucionaria que se había organizado en esta última con el fin de luchar por la autonomía y libertad de los pueblos antillanos.

En esta etapa de su vida Hostos concibe formalmente la idea de echar las bases de la Confederación Antillana que debía comprender Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Esta idea lo obsede con fuerza.

IX

En el viaje de regreso a América traía en el fondo del alma una gran decepción que él mismo ha anotado en su Diario [1]. *Su decepción tuvo origen en la desconfianza que España le inspiraba políticamente, "para hoy, para mañana y para siempre; desconfianza de sus políticos, muñecos movidos por pasión, no por ideas, perpetuos espejos de sí mismos que allí ven el bien general donde vislumbran el suyo, que de todo dudan si el porvenir de su interés se hace dudoso. Desconfianza de sus hombres que sufriendo en su patria la ignominia o maldiciéndola en la emigración, sólo tienen improperios para el país donde nacieron. Desconfianza de la re-*

(1) *Op. cit.*, tomo I, página 69.

volución, porque no será una renovación. Desconfianza segura, perspicaz, circunspecta, tanto más firme cuanto más razonada, éste es el resumen de mi juicio sobre las cosas de ese país al cual he sacrificado mi juventud, en el cual he devorado infecundamente media alma".

Hombre de pasión él también, dueño de una cultura de fuerte raigambre española, soñador y rebelde, viajaba rumbo a la tierra en la que creía hallar hombres nuevos, dispuestos a jugarse enteros por la causa que él venía defendiendo.

En Nueva York dirige el periódico La Revolución. *Desde sus columnas estimula a los rebeldes de Cuba, envuelta ya en los resplandores de la hoguera. Reaparece en tierra americana el mismo fantasma de la pobreza que lo había perseguido a través de España y principalmente en Francia.*

En medio de ese batallar incesante para no perecer, comprende que los rebeldes de América eran también muñecos movidos por pasiones, no siempre generosas; vislumbra que los revolucionarios libran entre sí graves luchas originadas por la envidia y las ambiciones personales que derivaban a un plano secundario el ideal emancipador y, entristecido por todo ello, se prepara

a realizar su soñada peregrinación por los países sudamericanos, que había de durar cuatro años.

Transcurre el año de 1870. Con Luperón, su gran amigo y hombre de acción, enfrenta al presidente Báez y ambos lo atacan en forma violenta, cuando éste se mostró dispuesto a aceptar la anexión de la tierra dominicana a Estados Unidos.

Esta campaña que Hostos libró contra los hombres que así conspiraban contra la libertad dominicana, fué su despedida de soñador impenitente y un buen día del citado año partió con rumbo a la capital peruana. El itinerario seguido es éste: Nueva York, Cartagena, Panamá, el Callao y Lima, ciudad la última a la que llegó en noviembre de 1870 (1).

Su estada en la capital peruana se prolonga por espacio de un año y su actuación es allí menos fecunda que en las ciudades que visitará después.

En Lima funda, en sociedad con don Federico Torrico, el periódico La Patria. *La salita de redacción de la nueva hoja se convirtió, bien pronto, en lugar de reunión de conocidos intelectuales limeños. Don Ricardo Palma, que era uno de los asiduos concurrentes, ha evocado,*

(1) Hostos reanuda su *Diario* en un cuarto del Hotel Seronvalle de Lima, el jueves 24 de noviembre de 1870.

después, aquellas reuniones y su amistad con el pensador portorriqueño.

En las columnas de La Patria *Hostos continuó su prédica americanista y liberal y prestó preferente atención a los problemas políticos y económicos. A raíz de la presentación que un contratista había hecho al gobierno para construir el ferrocarril de Oroya, Hostos inició una vigorosa campaña contra el texto de algunas cláusulas que, en su entender, redundarían en perjuicio de los intereses nacionales. Esta campaña, que suscitó los más encontrados debates, decidió al contratista a buscar un término conciliatorio con el insigne periodista. Conocedor de las ideas que el portorriqueño alentaba acerca de la autonomía de las Antillas hízole una tentadora proposición: le ofreció una suma de dinero para "la causa de Cuba" que Hostos rechazó lleno de dignidad.*

Muy poco tiempo estuvo vinculado a la dirección del periódico pues su socio don Federico Torrico introdujo modificaciones de fondo en las ideas iniciales, las cuales, al no ser aceptadas por Hostos, movieron a éste a separarse de la dirección del periódico. Fundó en Lima la Sociedad de Amantes del Saber, con el fin de proyectar la reorganización de la enseñanza primaria y secundaria y acomunar, en su seno,

opiniones favorables a la autonomía antillana. Para el mejor logro de este fin dejó constituída asimismo la Sociedad de Auxilios para Cuba.

El 1º de enero de 1871 recibe la noticia, escrita de puño y letra de su padre, en la que éste le da cuenta del fallecimiento de Engracia, la hermana predilecta del pensador. Este hecho infausto lo hunde en el más grande de los dolores, porque fué ella quien mejor comprendió al peregrino de América. En la carta que el padre le ha escrito, le recuerda unas palabras de la hermana que acaba de irse para siempre:

"Déjale que obedezca a sus principios: así es como él realizará sus aspiraciones."

Al siguiente día de aquella noticia, Hostos, olvidado de sus ideales, de su soledad y de su pobreza, se dió a añorar la niñez lejana.

"Desde donde alcanza mi memoria a llevar a mi pensamiento, veo la hermana amante. Decían que nos parecíamos tanto, que la hacían el agravio de compararla conmigo que era feo, mientras ella era bella. No era ella quien me encontraba feo: al contrario, ella aumentaba mi timidez diciéndome que era bien parecido." "La primera idea que yo tuve de lo que es el remordimiento, se lo debo a ella. Teníamos un perrillo muy bonito al cual ella cogió terror yo no recuerdo por qué. Decidida a desembarazarse de él, un

día por la noche, después de comida, estando ella, Eladia y yo en el balcón, el perrito se acercó y ella lo cogió y lo lanzó por el balcón. Fué un dolor grandísimo para nosotros oír al pobre animal moribundo aullar fúnebremente."

Cierta vez Hostos, que apenas contaba nueve años, tuvo que defender valientemente a la hermana Engracia, de las persecuciones de un joven que la asediaba con intento de abrazarla...

Estos y otros recuerdos vienen a la memoria del conductor de pueblos a la caída de la tarde de aquel lunes 2 de enero.

En ese estado de ánimo escribe en su Diario: *"Mi vida de ventura fué cortada a los doce años cuando partí para la ciencia"* (1).

La estada en Lima del gran portorriqueño duró unos trece meses. En diciembre de 1871 partió en viaje al Sur, con rumbo a Valparaíso, ciudad a la que arribó el 29 de diciembre de 1872. Al día siguiente, esto es el 30, entró en Santiago de Chile (2).

X

Cuando Hostos se radicó en Santiago de Chile, tenía 33 años. A lo largo de las rutas y caminos

(1) Tomo II, página 14 y ss.
(2) *Diario*, tomo II, página 22.

que había recorrido hasta llegar a la capital chilena, tuvo un solo pensamiento: la patria, la amada Isla que él soñaba emancipar de todo poder extraño. En el largo y penoso andar a través de pueblos distantes, lo acompañó siempre la sombra de la pobreza y le atormentó la dificultad que debía vencer, en cada puerto, para hallar trabajo y los recursos indispensables para vivir. De vez en vez el amor le sonrió en su marcha fatigante. En Nueva York, en Cartagena, en Lima, sintió a hurtadillas la alegría y la emoción de algún gran afecto de mujer que abandonaba luego, castigando como un asceta sus sentidos, para no apartarse de la dura misión que él mismo se había impuesto desde la primera juventud. De este renunciamiento a la amistad amorosa y de la lucha que debía librar, a cada paso, para hacerse escuchar en su quijotesca empresa emancipadora, tomó cuerpo en él la tristeza que siempre lo acompañó a lo largo de la existencia. Este sentimiento, unido a las decepciones que cosechaba en sus trabajos a menudo infructuosos, explican las anotaciones que el patriota portorriqueño ha consignado en los dos volúmenes que componen su Diario.

A los dos meses del arribo a Santiago, reanuda formalmente sus memorias y, ahora como antes, se esmerará en el análisis de su propia

vida. "Yo tenía un fin de dignidad — escribe Hostos —, trabajar para vivir; un fin intelectual, ensanchar mis conocimientos; un fin que los resumía todos, hacerme una reputación para volver a mi país rodeado de la aureola que debía atraer la atención de mis compatriotas, de mis auxiliares en la obra sagrada de realizar la revolución de independencia. ¿Qué he hecho? La organización de la enseñanza me impidió el estudio del derecho. La falta de trabajo entorpeció mi vida material. La inquietud en que siempre estaba mi dignidad, comprometida por la falta de recursos, limitó el ensanchamiento de mis conocimientos. Las pasiones de que fuí juguete en el campo de la política y de la literatura en España me negaron la reputación que buscaba" (1).

En la capital chilena halla Hostos el medio propicio para desarrollar una intensa obra intelectual. Con el estímulo de amigos estudiosos publica la segunda edición de La peregrinación de Bayoán *precedida del magnífico prólogo a que ya hicimos referencia. Dió también a la estampa, estas obras:* Biografía crítica de Plácido, *en cuyas páginas analiza la vida y obra del insigne poeta cubano fusilado en la Habana en 1842; una memoria sobre* La Exposición de

(1) *Diario.* Tomo II, página 23.

Artes e Industrias de 1872; *la* Reseña Histórica de Puerto Rico, La enseñanza científica de la mujer, *compilación de sus conferencias sobre este tema, "labor de visionario victorioso que agradecieron las chilenas, dedicando al defensor de sus derechos las primeras tesis femeninas aprobadas en la Universidad" (1).*

Pertenece a la misma época su magistral ensayo sobre Hamlet.

El sábado 6 de abril de 1872 anotó Hostos: "He pasado todos estos días ahogando en el trabajo la tristeza que me circunda; he escrito algo de lo que pienso sobre Hamlet; obra fácil para mí que me encuentro desde hace tiempo en la situación moral del héroe de Shakespeare. ¿Qué es lo que lo hace infeliz? El detenerse demasiado en el estado de transición en que se encuentra; el pensar demasiado lo que debe hacer y el no hacer lo que quiere. ¿Qué es mi vida, si no ese infame estado?" (2)

Durante su estada en Santiago preparó el índice de una obra que proyectó escribir sobre La República de Chile.

Escribió, asimismo, artículos que vieron la luz en La Patria *de Valparaíso, de abril a no-*

(1) A. S. Pedreira. *Op. cit.*, página 76.

(2) *Diario*, tomo II, página 36.

viembre de 1872; en El Ferrocarril, *en cuyas columnas publicó el ensayo crítico sobre* Hamlet; *en la revista* Sud América, *de junio a septiembre de 1873, etc.*

En tierra chilena escribió también la biografía de Carlos Manuel de Céspedes y el estudio histórico-político América en 1873.

Para atender a sus gastos indispensables dió clases particulares. En esta actividad sintió reafirmarse su vocación por la enseñanza.

Como la misión que traía a la América del Sur no estaba cumplida, el 10 de septiembre de 1873 se embarcó en el Ibis, *anclado en el puerto de Valparaíso, listo para zarpar con rumbo al Río de la Plata. "Estuve largo tiempo — escribe Hostos — contemplando los cerros que tantas veces en días no más felices, pero más tranquilos, había contemplado. Estuve largo tiempo perforando con mirada obstinada los cerros, las montañas, el horizonte, el espacio que me separaban de Santiago. Estuve sondeando con la vista exterior los abismos del espacio impenetrable. Estuve sondeando con la vista interior los principios de la voluntad imperturbable."*

"...Al fin, a las ocho de la noche, la hélice empezó a agitar el agua; el buque, navegando, empezó a formar su estela; la estela, fosfores-

ciendo, empezó a remedar con sus luces fugitivas las vagabundas esperanzas que siempre, al empezar y al terminar estos viajes de amargura, se forjan de la nada e inopinadamente se disipan en la nada". "Si en aquel momento había alguien que interrogase a la oscuridad de su destino adverso, aquella mirada debió encontrarse con la mía en la misma oscuridad" ([1]).

Después de un viaje de casi veinte días, Eugenio M. de Hostos arribó, por el Atlántico, a las costas de Montevideo (29 de septiembre). De esta capital salió, al día siguiente, con rumbo a Buenos Aires.

XI

El 30 de septiembre de 1873 el incansable viajero se estableció en la capital argentina. La presidencia de Sarmiento tocaba ya a su fin.

Cuando Hostos llegó a Buenos Aires, la República vivía horas difíciles: estaba aún latente el triste recuerdo de los estragos que la fiebre amarilla había hecho en la población de la Capital y el cólera en Corrientes. Muchos hogares seguían enlutados. A ello debe agregarse el nue-

(1) *Op. cit.*, páginas 63-64.

vo levantamiento del caudillo entrerriano López Jordán contra el gobierno nacional, levantamiento que, como se sabe, terminó en la batalla de Don Gonzalo con la derrota del célebre caudillo (9 de diciembre de 1873).

Los hombres más destacados y el pueblo mismo estaban divididos por una enconada lucha política y revolucionaria. No era, pues, propicio el momento para que Hostos pudiese desenvolver su propaganda patriótica en favor de la autonomía portorriqueña y antillana. La acogida pública fué ruidosa, no así la privada (1).

El día 30 de septiembre y siguiente escribió, en forma de sumario, los asuntos que se disponía desarrollar en las memorias. Las últimas líneas contienen estos temas: "Contraste entre la acogida pública de Chile y la de Argentina, y la privada de ambos países. Mayor hospitalidad en Chile".

Desde la llegada a Buenos Aires fué huésped de la Quinta Estrada (Suipacha, 500). "Esta excelente familia — escribe Hostos en su Diario — me ha recibido como a un hijo y en su seno recuerdo continuamente a la mía."

Los periódicos porteños lo saludaron con "las más lisonjeras demostraciones de respeto" y los

(1) *Diario*, tomo II, página 65.

directores de tres de ellos le ofrecieron trabajo remunerado (1).

A principios de noviembre se dirigió a Río Cuarto. A pesar de las molestias del viaje, "tuve una gran compensación — anota Hostos — en la admiración de la Pampa, en el placer que sentía en ponerme en relaciones con un país americano que crece y prospera. El viaje, que yo prolongué yendo a Córdoba, a la Sierra, a las colonias del Rosario, me hizo bien para el espíritu, que se calmó, para la salud, por el conocimiento del país, por las relaciones que me procuraban en todas partes amigos, por el renombre que encontré a mi regreso" (2).

El fusilamiento de patriotas cubanos ordenado por las autoridades españolas de la Isla Mártir, inspiró a Hostos artículos de extraordinario

(1) El diario bonaerense *El Argentino*, cuyo redactor en jefe era don José Manuel Estrada, publicó en la edición del 29 de septiembre, página 2, el suelto siguiente:

"EUGENIO M. HOSTOS. Mañana llegará a Buenos Aires un hombre a quien pocos conocen, a quien todos conocerían si el genio radioso, si la augusta nobleza de los caracteres enérgicos y desprendidos, tuvieran en América un elemento de vida que les revelara a la simpatía y a la admiración universal del Continente.

"Hostos ha nacido en Cuba *(sic)*, nuestra hermana esclavizada, jadeante por el cansancio y enrojecida por la sangre de sagrados combates en busca de su emancipación.

"Ha nacido para el sacrificio, para la ciencia, para inmolarse en amor de causas grandes y gloriosas.

"Es un alma fuerte y una inteligencia potente.

"Nos honramos anunciando su arribo.

"Nos honraríamos todos acogiéndole como él merece; y el país haría una conquista fecunda si clavase en este suelo su tienda de peregrino y trabajador".

Obsérvese que el redactor de este suelto da erróneamente a Hostos como nacido en Cuba.

(2) *Op. cit.*, página 71.

vigor. Uno de éstos, publicado en forma de carta en La Tribuna *— carta fechada el 9 de diciembre de 1873 —, contiene severísimos cargos contra los peninsulares que habían dispuesto aquella matanza en masa.*

El artículo censura a Castelar y a su política; combate a quienes comparaban al eminente orador republicano con Mirabeau. "En tanto que Mirabeau — dice el portorriqueño — prefiere el principio a las colonias, Castelar prefiere la esclavitud de las colonias al triunfo del principio republicano de Cuba."

Esta carta abierta, aparecida en el diario de don Mariano Varela y otras que le siguieron de inmediato, produjo indignación en buen número de miembros de la colectividad española y su hoja más combativa, El Correo Español, *comenzó una virulenta campaña contra el patriota antillano. Este diario, que había hablado ya del "perturbado criterio" de Hostos publicó, el sábado 13 de diciembre una página en la que lo llama "ladrón de honras". Firma dicha página don Enrique Romero Jiménez, director de la hoja citada (1).*

(1) A título de curiosidad y para que se tenga idea del tono del artículo, copiamos las siguientes líneas: "¡Miente el miserable que empleó lenguaje tan ruin... Quien habla así de Castelar es un calumniador miserable cuya lengua debe ser arrancada y pisoteada con desprecio". Debe serle arrancada con mano fuerte "si esa afrenta no la repara, y como si para el término de honor para exigirnos retirar lo que hemos escrito, o si en el mismo periódico no desmiente esas palabras, tendremos derecho para llamarle miserable, calumniador y cobarde".

Eugenio M. de Hostos, vivamente impresionado por los términos de El Correo Español, *decidió retar a duelo a su director, pero don José Manuel Estrada y su hermano Santiago, lo disuadieron.*

Días más tarde escribió en su Diario: *"Creo que hice una de las tonterías de mi vida" (1).*

A los cuatro meses de permanencia en Buenos Aires, Hostos es nombrado profesor de Filosofía en la Universidad. La noticia le llega, en forma confidencial, por conducto de Santiago Estrada. El fin de este nombramiento era retener en la Argentina al ilustre portorriqueño, en circunstancias en que éste proyectaba emprender viaje a Cuba. "Todos los que me conocen y se me acercan — escribe el civilizador — (2) hacen todo lo que pueden para retenerme y para probarme que yo seré mucho más útil a mi patria quedándome fuera que lanzándome a la revolución armada." Sin embargo, como todo lo empujaba a la acción, el 13 de febrero de 1874 declinó el nombramiento con esta nota:

"Señor Vicente F. López, Rector de la Universidad.

(1) Véase, en este libro, las confidencias que aluden a la campaña de *El Correo Español* en el capítulo: *Páginas del Diario Intimo.*

(2) *Diario,* tomo II, página 83.

Señor y amigo: Hace bastantes días que el señor José M. Estrada me ofreció, en nombre de Ud., que optara entre la Cátedra de Filosofía o la de Literatura Moderna que Ud. se había dignado reservar a mi elección.

Prometí dar una contestación definitiva, y vengo a darla. Me es imposible, señor, aceptar la tan inesperada como gloriosa distinción. Parto mañana para los Estados Unidos de América.

Sería innecesario justificar esta resolución, si ella no contrariara tanto el anhelo que siento de expresar la gratitud que debo a Ud. por haberme honrado con esa designación y al generoso país en donde es posible que un extraño, un extranjero, un casi recién llegado sea objeto de distinciones que normalmente no se hacen sino a los nativos de un país.

Para servir a éste, y halagando tal vez la esperanza de servirle, hubiera aceptado sin vacilar la Cátedra de Filosofía, desde la cual, aprendiendo y ejercitándome yo mismo, hubiera podido quizá contribuir a metodizar las operaciones intelectuales de mis discípulos, si son tales aquellos que nos acompañan y a quienes acompañamos en la vía de la verdad. Problema de razón como a mis ojos aparece el porvenir de cualquiera sociedad, formando la razón de algunos miembros de esta sociedad hubiera reali-

zado la obra más placentera por fructífera, la más vasta por compleja.

Acaso hubiera conseguido, trabajando para obligar a trabajar, meditando para inducir a meditar, exponer claramente el que tengo por método más cierto, el sistema de filosofía que más firmemente me sirve de criterio en la conducta de una vida desinteresada, en la indagación de la verdad y la justicia, en el juicio de hombres y de hechos, de formas de gobierno y de fines racionales de la humanidad.

Acaso también, arrebatando a la filosofía o la enseñanza que por tal se tiene, el carácter de esfuerzo poderoso, de trabajo ímprobo, de misterioso procedimiento que la pedantería aunada con la malevolencia le han dado, habría conseguido prestar a este querido país el servicio real que habría en habituar toda una generación a funcionar por entero en todas y cada una de las funciones del espíritu.

Pero todos estos estímulos, vehementes como son para quien tiene de la vida, de la ciencia, de los deberes del hombre, del fin de las sociedades, la idea imperturbable que yo tengo; todos estos estímulos, decisivos como pudieran ser en el ánimo de un americano que todo lo daría por contribuir a hacer de América, en una de sus secciones, en uno solo de sus hijos, lo que cree

puede ser y debe ser; todos estos estímulos, señor y amigo, pierden su impulso ante consideraciones incontrastables.

Yo no he venido a la América latina para establecerme en ella. El más desdeñado de sus rincones sería para mí, punto de una palanca, motivo de un impulso, determinación de una fe. Pero toda ella junta no puede satisfacer el deseo hambriento que tengo de ver una ante su derecho de vida propia a toda la parte de continente en que hemos tenido la gloria de nacer.

He venido a la América latina con el fin de trabajar por una idea. Todo lo que de ella me separa, me separa del objeto de mi vida.

Estoica resolución, conciencia en movimiento imperturbable, enfermedad, sea lo que fuere, yo he dado un objeto (destruído) en mi espíritu a mi vida.

Dejar de realizarlo es dejar de vivir como puedo, y de nada sirve a los hombres aquel hombre que, cualesquiera sean sus aptitudes para el deber, no podría cumplir con el que acepta, cuando ha concebido otro que con todos los demás es incompatible".

El domingo 22 de febrero, esto es, nueve días después de haber escrito la nota que acaba de leerse, Hostos se embarcó en "La Ville de Bahía"

en viaje a Río de Janeiro. En la capital brasileña prosigue su Diario. *"Me encuentro solo, completamente solo..." "Yo debería ser bastante conocido para dispensarme los esfuerzos que hacen los visitantes de un país cualquiera a fin de hacerse conocer. Yo había enviado mi Hamlet, que todo el que lo lee se apresura a admirar, mis discursos sobre* La Educación Científica de la Mujer *y mi* Memoria *sobre la Exposición de Chile (1872) por conducto de Guimaraes, a quien estiman aquí. Yo tenía una carta para el periodista Bocayuva, amigo de Guido, y otra de Carrasco Albano para el ministro Oriental." "Fatigado por esta lucha sorda con la soledad", toma pasaje en un vapor que se detiene en todos los puertos hasta Pará.*

En abril de 1874 llega a Nueva York, después de cuatro años de ausencia.

XII

Durante su estada en Nueva York, Hostos no se dió descanso en su obsesivo propósito de trabajar por la libertad de su patria.

La pobreza, que siempre le había acompañado, alcanzó ahora proporciones dramáticas. "Ayu-

daba a su miseria muchos días con agua de tamarindo" (1).

En medio de esta situación económica que habría abatido a muchos idealistas menos fuertes que él, proseguía su obra de propaganda en largas cartas dirigidas a Sarmiento, Mitre, Pardo, Matta, Prado, Carrasco Albano y otros.

"A duras penas sostenía su empeño libertario con el dinero que ganaba dando clases de francés y haciendo traducciones" — dice su gran biógrafo Pedreira.

Entre las traducciones que realizó para ayudarse a vivir, figuran cuatro títulos de las conocidas Cartillas Científicas que la Casa Appleton, de Nueva York, editó para la América española, en 1893. Son éstas: "Nociones de Física", por Balfour Stewart; "Nociones de Química", por H. E. Roscoe; "Nociones de Astronomía", por J. Norman Lockyer y "Nociones de Geografía Física", por A. Geikie (2).

Transcurre el año de 1876. Los patriotas portorriqueños — Hostos entre ellos — habían visto fracasar sus planes emancipadores. La propaganda periodística y las actividades de pe-

(1) A. S. PEDREIRA. *Op. cit.*, página 80.

(2) Estas cartillas y las demás que componen la serie, alcanzaron gran difusión en las escuelas argentinas. El valor científico de los textos y su precio económico fueron causa de su popularidad entre los niños y adolescentes. Conservamos, en nuestra sección de textos antiguos, algunos títulos de esta valiosa colección.

queños grupos de conspiradores atrajeron sobre ellos una severa vigilancia policial. En esta situación, todo empeño revolucionario se estrellaba con la fuerza armada.

Hostos se trasladó, entonces, a Caracas a instancias del gobernador de esta capital y allí contrajo enlace, el 9 de julio de 1877, con la señorita Belinda Otilia de Ayala, hija del doctor Carlos Felipe Ayala, deportado de Cuba. El 12 de abril había asentado en su Diario *estas palabras apasionadas: "¡Anoche la vi! ¡La vi, la vi, la vi!" "¡Qué noche, qué esplendorosa noche!"... Y más adelante, exclama: "¡Inda! ¡Inda! ¡Inda! ¡Cuándo podré gritar ante los hombres todos!:*

—¡Te amo! ¡te amo! ¡te amo!"

Las páginas que siguen, constituyen un brillante y profundo breviario de amor. Su lucha para vencer la fuerza de la pasión es conmovedora. En cada frase adviértese el anhelo de ennoblecer ese amor que acaba de encenderse en la sombra de su vida, como una estrella.

El 11 de julio — esto es, al segundo día de vida matrimonial, escribe secretamente: "Estos dos días han sido los que yo quisiera eternos para ella y para mí. ¡Qué perfecta unión de almas!..." "Celebramos juntos la belleza del

mar, los esplendores del cielo, los encantos de la soledad de dos; me deleito en verla necesitándome y buscándome para todo y hago votos sin voz por la continuación de estos días de que acaso no tenga lúcida conciencia, porque la felicidad es un estado absolutamente nuevo para mí, pero de que acaso sería bueno hacer acopio para el resto de mi vida" (1). Hostos y su esposa se hallan, a la sazón, en La Guayra.

En los diez años que median de 1878 a 1888, el pensador portorriqueño vivió en Santo Domingo consagrado en cuerpo y alma a la educación; organizó la enseñanza primaria y normal y con su dirección espiritual e intelectual se formaron los primeros profesores de la Isla. Dictó asimismo lecciones de Derecho Constitucional en la escuela respectiva (2).

En 1889 fué llamado, desde Chile, por el ministro de educación don Julio Bañados Espinosa.

En el vecino país, desempeñó la rectoría del Liceo de Chillán y al año siguiente se le designó Rector del Liceo Miguel Luis Amunátegui que abría por vez primera sus puertas a la juventud chilena.

(1) *Diario*, tomo II, páginas 265 y 281.

(2) De estas clases nació su obra *Lecciones de Derecho Constitucional*. Volumen XV de las *Obras Completas*.

"En el Liceo Amunátegui — anota Galdames (1) — le correspondió a Hostos la implantación del llamado sistema concéntrico, que entonces se discutía mucho, y la adopción de una disciplina de libertad y de cariño para con los alumnos, la cual disciplina pareció un poco rara, porque en ese tiempo habían vuelto a Chile los profesores que fueron a estudiar a Alemania en 1886 y habían también llegado los maestros alemanes contratados para el Instituto Pedagógico y para algunas Escuelas Normales, que traían una disciplina escolar más rígida, un tanto a la prusiana, para aplicarla al régimen interno de los colegios. Ante esta disciplina, cuya implantación se iniciaba en las escuelas y colegios chilenos, el régimen de Hostos, de bondad y libertad para con los alumnos, aparecía fuera de ambiente. Pero sus enseñanzas así como su carácter, en cierto modo apostólico, y su consagración exclusiva al estudio y a las funciones de su cargo, lo rodearon invariablemente de las simpatías y del respeto de los condiscípulos. En la dirección era como un padre comprensivo; y era un sabio en la cátedra."

Nueve años permaneció en Chile, consagrado a la docencia. En 1898, el civilizador volvió sus ojos a la amada Isla. Cuba había sido liberada

(1) *Op. cit.*, página 24.

y reconocida su independencia por los Estados Unidos. Este acontecimiento le hizo pensar que había llegado también la hora para Puerto Rico y renunciando a su tranquila y cómoda posición, retornó a la patria.

Va a cumplir sesenta años... Con fe renovada, reinicia la lucha infructuosa. En Nueva York organizó la Liga de Patriotas *con fines políticos, sociales y culturales. En el manifiesto a los portorriqueños, dice: "La* Liga de Patriotas, *en cuyo nombre os hablo, se ha constituído con dos fines: uno, inmediato, que es el de poner a nuestra madre Isla en condiciones de derecho; otro, mediato, que es el de poner en actividad los medios que se necesitan para educar a un pueblo, en la práctica de las libertades que han de servir a su vida, privada y pública, industrial y colectiva, económica y política, moral y material."*

El vigoroso manifiesto alude, también, a la posición norteamericana frente a la Isla: "En los Estados Unidos no hay autoridad, ni fuerza, ni poder, ni voluntad que sea capaz de imponer a un pueblo la vergüenza de una anexión llevada a cabo por la violencia de las armas, ni que urda contra la civilización más completa que hay actualmente entre los hombres, la igno-

minia de emplear la conquista para domeñar las almas"...

Cinco años después de firmar este documento, la muerte pone fin a su titánica lucha por la emancipación de la madre Isla que no pudo ser realizada.

"¿Qué vale un hombre que, al cabo de treinta y tantos años de continuo agitarse en el vacío, cae de repente en el centro de la realidad para confundirse violentamente contra ella y saber, al cabo de su vida, que no ha estado viviendo, que ha estado soñando, que son sueños insensatos sus aspiraciones a todo bien, a toda justicia, a toda verdad, a toda perfección individual y colectiva, y que la única cosa que no es sueño, por más que parezca una pesadilla del infierno, es la aterradora realidad del infortunio irreparable de su patria, del sacrificio irreparable de su familia, de su propia irreparable desventura? ¿Quién, desde tan cortos años sufrió tanto? ¿Quién, a tan corta vida, ha consumido cantidad tan monstruosa de dolor?" Es el mismo Hostos quien ha escrito estas palabras, en una hoja de su Diario *y en una hora de desesperanza.*

El 11 de agosto de 1903 murió Hostos en Santo Domingo, "de una afección insignifican-

te", según dijeron los médicos. Pero los médicos que lo asistieron sabían que un mal profundo había abreviado aquella existencia ejemplar. Era un mal originado en el abatimiento más trágico, en la angustia de largos afanes malogrados en la lucha tensa y apasionada. Ya, en las últimas palabras que asentó en su Diario, *cinco días antes de morir, habla de su cerebro poseído del fastidio de la vida...*

Con esta agonía moral, se extinguió dulcemente en la paz del descanso, por primera vez gustado en el instante supremo de su partida, de su última partida, esta vez de la tierra que le fuera tan hostil.

En aquel 11 de agosto, sus ojos claros se llevaron, en lo más hondo, la imagen del mar antillano — mar de la madre Isla —, azul como sus ojos, inquieto y encrespado como su espíritu.

José D. FORGIONE.

Buenos Aires, marzo de 1945.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE EUGENIO M. DE HOSTOS

La Peregrinación de Bayoán. Madrid, 1863. Segunda edición: Santiago de Chile, 1873.

Mensaje a Colombia. Contiene el programa de la Revolución antillana, 1871.

Plácido. Estudio de la vida y la obra de Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). Santiago de Chile, 1872. Se incluye asimismo en *Meditando,* P. Ollendorf, París, 1909 y en *Poetas y críticos de América,* por C. Santos González, Garnier Hnos, París, 1912.

Reseña histórica de Puerto Rico. Santiago de Chile, 1872.

La enseñanza científica de la mujer. Conferencias pronunciadas en la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile, 1872.

Hamlet. Estudio crítico. Santiago de Chile, 1873. Se incluye asimismo en *Meditando,* P. Ollendorf, París, 1909. La tercera edición, publicada por la "Sociedad Eugenio María de Hostos" tiene prólogo de Antonio S. Pedreira. Universidad de Puerto Rico, San Juan de P. R., Imprenta Correo Dominical, 1929.

Exposición Nacional de Artes e Industrias. Imprenta La República, Santiago de Chile, 1873.

Tres Presidentes y tres Repúblicas. Nueva York, 1874. (Sociología americana.)

Biografía Carlos Manuel de Céspedes. Santiago de Chile, 1874.

Francisco V. Aguilera. Caracas, 1876.

Los frutos de la Normal. Edición oficial. Santo Domingo, 1881.

Lecciones de Derecho Constitucional. Santo Domingo, 1887. Nueva edición, Ollendorf, París, 1908, 482 páginas. Obra recomendada por el Congreso Jurídico Internacional de Lisboa.

Moral Social. Santo Domingo, 1888. Nueva edición de Baily-Baillière e hijos, Madrid, 1906. Tercera edición, Editorial América, 1917. Ha sido declarada obra de texto en varios países hispanoamericanos.

La Reforma de la Enseñanza del Derecho. Imprenta La Libertad Electoral, Santiago de Chile, 1889. (Trabajos firmados por Eugenio M. de Hostos. Julio Bañados Espinosa y Valentín Letelier, profesores de la Universidad.)

Repartición de Premios en el Liceo de Chillán. Imprenta La Discusión, Chillán, Chile, 1890. Folleto.

Descentralización Administrativa. Santiago de Chile, 1890. Edición del Club Progreso. (Primer premio del Certamen Varela.)

Programas de Castellano. Santiago de Chile, 1893. Folleto de 34 páginas. Edición oficial. (Primer premio del Concurso Universitario del Consejo Superior de Instrucción Pública de Chile.)

Programas de Historia y Geografía. Santiago de Chile, 1893. Folleto de 30 páginas. Edición oficial. (Primer premio del Concurso Universitario del Consejo Superior de Instrucción Pública de Chile.)

Estudio sobre Manuel Antonio Matta. En "Corona fúnebre a la memoria de Manuel Antonio Matta". Imprenta Gutenberg, Santiago de Chile, 1893. (559 páginas.)

Geografía Evolutiva. Roberto Miranda, editor. Santiago de Chile, 1895. (Obra adquirida por el gobierno para texto en los Liceos.)

Cartas públicas acerca de Cuba. Santiago de Chile, 1897. En *Artes* y *Letras* de Santo Domingo, 1897; aparecen bajo el título *Examen crítico del derecho de Cuba a su independencia.*

Estatutos de la Sociedad Liga de Patriotas Puertorriqueños. S. Figueroa, editor. Nueva York, 1898. 7 páginas. Hay otras ediciones.

El caso de Puerto Rico. En colaboración con M. Zeno Gandía y J. J. Henna. La primera edición en inglés apareció en 1899.

Proyecto de ley general de enseñanza pública. Edición oficial. Santo Domingo, 1901. (90 páginas.)

Programas oficiales preparados expresamente para el uso de las Escuelas Normales de la República. Dados a publicidad por la Escuela Normal de la Vega. Imprenta de Cruz Torres, Santo Domingo, 1904.

Tratado de Sociología. Bailly-Baillière e hijos, Madrid, 1904. (272 páginas.)

Meditando. P. Ollendorf, editor. París, 1909 (331 páginas.)

Historia de la Pedagogía. San Juan, Puerto Rico. (Copia mimeografiada por cuenta del gobierno de Puerto Rico.)

Obras Completas. Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico. 1839-1939. 20 volúmenes. Cultural, S. A. Habana, Cuba, 1939.

TRADUCCIONES

Don Quijote, de Paul de Saint Victor.

La Justicia, de Proudhon.

La Revolución en la Religión y en el Estado, de Proudhon.

Cartillas Científicas de la Casa Appleton de Nueva York. (4 títulos.)

Cartillas Históricas de la misma editorial.

ESTUDIOS Y REFERENCIAS SOBRE LA VIDA Y OBRA DE HOSTOS

ALBA, P. DE. — *La Moral Social* de *Eugenio María de Hostos*. "Boletín de la Unión Panamericana". Wáshington, 1939, t. LXXIII, páginas 63-75.

BALSEIRO J. A. — *Hostos*. En "Modern Language Journal". Menasha, Wisconsin, 1933, t. XVII, páginas 319-320.

BILLINI, PADRE G. — *Los frutos de la Normal de Santo Domingo*. Santo Domingo, 1881. (58 páginas.)

BLANCO, E. T. — *Genealogía de Eugenio M. de Hostos, por línea paterna*. Índice, San Juan, Puerto Rico, 1931, t. II, números 25-26.

BLANCO FOMBONA, RUFINO. — *Eugenio María de Hostos*. En "Cuba Contemporánea", Habana, 1914, t. IV, páginas 400-427. Inserto en *Grandes escritores de América, siglo XIX*. Madrid, 1917, páginas 173-221.

BLANCO FOMBONA, RUFINO. — *Eugenio María de Hostos*. Introducción a *Moral Social*, Madrid, 1917. Reimpreso en "Revista de Filosofía". Buenos Aires, 1924, XIX, páginas 203-209, bajo el título *Hostos, filósofo moralista*. De este trabajo existe una traducción al inglés publicada en "Inter-América", Nueva York, 1924, t. VII, páginas 534-539.

BLANCO FOMBONA, RUFINO. — *Hostos, filósofo moralista*. En el diario "El Sol", Madrid, 26 de septiembre de 1923.

BOSCH, J. — *Hostos y la revolución cubana.* La Guerra de los diez años. "Boletín de la Unión Panamericana", 1939, t. LXXIII, páginas 10-15.

BOSCH, J. — *Mujeres en la vida de Hostos.* Asociación de Mujeres Graduadas en la Universidad de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico, 1938.

CARBONELL, M. A. — *Hostos.* En *Hombres de nuestra América,* Habana.

CARVALHO, E. DE — *E. M. de Hostos.* En *Príncipes del espíritu americano.* Traducción del portugués por C. A. Comet, Madrid s. d. Editorial América. Páginas 239-241.

CASO, A. — *La filosofía moral de Hostos.* En "Conferencias del Ateneo de la Juventud", México, 1910, páginas 11-31.

ESTRADA, JOSÉ M. — *La Cuestión de las Antillas.* "El Argentino" a Hostos. En "Repertorio Americano", 9 de enero, 1937.

FERRER, J. — *Hostos, ciudadano de América.* (A propósito del libro del mismo título de Antonio S. Pedreira.) Tipografía Cantero, Fernández y Cía. San Juan, Puerto Rico, 1936. 13 páginas.

GALDAMES, LUIS. — *Hostos: semblanza de una vida.* En "Nosotros", Buenos Aires, enero de 1939, páginas 16-29.

GARCÍA CALDERÓN, F. — *Las corrientes filosóficas de la América Latina.* Traducción y notas de P. Henríquez Ureña. En "Ideas e Impresiones", Madrid, 1919.

GARCÍA CALDERÓN, F. — *Les democraties latines de l'Amerique.* Flammarión, editor. París, 1912. Páginas 250-251.

HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, F. — *El libro de Hostos*, "Essais", "Clío". Santo Domingo, 1936 t. IV, páginas 150-151.

HENRÍQUEZ UREÑA, CAMILA. — *Ideas pedagógicas de Eugenio María de Hostos*. En "Revista de la Facultad de Letras y Ciencias", Universidad de La Habana. 1929, t. XXXIX, páginas 10-84 y 142-202.

HENRÍQUEZ UREÑA, P. — *La concepción sociológica de Hostos*. En *Horas de estudio*, Ollendorf, París. Páginas 75-88.

HOSTOS, B. DE. — *Eugenio María de Hostos, íntimo*. Imprenta Montalvo, Santo Domingo, 1929. 145 páginas.

MEJÍA NIETO, ARTURO. — *Hostos, un precursor americano*. En "Nosotros", Buenos Aires, enero de 1939. Páginas 30-34.

NOMBELA, JULIO. — *Impresiones y Recuerdos*. "Progreso Literario". Buenos Aires. Tomo II.

PEDREIRA, ANTONIO S. — *Hostos, ciudadano de América*. Espasa-Calpe, Madrid, 1932. 264 páginas.

PEDREIRA, ANTONIO S. — Prólogo a Eugenio María de Hostos, *Hamlet*, San Juan, Puerto Rico, 1929.

PÉREZ GALDÓS, BENITO. — *Episodios Nacionales*, Serie cuarta: *Prim*. Perlado Páez y Cía., Madrid, 1906. Página 139.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO. — *Camino de Hostos*. Imprenta Montalvo. Ciudad Trujillo, 1939. 15 páginas.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO. — *Luperón y Hostos*. Imprenta Montalvo, Ciudad Trujillo, Santo Domingo, 1939. 50 páginas.

TORRES, CARLOS ARTURO. — *Hostos.* Conferencia leída en el paraninfo de la Universidad de Caracas. En *Estudios de Crítica Moderna,* Editorial América, Madrid, s. d., páginas 181-205.

TORRES, CARLOS ARTURO. — *Hostos.* En *Literatura de ideas,* Caracas, 1911, páginas 111-142.

—Cfr. las páginas bibliográficas que se insertan en el libro *Hostos, ciudadano de América* por Antonio S. Pedreira y en el cuaderno *Eugenio M. de Hostos,* editado por "Hispanic Institute", Nueva York, 1940.

PÁGINAS ESCOGIDAS

HOMBRES DE AMÉRICA

JOSÉ DE SAN MARTÍN

Miranda había sido venezolano de nacimiento, pero fué norteamericano por su alta y vigorosa educación moral. San Martín fué argentino por la cuna; pero era un hombre de Esparta por sus hábitos. Ningún hombre más sencillo, ni tampoco más severo; ninguno más sobrio de palabras, pero tampoco más pródigo de su persona; ninguno más astuto en su prudencia, pero ninguno más imprudente en su deber. Visto en la hermosa estatua ecuestre que le ha consagrado agradecida Chile, parece un hombre de otros tiempos; tanto en su figura atlética, en su rostro enjuto, en sus ojos fríos, se denota la indiferencia por todo lo que es vano, y la atención exclusiva a lo que constituye el propósito de su existencia.

Cuando San Martín daba un paso, tan calculado estaba el paso, que no faltaba ni sobraba una línea. El paso que dió para ser gobernador militar de la provincia de Cuyo fué el resultado de un cálculo; el paso que dió de Mendoza a Chacabuco, resultado de uno de los cálculos más minuciosos que se han hecho en este mundo; el

paso que dió desde Chile hasta el Perú, ya hacía mucho tiempo que estaba calculado; el paso que dió desde Guayaquil a Europa, había sido extrañamente calculado en las profundidades de aquel calculista solitario; el paso que dió desde el puerto de Buenos Aires a Montpellier, fué cálculo de toda su existencia.

Todos los pasos que daba, los daba con designio patriótico, y en todos ellos, junto al cálculo iba la abnegación. El primer paso que dió fué desde la excelente posición que ocupaba en las cercanías de la frontera del Alto Perú, como comandante general de las fuerzas patrióticas que allí operaban, a la capital de Cuyo, limítrofe de Chile. En el cambio que se efectuó por haberlo pedido él con instancia, San Martín jugaba su porvenir personal.

En efecto, la posición militar que ocupaba no ofrecía ya riesgo ninguno, porque ya los patriotas argentinos podían estar completamente seguros de la independencia que fueron los primeros en conquistar, y ofrecía todos los honores; en tanto que la gobernación de Cuyo no ofrecía ni honores ni peligros. Pero San Martín tenía mejor vista que los otros, y había visto que, a pesar del denuedo y de la excelente organización de los patriotas chilenos, éstos iban a tener que cejar. Y San Martín quiso ponerse a tiempo en acecho del acontecimiento y en espera de los

perseguidos que habían de tener que pedirle auxilio.

Y en efecto, fueron; y en efecto, les prestó San Martín el auxilio que ya tan de antemano les había preparado.

Ahora va San Martín a dar el segundo paso de su vida histórica; está en Mendoza, rodeado de los grandes patriotas chilenos, combinando con ellos la liberación de Chile, y atrayendo a su proyecto el apoyo de Pueyrredón, jefe entonces del gobierno argentino, y de todos los remisos o indiferentes que miraban de soslayo la empresa de auxiliar a Chile. Es increíble, realmente increíble, la paciencia y la astucia, la diligencia y la reserva, la sinceridad y el disimulo, la unidad y la duplicidad de que hizo gala San Martín para a la vez, y con el mismo objeto, refrenar la impaciencia de los chilenos, espolear la pasividad de los argentinos y desorientar la vigilancia febril de los españoles. El hecho es que, a pesar de la actividad de los espías y de los delatores españoles, y a pesar del terror que inspiraba en las poblaciones chilenas la ferocidad de los enemigos de la independencia, San Martín lo preparó todo tan certeramente, que, cuando los españoles, siguiendo los mismos falsos informes que él les había hecho dar, estaban esperándolo en un punto de los muy pocos que son accesibles en los ásperos Andes chilenos, él con los suyos se descolgó como una bandada

de cóndores por un paso casi absolutamente inaccesible, y cuando los españoles, despechados por el tremendo chasco, corrieron a esperar al pie de la cuesta de Chacabuco a los que venían a volver a libertar a Chile, San Martín y la expedición chilena y argentina cayeron como un alud irresistible desde lo alto de la cuesta e hicieron con los españoles lo que hace el alud con lo que encuentra.

Esa gran batalla de Chacabuco, que hizo dueños de Chile a los chilenos, no duró más que un momento: el necesario para aplastar. El otro paso de San Martín fué tan meditado como los anteriores. Se trataba nada menos que de poner al servicio del Perú, todavía esclavo, las fuerzas de Chile, todavía no por completo independiente. Verdad es que San Martín tuvo en su favor el espíritu chileno, espíritu varonil y generoso, y verdad es también que sus primeros auxiliares eran O'Higgins y otros padres de la patria chilena; pero no es menos verdad que sin la deliberada constancia de San Martín, ni Chile ni San Martín hubieran ido a emancipar al Perú. Pero fueron y lo emanciparon; tanta gloria como a Chile por su virtud y heroísmo, tocó a San Martín por su heroísmo y su virtud.

El virreinato del Perú era una presa demasiado rica para que los españoles la soltaran fácilmente, así es que batallaron como perros de presa que están aferrados a la carne. Y tanto

batallaron que Bolívar, ya seguro de Venezuela, y olfateando la gloria que tanto le embriagaba, decidió comprometer a las recién emancipadas esclavas del Norte en la emancipación de la esclava del Sur. Ya en camino se encontró con que los habitantes del Ecuador estaban todavía bajo las garras del león y en Pichincha lo arrojó del Ecuador.

Para entonces había San Martín meditado el más misterioso de sus pasos en la historia: había meditado su entrevista con Bolívar. Para verificarla, tuvo que salir de Lima y presentarse en Guayaquil. Allí fué donde se vieron, se hablaron, se comprendieron y se separaron los dos hispanoamericanos que más habían influído en la independencia del continente del Sur.

Aquella entrevista de Guayaquil promovió el paso más transcendental de San Martín: San Martín libertador del Perú, colibertador de Chile, soldado benemérito de la independencia de su patria, la hoy República Argentina, protector, o sin eufemismo, árbitro absoluto de los destinos del Perú, estaba antes y después de la entrevista de Guayaquil, en aptitud de ser opositor omnipotente de los designios de Bolívar. Pero en vez de la obra de mal en que pudiera ser admirado por todas las posteridades, prefirió la obra de bien que la posteridad no había ni siquiera de entender; volvió a Guayaquil, hizo renuncia del Protectorado, y se embarcó para Chile; dió unos

cuantos consejos buenos a su amigo O'Higgins, y se eclipsó voluntariamente en un lejano destierro.

El penúltimo paso de San Martín fué su vuelta del destierro a la patria inolvidable. ¡Lo había pensado tanto!... Lo había deseado tanto, que al fin se decidió. Tomó un buque; se embarcó resuelto, a paso alegre; hizo una larga navegación, y en ella meditó; llegó al deseado puerto, preguntó por la patria y cómo iba, le dieron una respuesta que hubiera alentado a cualquier buscador de posición, pero que desalentó profundamente a aquel buscador de bien; y, sin siquiera desembarcar, retornó en el mismo barco al lugar de su destierro voluntario.

Allí, en Boulogne-sur-Mer (1), dió San Martín su último paso. Lo dió en silencio y sin más excitación del mundo que las lágrimas de sus rústicos vecinos. Pero aquél había sido también un paso calculado. Sólo en la historia sabía San Martín que podía contemplarse su rígida figura. Y morir, para él era presentarse en la historia; y presentarse en la historia era obtener justicia.

(1) El original dice: "Allí en las cercanías de Montpellier", etc.

JORGE WÁSHINGTON

Desde que la historia es historia, ningún hombre ha sido más afortunado en su virtud que Jorge Wáshington: por eso tal vez brilla tan sin celajes su virtud. Es de todas las altas cumbres, la única que no oscurecen los vapores de la tierra.

Fué realmente gran patriota, fué realmente un gran virtuoso, pero fué también un gran afortunado.

Mucho antes de aquella primera escaramuza de 1775, en que los colonos de Massachusetts dieron la señal que las doce colonias restantes habían de seguir hasta llegar a la independencia dando a Wáshington el primer lugar en la guerra y en la paz, mucho antes, y desde muy joven, había empezado Jorge Wáshington a figurar con fortuna en su país.

Hijo de una influyente familia de Virginia y consagrado por ella a la milicia, al más influyente de los medios de prosperar, el futuro patriota empezó por ser el niño mimado del gobernador de la Colonia de Virginia. A esto debió Wáshington su fácil promoción en los empleos

militares y en el cargo que se le confirió de una de las más grandes empresas que hubiera acometido el gobierno colonial. Se trataba nada menos que de poner coto a las incursiones incesantes de los indios fronterizos que aguijoneados por los españoles de Florida y por los franceses de Luisiana, se movilizaban de continuo para inquietar el territorio virginiano. Aquello era una verdadera guerra, no sólo por el indomable valor de los indígenas y por su suficiente organización, sino también por la importancia política que tenía para la colonia inglesa el hacerse respetar de las colonias francesa y española.

Tuvo Wáshington que insistir dos y más veces para lograr la ejecución del plan que se le había encomendado, pues nunca estuvieron tan irresistibles como en aquella guerra los magnánimos hijos de la selva; pero al fin triunfó. Y lo hizo con tal moderación, con tal sujeción a los deberes técnicos del militar y a los deberes de humanidad, que empezó a llamar la atención de los habitantes de las trece colonias que no mucho después habían de convertirse en los Estados Unidos de América.

Cuando la colonia de Virginia fué, poco después, solicitada por las cuatro colonias de New England para adherirse al movimiento de reflexiva rebelión contra la metrópoli, los virginianos pusieron a Wáshington al frente de su contingente de guerra. No tardó mucho en ser jefe

del ejército siempre creciente de los independientes; y él fué quien, acometiendo a tiempo, retirándose a tiempo, aprovechando las ocasiones favorables, conociendo fríamente las ventajas y desventajas de posición, y no desconociendo nunca las circunstancias que pudieran favorecer a sus contrarios, logró a los siete años de sañuda guerra, sacar triunfante su patriotismo y el de los suyos.

Sacarlo triunfante no, porque todavía quedaban pruebas más duras para el patriotismo de aquel hombre bueno. Todavía quedaban las rivalidades entre el elemento patriótico y civil, rivalidades que él podía explotar y no explotó. Todavía quedaban incertidumbres y vaguedades respecto a la forma de gobierno que había de darse a la nación naciente; y él podía sacar partido de aquellas incertidumbres y vaguedades y no lo sacó. Todavía podía ser monarca en donde había sido general en jefe; ser primer magistrado impuesto por la fuerza en donde era primer ciudadano impuesto por su virtud; y no pensó en lo que no debía pensar. Todavía podía dejar correr aquella petición del ejército descontento, en la cual se provocaba una asonada con el objeto de ofrecerle la corona; y en vez de dejar correr la petición, se apresuró a aconsejar al Congreso y a obtener de él la pronta disolución de aquella fuerza. Todavía con sólo favorecer las desavenencias peligrosas que esta-

llaron en el primer momento de la organización gubernativa de los Estados, hubiera podido favorecer desde su alto puesto de Presidente de la Federación los designios de los muchos que contrariaban la República por afecto a la monarquía; y lejos de hacerlo, Wáshington, que sabía se contaba con él para jefe del gobierno monárquico, trabajó sin descanso para aplacar la discordia y favorecer el término de la Constitución.

Apenas se hubo sancionado como primera ley del Estado la sabia y profunda Constitución que aun rige los destinos de la Unión Americana, Wáshington fué electo primer presidente de la Federación. Al vencerse a los cuatro años su período presidencial, fué reelecto; y al vencerse el segundo período quisieron volver a reelegirlo. Pero entonces volvió a fulgurar el patriotismo de aquel hombre bueno; y no sólo se negó a aceptar la nueva reelección, sino que hizo para el porvenir el inmenso servicio a su país de sentar como precedente que el ejercicio del poder ejecutivo no debe prolongarse más allá de dos períodos presidenciales de cuatro años cada uno.

Después de haber prestado este último servicio, Wáshington se retiró a su granja de Mount Vernon. Allí vivió como patriota honrado sin aspirar a nada más que a vivir tranquilo, haciendo así más patriótico su ejemplo.

No mucho después murió dulcemente. Al modo que las estrellas de primera magnitud,

siguiendo sus órbitas inmensas, parece que desaparecen para siempre cuando, en realidad, no han hecho más que seguir plácidamente su camino, así cuando muere un bienhechor de pueblos parece que se ha extinguido para siempre, cuando en realidad no ha hecho otra cosa que sustituir el ejemplo de su vida con el aún más persuasivo ejemplo de su memoria.

Efectivo bienhechor de los hombres fué Jorge Wáshington: óptimo entre los óptimos; patriota entre los más patriotas; desinteresado entre los más desinteresados; pero fué también el más afortunado entre los afortunados de la historia. A su muerte, los trece estados que él había contribuído a independizar y federar, se conmovieron tan hondamente como se estremece el hogar de una familia virtuosa cuando se extingue el padre bienamado. De todas partes acudieron a verlo; de todos los ojos corrieron lágrimas; a todos los corazones penetró la misma solemne tristeza. Y cuando en el augusto recinto del Congreso Federal de los Estados Unidos se divulgó la noticia, y el presidente del Congreso tuvo necesidad de interpretar el sentimiento público y se levantó para interpretarlo, fortuna fué de Wáshington que los labios encargados de tributar a su reciente memoria el primer elogio fúnebre, supieran hablar de él como jamás se ha sabido hablar de hombre alguno. "En tal

momento es varonil llorar: ha muerto el primero de los hombres en la guerra, el primero de los hombres en la paz, el primero de los hombres en el corazón de sus conciudadanos." Y para ser afortunado hasta en la muerte, Wáshington sigue siendo "el primero en el corazón de sus conciudadanos".

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO(1)

¡Salud a los hombres hechuras de sí mismos! Mucho se les debe tener en cuenta, porque han intentado mucho.

El señor D. F. Sarmiento es una hechura de sí mismo. Desenvolvimiento intelectual, formación del carácter, concepción de propósitos, realización de ellos, cuanto es y cuanto ha hecho, todo es obra de su voluntad constante, bien intencionada, tenaz, dirigida sin otras desviaciones que las de los obstáculos inabordables, hacia el mismo fin.

Aun cuando el señor Sarmiento no hubiera conseguido nada de lo que se propuso, su vida sería un ejemplo para sus contemporáneos de la América Latina. Ha dado en ella la prueba viviente de la fecundidad de la acción encaminada hacia el progreso de los pueblos; ha sido uno de los latinoamericanos que más brillantemente han demostrado cuánto está ganando en carácter, en solidez de aspiraciones y en firmeza de razón la raza latina del Nuevo Continente y bien po-

(1) Hostos escribió este juicio en 1874, poco después de haber terminado el período presidencial de Sarmiento.

dría ésta ceder todos los genios posibles a su generadora del Viejo Continente, con tal que pudiera presentar a la humanidad la obra palpable de sus hombres útiles.

Antes de ser presidente de la Federación Argentina, el señor Sarmiento fué propagandista. Durante su presidencia ha sido propagandista. Es probable que después de la presidencia vuelva a ser propagandista.

Para serlo, ha tenido, tiene y tendrá las cualidades y los defectos necesarios.

Hombre de razón imaginante, de fuerza positiva de inducción, pasmosa asimilación intelectual, órgano de causalidad desarrollada, poca sensibilidad, poca idealidad y desordenada, antes irrefrenable que delicado en sus afectos, poderosa voluntad en cuanto individualidad consciente de sí misma, voluntarioso en cuanto poseído de su personalidad, activo y constante en su actividad, laborioso y persistente en su labor, ambicioso de poder para fundar definitivamente su renombre, ambicioso de gloria por la gloria misma, el señor Sarmiento nació propagandista.

De la coacción que ejercería sobre su espíritu independiente el medio político y social en que se formó, induciría probablemente la necesidad del progreso material como educador de la vida social semisalvaje, y la necesidad de la escuela como educador individual. La primera vez que

se presenta al examen de sus contemporáneos, se nos presenta como educador: durante su primera juventud fué profesor de instrucción primaria en San Juan, capital de la provincia argentina de su nombre.

Era la época de Rosas y de Quiroga, éste el brazo, aquél la razón política de la barbarie. El primero era omnipotente en la siempre culta, entonces abatida Buenos Aires, y en todas las provincias fluviales o litorales del país. El segundo era omnipotente en las centrales y llegó por un momento a serlo en las andinas.

Como los Varela, los Mitre, los Lavalle, los Mármol, los Gutiérrez, los López, los Avellaneda, como toda la juventud ardorosa del país, como toda aquella pléyade de patriotas ilustres que compartieron las glorias del asedio decenal de Montevideo, los trabajos de la reconstrucción política e intelectual de Chile, los azares de la revolución en Bolivia, Sarmiento protestó contra aquella reacción de la barbarie colonial, y se expatrió.

En Chile, adonde fué a buscar el refugio que aquel noble país ha concedido y concede liberalmente a todos los perseguidos por la libertad y por la patria, el propagandista del odio a la barbarie y del entusiasmo por la educación popular, halló en el señor Montt, primer ministro del presidente Bulnes, después Presidente en dos períodos, el protector que necesitaba de sus ideas.

Hasta 1852, época en que, soldado armado de sus principios, volvió con las armas tiranicidas a su patria rescatada, Sarmiento sirvió con toda su vehemencia — desde la cátedra, como periodista y como autor de "Civilización y Barbarie" — al progreso intelectual de Chile.

Allí se mezcló, un poco más de lo que debía, en las luchas personales de la política agitada de aquel tiempo; pero allí produjo su "Monitor de las Escuelas", un semanario digno de su objeto, y reveló en su "Civilización y Barbarie" las poderosas dotes intelectuales que secundaban y fecundizaban su siempre militante voluntad. Aquel libro, que acaso lean con su apetecible fruncimiento de labios los eruditos y los literatos, será siempre estimado por los sociólogos y los pensadores, no sólo por ser clave de todo un período histórico y de todo un momento social de la República Argentina, sino porque es una de las más interesantes creaciones intelectuales que ha dado a luz la fuerza espontánea, inculta y necesariamente desordenada, de la inducción. Sociólogo sin saberlo, el autor hacía en su caprichosa obra un libro de sociología. Pensador inconsciente, cuando acaso temía que el juicio público condenara por pueriles o vulgares o rastreras muchas de las observaciones de su libro, el autor pensaba con una lucidez y un rigor lógicos que, con método, gradación y articulación de aquel todo incoherente, hubieran

hecho una obra científica de la viva y apasionada en que el patriota condenaba y azotaba a la barbarie.

Enemigo acérrimo de ella, viendo en ella el obstáculo de su patria hacia la libertad, el suyo propio hacia la patria civilizada que predicaba, la zahería en todas partes. Encontróse frente a frente con ella ante la Representación Nacional en un día agitado en que por sostener él una moción progresista no comprendida, se atrajo los torpes silbidos de la barra. Se volvió hacia ella, y con ímpetu orgulloso le dijo: "No me imponen vuestros silbidos: os conozco: todavía, por sobre la bota de charol, se os ve el fleco del chiripá". El chiripá es el manto que el gaucho argentino se ciñe a la cintura y se cruza a manera de pantalón por entre las piernas. Presentar este contraste entre el traje civilizado y el semibárbaro, cuando aun era reciente la tiranía de la barbarie, era dirigir una acusación abrumadora. El pueblo de la barra, probando que no la merecía, enmudeció.

Desempeñando una comisión escolar del gobierno chileno, el señor Sarmiento había estado en Europa y en los Estados Unidos. Aquí fué en donde vió corroboradas por la realidad palpable las ideas que más lo habían movido. Aquí donde encontró practicado el principio de educación común que él no había cesado de recomendar. Aquí donde, violento en su admiración

como en todos sus afectos, se sintió apasionadamente dominado de la admiración irreflexiva que al par de ideas excelentes le hizo aceptar como necesidades indiscutibles los modos intrasplantables del proceder. que pueblo, individuos y gobiernos emplean connatural y espontáneamente en este país.

Esta sociedad es el sentido común hecho nación. Si esto fuera una frase, la borraría con desdén o se la regalaría a cualquier hacedor de frases. Es una verdad de observación y la conservo para explicar por qué la mayor parte de los admiradores de esta casi lógica sociedad, admiran mucho más sus formas externas que su intrínseca realidad.

Generalmente, esos admiradores no tienen de las sociedades humanas otra noción que la muy falsa recibida en los pueblos europeos cargados de tradiciones seculares o en los pueblos latinoamericanos, que sólo tienen la tradición del despotismo colonial. Jamás habían pensado que las sociedades, como los individuos, viven y como toda fuerza, se desarrollan en proporción directa a su potencia y en razón inversa de las resistencias que encuentran. Llegan aquí, y como habitualmente no examinan más que el hecho, aislado de sus antecedentes, disociado de sus causas, abstraído de sus relaciones; y como el hecho es el progreso, y ese progreso es contundente y ninguna atención puede dejar de perci-

birlo, porque se impone a la atención y la contunde, la admiración corresponde a la sorpresa y la sorpresa corresponde a la violencia con que se impone el hecho.

Si fuera más reflexiva, esa admiración sería más fructuosa.

En verdad, ninguna sociedad es más vivaz, más viril, más fuerte, más poderosa, y ninguna tan digna de admiración, porque ninguna es más normal en su desarrollo, más sencilla en su procedimiento, más completa en su desenvolvimiento, más igual en la aplicación de las leyes naturales de la vida a su propia vida. Mas ¿por qué es tan normal, tan sencilla, tan completa y tan igual en sus funciones vitales? Porque es la única que ha podido ponerse a vivir racionalmente. No era católica, y no tenía la monstruosa noción de la unidad que ha matado la libertad, la actividad, la individualidad y la conciencia. Era democrática, me atrevería a decir más democrática que ahora, y no tenía la pavorosa noción de autoridad que ha matado en los pueblos latinos y en las monarquías toda relación natural entre el individuo y el Estado, entre la nación y sus diversos órganos. Era el fruto más exquisito del libre examen, y en el momento en que pudo lo aplicó omnímodamente a todas las funciones de su vida. No era idealista; tomaba por punto de partida la realidad concreta y utilizaba el instrumento intelectual

más adecuado a ese propósito, el sentido común. Aquí ha hecho muy poco la razón científica. La razón común es quien lo ha hecho todo. A ella se debe la Federación. A ella se debe la superposición de los derechos individuales sobre toda ley. A ella se debe la deportación de la Iglesia oficial. A ella la comunión de todas las Iglesias en una misma libertad. A ella la supresión de todas las incómodas relaciones del Estado con la fe. A ella la conversión de las religiones en lo que son: interés y responsabilidad de los individuos. A ella la nueva era de la conciencia independiente. A ella la fe de los individuos en sí mismos. A ella la distribución lógica de todos los poderes del Estado y de todas las atribuciones de sus varios organismos. A ella la emancipación de la tutela del Estado y de las administraciones auxiliares de él. A ella la sustitución de esa tutela con la fecunda ley de la asociación. A ella la perfecta, omnímoda, omnipresente, omnipotente libertad. Eliminadas todas estas incógnitas del problema social ¿qué quedaba que hacer? Trabajar, vivir, crecer, multiplicar población, producción, cambio, consumo, actividad muscular, mecánica, cerebral, espiritual. Era lo que aconsejaba la razón universal que llamamos sentido común, y fué lo que se hizo. El resultado es admirable, en cuanto el desarrollo antirracional de casi todas las otras sociedades civilizadas nos obliga a admirar co-

mo extraordinario lo que en sí mismo es regular y necesario; pero el resultado, ante la lógica, es una simple consecuencia lógica; ante la biología, un fenómeno perfectamente natural.

Pero ¿quién admira las cosas naturales?; ¿quién ha concedido a la lógica la facultad de sorprendernos y pasmarnos? Para sorprendernos, pasmarnos y admirar es necesario que los hechos nos golpeen la atención, que los objetos nos fascinen la imaginación, que el progreso nos parezca un milagro de prestidigitación, que la civilización nos parezca una transfiguración caleidoscópica, que la libertad nos parezca un misterio de hermenéutica. Entonces, adulterando la admiración como los fenómenos mal comprendidos en que la basamos, admiramos. ¡Qué admiración! Si los cerebros fofos que ella pone en inesperado movimiento pudieran reproducirse fotográficamente, no habría rincón de la masa encefálica en que no apareciera su signo gráfico de admiración.

La que el señor Sarmiento sintió por esta sociedad, fué mucho más alta, más reflexiva, más racional y más digna; pero no fué bastante reflexiva ni suficientemente racional.

De aquí la mezcla singular que hizo en su intelecto y que después aplicó al gobierno de su patria. Gobierno digno de las más entusiastas alabanzas en cuanto se refiere a la aplicación de principios científicos o experimentales de

gobierno, ha sido merecedor de las censuras, no de la violencia que ha acogido una gran parte de sus actos personales. Como estadista, máximo; como ciudadano colocado en la presidencia, mínimo.

Dejemos los actos personales a la República Argentina, y complazcamos con los del estadista a la América latina.

El señor Sarmiento, sin más violencia que la militar exclusivamente necesaria, ha castigado los dos alzamientos formidables del caudillaje en la provincia de Entre Ríos: en ésta y en algunas otras provincias, ha perseguido sin tregua a la barbarie que, en nombre de sus nefandos intereses, ha intentado varias veces destruir el orden constituído desde Cepeda y Pavón; ha hecho verdaderos prodigios de voluntad y actividad para generalizar la educación común; ha establecido bibliotecas populares en todas las capitales de provincias y en casi todas las cabeceras de departamento; ha favorecido de todos modos la inmigración europea; ha hecho cuanto en las facultades del Ejecutivo estaba, por transformar en agrícola e industrial el trabajo nacional, casi exclusivamente consagrado al pastoreo; se ha esforzado por dar personalidad a las provincias; a la de Córdoba, muy influyente por su situación central y de mala influencia por sus tradiciones, la ha dotado con un observatorio astronómico y con una facultad de cien-

cias naturales; en esa misma provincia, y en su capital, hizo celebrar la Exposición internacional de 1871, que fué una revelación bien aprovechada para las provincias andinas y centrales; ha ligado con el hilo eléctrico todas las extremidades del país; ha llevado a todos los centros productores el ferrocarril, que pronto, por Norte y por Suroeste, tocará en los Andes; ha centuplicado la actividad y el valor de la propiedad urbana en la ciudad capital de la República, Buenos Aires, dotándola de carros (1) urbanos, que en tres años han transformado la ciudad y sus contornos; ha respetado escrupulosamente todos los derechos individuales en dondequiera que el ejemplo de Mr. Grant no lo autorizaba a sustituir el estado constitucional con el de sitio; ha aumentado las rentas nacionales, la población del territorio, la confianza juvenil que aquel país generoso y entusiasta tiene en sí mismo y en su porvenir.

Lógico, ha hecho en el gobierno todo lo que había predicado en su oposición a la barbarie: ilógico, creyó que podía trasplantar las costumbres y el carácter de todo un pueblo a una sociedad que, no por los portentosos esfuerzos con que ha intentado normalizarse, ha conseguido desprenderse de un pasado que, como a todas las sociedades hermanas de América latina, aunque con caracteres diferentes, la agobia todavía.

(1) Tranvías.

En el primer caso, era secundado; en el segundo caso, encontraba resistencias. Secundado, ha sido un estadista lleno de virtudes democráticas. Resistido, ha sido un hombre lleno de personalidades y caprichos.

Los que lo juzguen por éstos, cometerán una ingratitud y una injusticia. Todos esos defectos puestos en una balanza no pesarán ante la posteridad lo que uno solo de los eminentes servicios prestados por el Presidente-maestro de escuela a la inteligente sociedad que le eligió espontáneamente, honrándose y honrándolo; premiándose con otro hombre de progreso, premiándolo con la ocasión de hacer buenos servicios al progreso.

El señor Sarmiento ha bajado ya de la presidencia, y estará tranquilo.

Cuando vuelva a su propaganda puramente personal e intelectual, estará contento.

Si esto no es una profecía, será el mejor elogio que se pueda hacer del hombre. No como elogio, como justicia lo hemos dicho. Merezca la justicia, y encójase de hombros ante el elogio. Valen poca cosa los de los hombres y aun valen menos los de los hombres de estos tiempos.

E L C R E

Nada, en Sucre, amengua la individualidad moral. Desde el principio hasta el fin de su rápida carrera, es una gran figura humana. Es figura tan humana que parece una figura inverosímil en el mundo en que nace, en que se forma, en que influye y en que muere. Nace en un rincón, Cumaná, de una colonia española, Venezuela; se forma en la guerra, en la atroz guerra de la independencia venezolana; influye en la vida embrionaria de los pueblos recién sacados del sudario colonial; muere mártir.

A los dieciséis años de su vida, entre el reposo infecundo del hogar y el fecundo desasosiego de la lucha por la patria, opta por la lucha.

Para el desarrollo de su nobilísima personalidad moral fué una fortuna que el hombre a cuyo lado, y bajo cuya suprema dirección empezara Sucre a formarse, fuera un grande hombre. Era Miranda.

No ha habido quien reúna datos, informes y noticias dirigidos a patentizar la influencia ejercida por el grande espíritu que empezaba a

declinar sobre el grande espíritu que empezaba a levantarse; pero se puede asegurar con cuanta seguridad da la inducción, que el espectáculo de la vida de Miranda en aquellos primeros albores de la revolución de independencia no pudo menos de ser edificante para el generoso adolescente que tantas fuerzas morales estaba llamado a hacer admirables con su vida.

Después de la traición hecha por Monteverde a la palabra empeñada en nombre de España, pocos de los fieles hasta el último momento al sublime patriota, lograron salvarse de la persecución emprendida contra ellos por el mendaz. No se sabe cómo fué Sucre de los que se salvaron. Probablemente su juventud, que no le había dado tiempo para revelar lo que iba a ser, o las rápidas peripecias de aquella primera campaña de la revolución, que sólo a Miranda dieron ocasión para manifestar su grandeza moral, sirvieron al futuro vencedor para esconderse y salvarse en su propia oscuridad.

Pero parece que la magnanimidad de que más tarde había de dar tan radiante ejemplo, se mezcló desde temprano en la existencia activa de Sucre, operando probablemente en forma de modestia, benevolencia, desinterés y abnegación de méritos propios en aras del compañerismo y la amistad, porque mientras brillan a buena luz muchos otros que en la historia de aquel solemne movimiento de las colonias españolas

en busca de su personalidad nacional no aparecen sino como eran, agentes secundarios de la idea en lucha, Sucre se desconoce a sí mismo o se mantiene en voluntaria oscuridad.

Fué necesario que de revolución regional se convirtiera en continental el movimiento dirigido por Bolívar, para que Sucre se diera tal cual era.

Mas tan pronto como se manifestó ¡qué grande! Grande en toda la fuerza intelectual del calificativo. Todas sus acciones, desde el día de su revelación, presentan de relieve una personalidad concebida para sólo grandes hechos, y sólo en la consumación de grandes hechos destinada por su propia naturaleza a realizarse.

Tan pronto como toma posesión de su destino, que fué el brillar rápidamente como una de esas benéficas exhalaciones del espacio que en las noches de tormenta iluminan el camino, se apresuró a brillar, a consumar cuanto bien pudo, a consumarlo magnánimamente, y a pasar.

Ya al llegar el ejército expedicionario de Bolívar al Ecuador, Sucre era una esperanza; al llegar al Perú era una realización de la esperanza.

Fué a Ayacucho. Bolívar, tan celoso de su gloria, tuvo con Sucre un desprendimiento de fama y nombradía que no tuvo jamás con otro alguno, y le dejó a Ayacucho. Sucre hizo de aquella batalla memorable la última batalla de

la independencia continental, y de su nombre, el nombre más resonante de aquella excursión de héroes que, a la voz de la patria americana, acudieron de todo el Continente a consagrar con su último esfuerzo la voluntad del Continente.

Mas no fué el triunfo lo que engrandece a Sucre en la historia de aquel hecho: fué su magnánima conducta con el vencido; fué su inmediato olvidar al enemigo para recordar al hombre. Fueron millares los puestos por la victoria en su poder, entre ellos el virrey, el general en jefe, los generales de división que habían sobrevivido a la batalla, jefes, oficiales, cinco mil entre todos; ni uno solo fué hostigado en su cuerpo ni en su alma; a ninguno se persiguió, a ninguno se lastimó obligándolo con declaraciones dolorosas para el pundonor militar o nacional; y todos ellos gozaron poco después de completa libertad.

Cuando acabó de ser magnánimo en la guerra, Sucre empezó en la paz su obra de magnanimidad. Ánimo grande tuvo que ser el del primer presidente de Bolivia para resistir sin depravarse, ni aun caer, ni aun debilitarse, en aquella que debió ser desesperada lucha de buenas contra malas intenciones, de altos contra bajos designios, de noble desinterés contra los intereses más innobles.

Para salir victorioso de la lucha le sobraban fuerza bruta, ardimiento, decisivo ascendiente

militar; pero le faltaba pequeñez para querellar con los pequeños. Dejó la presidencia, dejó la tierra que contribuyó más que nadie a convertir de apéndice de colonia en patria, en nación, en autonomía, y volvió a Colombia.

Luchó como bueno, tal vez por un error, pero luchó de buena fe; y luchó sin armas, sin soldados, sin más fuerza ni más ejército que el de sus nobles acciones pasadas, que el de su virtuosa influencia, que el de sus consejos de patriota afligido en nombre de la aflicción de la patria recién nacida y ya amenazada de muerte.

No le oyeron. En vez de alterarse, su magnanimidad le aconsejó otra vez; perdonó a los injustos, y cuando por magnánimo se alejaba para olvidarlos, le asesinó la alevosía.

Apenas era un joven; tal vez no había cumplido los treinta años, y tuvo tiempo para dar, como individuo, como jefe de ejército, como jefe de Estado, ejemplos de magnanimidad que parecerían leyenda; tan legendario suele ser el cumplimiento de los grandes deberes, pero que en aquella naturaleza feliz de grande hombre parecen tan naturales que ni siquiera parecen méritos.

¡Ojalá que biografía e historia reconozcan en ése, el mayor alto mérito de Sucre!

L U P E R Ó N

I

La segunda guerra de la Independencia dominicana tuvo muchos guerreros y patricios dignos de la empresa que la dignidad de la nación encomendó al patriotismo de sus hijos. Pero, entre ellos, no hubo ninguno que personificara con más ardor que el general Luperón, el deseo de reconquistar la autonomía nacional.

Obedeciendo a sus propios impulsos y operando como jefe de cuerpos francos más bien que como comandante de tropas regulares, hizo tales prodigios de actividad, y de tal modo espoleó el egoísmo de los pasivos, que a la vez inspiró terror y admiración, cobrando una de esas famas legendarias que bastan por sí solas para hacer atractiva una personalidad en los días de lucha y de zozobra, y que, después, en las horas de la paz y en las tradiciones del hogar, prolongan para el héroe el triunfo que conquistó en los campos de batalla, dándole triunfos no menores, y acaso más trascendentales en la vida normal de la nación.

El Cibao, que es la cuna de aquel prócer de la Segunda Independencia, conservó durante tantos años tan viva en la memoria la figura del patriota - guerrero recorriendo los campos y las breñas en busca de defensores de la patria, compeliendo a los tardos, despertando a los dormidos, imponiendo como una obligación onerosa el deber del patriotismo, que, cuando a la tarea de reconstituir por medio de las armas la nacionalidad sucedió la de gobernar la nación por medio del derecho escrito, Luperón fué uno de los triunviros impuestos por la gratitud popular al régimen unipersonal de la república moderna.

Ni tres ni veinte varones hubieran bastado para ordenar el caos social, político, económico y administrativo que dejó en recuerdo la anexión, y de la noche a la mañana pasó el gobierno a manos de uno de los que no sólo no hicieron nada por su patria en las angustias pasadas, sino que positivamente había contribuído al mal, aceptando del gobierno español una distinción.

Entonces el caudillo tuvo que expatriarse, aprovechando el destierro entre el estudio y el afanoso conspirar.

Del estudio salió hecho un hombre de ideas elevadas; y del conspirar salió hecho jefe de aquella revolución que llegó a ser crónica, y que, unas veces en el mar, otras veces en las

fronteras de Haití, mantuvo en jaque al gobierno de la República.

El gobierno cayó a los seis años, en el de 1874, no por el esfuerzo de Luperón y de los suyos, sino por uno de los lugartenientes del presidente de la República, en la provincia Puerto Plata, en donde era omnipotente el recuerdo de Luperón.

Éste vivió con el buen tiempo, y dió un excelente ejemplo de moral pública, desentendiéndose de los negocios del Estado y consagrándose al trabajo y a la formación de un patrimonio para sus hijos.

En esa empresa lo conocí yo, y confieso que no dejó de parecerme extraordinario el encontrarme detrás del mostrador de una mercería al hombre que en la guerra nacional y en la civil había deslumbrado tantas fantasías. Pero allí, y así, lo conocí en 1875, puesto en contacto con él por su maestro, guía y amigo, el noble y primer ciudadano de Puerto Rico, el siempre desterrado doctor Betances.

Como nunca se pierde la esperanza honrada en voluntad benévola, se hicieron esfuerzos, no hay para qué negar que esfuerzos insensatos, sobre todo, cuando quien lo afirma tiene la creencia de que la insensatez hecha a sabiendas es un sacrificio del amor propio al deber; se hicieron esfuerzos insensatos para poner en mo-

vimiento a Puerto Rico, esperanzados en la ayuda del adalid de la Independencia dominicana.

Pero los tiempos, aun turbios, eran entonces profundísimamente sombríos. En vez de una revolución de independencia, hubo que atender a una revolución de impertinencia.

El presidente de la República, que había debido auxilio, y hasta parece que auxiliares, a la población cubana emigrada en Puerto Plata, de donde él comenzó la reacción libertadora contra el gobierno que tiranizaba al país, creyó que los cubanos y puertorriqueños asilados aún en Puerto Plata, conspiraban con Luperón y a beneficio del caudillo popular.

Se equivocaba, pero con su equivocación aparentemente autorizada por la parte exclusivamente doctrinal que en las reuniones de la Liga de la Paz tomaban algunos proscriptos, y por el temor que inspiraba esa asociación, decretó la prisión del jefe de la Liga en Santiago, y la del que en Puerto Plata la animaba con su influencia legendaria.

Aquella mal aconsejada violencia — si alguna vez puede llamarse bien aconsejada la violencia política —, fué la señal del estallido revolucionario que en Quisqueya se ha parecido más a un movimiento de doctrinas.

Luperón se negó a obedecer la orden arbitraria. El gobernador, un escritor notable, por cierto, resolvió usar de la fuerza para cumplir la

orden del Gobierno, y el caudillo popular resolvió repeler la fuerza con la fuerza.

Desde su casa, y acompañado por corto número de amigos, se defendió tan denodadamente, que no sólo rechazó con buen éxito la fuerza armada que intentó penetrar en su hogar, sino que armó a sus parciales de la ciudad y del contorno, que se presentaban organizados en cuerpos a defenderlo y después se organizaron en cantón en las inmediaciones de Puerto Plata.

La chispa que allí y en Santiago inflamó el ánimo de los pocos que deseaban fundar gobierno de derecho y de los muchos que buscaban lo que buscan los descontentos o los ambiciosos en las revueltas civiles, concluyó por producir una revolución victoriosa.

Salió victorioso, entre otros enemigos del caudillaje; y aunque Luperón acababa de coronar su gloria de caudillo nacional con la de caudillo civil, cedió el primer puesto a un hombre completamente extraño a las revoluciones, a las armas y muy de antiguo consagrado a aquella noble, oscura y benéfica propaganda del bien y del derecho que, en parte alguna, y menos en aquella sociedad, conturbada de continuo, lleva hombres al poder.

Sin embargo, a ese patriota inofensivo, fué a quien Luperón y sus consejeros, en Puerto Plata, Peña y sus secuaces en Santiago, designaron para jefe del nuevo gobierno y a él eligió

el voto popular, que creo fué efectivamente popular en aquellas elecciones.

No contento con no tener mezquinas ambiciones, Luperón asintió a fortalecer el nuevo gobierno, tomando en él una cartera que desempeñó por fórmula.

La conducta del caudillo en todo este momento de la historia política de su país, lo acreditaba de hombre de miras elevadas, de patriotismo generoso y de aspiraciones altas. Procedió como los que aman la gloria por la gloria misma, que es el modo de amarla que impone más sacrificios.

Pero como Luperón no es un Cincinato, tan pronto como aquel ensayo del gobierno civil, ejercido por hombres virtuosos, fué revolucionariamente destruído, procedió con otros a la revolución que había de echar por tierra al reciente gobierno de reacción, y entre todos dieron con él en el suelo, pero dieron por inesperado resultado la vuelta al poder del mismo que, durante seis años, había enfrenado a la revolución.

Pero esta vez no fué por mucho tiempo. En 1879 ya había caído a impulso de una revolución que presentó en la escena un nuevo caudillo de contiendas civiles.

Un año después, ya otra contienda había devuelto el poder a los azules. Jefe de ellos, Lu-

perón ejerció el gobierno durante varios meses, y no desde el asiento oficial de los poderes públicos de la República, sino desde Puerto Plata.

Su conducta fué la de un político inteligente, bien intencionado y conocedor de la necesidad de la buena administración.

Hubiera convenido al país que él continuara en el gobierno y acaso hubiera bastado su presencia en él para impedir nuevos atentados contra el orden público; pero, por motivos cualesquiera, que desgraciadamente no fueran motivos patrióticos, pues entonces le mandaba el patriotismo ser gobierno, dejó los cuidados a otros y se abandonó tan por completo al astuto alter-ego ([1]) de quien se había estado valiendo como brazo armado y de quien siguió valiéndose como hechura, que éste, al fin y al cabo, usó de la pobre República como de un feudo.

Y ahora, y después de haberse conducido torpemente en la revolución de 1886, que debió poner en armas a todos los hombres de bien, porque ya no se trataba de una lucha de ambiciosos contra ambiciosos, sino de honrados contra pícaros, Luperón anda errante por las Antillas menores, culpando tal vez a su país, pobre víctima de todos, cuando debería culparse a sí

(1) Alude a Ulises Hereaux, más conocido por Lilís, el dictador dominicano por cuyas actuaciones contra derecho se alejó Hostos de la República Dominicana en diciembre de 1888.

mismo, que tanto con su inercia egoísta ha contribuído a la villana situación actual de Quisqueya.

II [1]

Luperón no se contentó con ser una de las más enérgicas encarnaciones que ha tenido en el siglo XIX el patriotismo, y fué también el más ardoroso representante que el antillanismo tenía en la Antilla-centro.

Hoy, cuando la conducta oficial de todos estos pueblos anula ante la conciencia de ellos mismos sus ineficaces platonismos, es un deber levantar en alto la figura del patriota entero. Así, vista de abajo para arriba, que es el único modo de mirar respetuoso que tienen las muchedumbres, el prócer de la Segunda Independencia de Quisqueya aparece tan grande, tan completo como era.

Antes que prócer, era hombre, y cometió mil yerros; así sea. Yo no voy a juzgar al hombre de todos los días sino al quisqueyano de un momento solemne de la patria y al antillano de una hora patética de la historia de las Antillas.

Si hubiera de juzgarlo como hombre, levantaría con orgullo la cabeza para declarar que fué uno de los hombres a quienes más altas

(1) Esta segunda parte del artículo llamado *Luperón* fué escrita cinco años después de la primera, en ocasión de la muerte del prócer. *(Nota de los compiladores.)*

prendas conocí, por lo cual fué uno de los hombres a quienes más he estimado.

En los días de la Restauración, que fueron días de pruebas para el carácter, Luperón se presenta a la historia de su patria como comparece Gambetta en la historia de la defensa nacional de Francia.

A éste, por más conocido el escenario, lo ve todo el mundo en el momento del apogeo de su patriotismo, cuando recorría las provincias, apellidando patria, apostrofando a irresolutos, enardeciendo a tibios.

A Luperón nos lo representa nuestro amor a la Independencia, derecho tan alto y tan sagrado en Quisqueya como en Francia, en el momento culminante de su heroico patriotismo, cuando, según la tradición, perseguía a planazos a los irresolutos y tibios con la patria.

Estatua por estatua, si seductora de buenos es la actitud de Gambetta, más seductora de fieles al bien y a la justicia es la de Luperón: el francés se erigía su estatua con actos que el mundo contemplaba, que la expectativa del mundo estimulaba, que la admiración del mundo hacía fáciles y placenteros; el quisqueyano no sabía siquiera que se le estaba estatuando en la historia de su patria, cuando, desentendiéndose del mundo, sin más testigos de su heroísmo que los testigos de él, realizaba en el fondo oscuro de las selvas, en desconocidos lugarejos de un

país desconocido, los prodigios de actividad, movilidad, entusiasmo y convicción que dieron a luz la segunda República Dominicana.

En Gambetta, la gloria era un estímulo de todos los días, de cada hora, de cada despacho telegráfico, de cada salutación, de cada aclamación, de cada ovación que recibía.

Al pobre sostenedor del derecho de Quisqueya ¿qué ovación lo recibía, qué aclamación, siquiera, lo estimulaba; qué salutación al menos, lo enardecía? El apodo que da la fuerza escandalizada al derecho que la escandaliza: bandolero.

Bandolero, bandido, salteador de caminos, como siempre lo fueron los libertadores para los usurpadores de vida en las colonias; como lo fué Miranda, como lo fué Hidalgo, como Bolívar, Morazán, Nariño, Gamarra, Santa Cruz, O'Higgins, San Martín, Artigas, como lo fué Narciso López, como lo fué Céspedes, como lo está siendo Máximo Gómez, no tuvo Luperón más incentivo que la resuelta resolución de no consentir amos en su tierra.

Pero, no es ésa en absoluto la verdad: como todos los hombres, en cualquier estado de cultura, en cualquier mundo social, en cualquiera rudimentaria noción de principios directivos de grandes acciones, Luperón tenía el incentivo de la gloria: hasta se puede asegurar (y bien existe ahí talento que a tiempo se cercioró de esa gran

pasión del libertador en jefe), hasta se puede asegurar que ésa fué la debilidad de Luperón.

Mas también su fuerza.

Aquel sólido amor a las libertades constitucionales, de que dió muestras, a pesar de sus resabios de jefe de facciones; aquel ardoroso sentimiento de progreso, que lo deslumbraba en los días del goce de poder, aquel mismo desinterés del poder, que pueden atribuir a móviles egoístas los que desconozcan en las acciones humanas la influencia de factores más eficaces; aquel laudabilísimo afán de distinguirse por acciones que merecían alabanzas; el entusiasmo, a la vez impetuoso y refrenado, que no pudimos menos de admirar los que en Puerto Plata fuimos testigos de aquella evolución, tan bien concebida y preparada por Peña y Reinoso en la ciudad de los caballeros y los ciudadanos; con tan soberano empuje lanzada por Luperón a su objetivo; y con tan infantil, candoroso y alegre pasmo aclamada por todos los pueblos del Cibao en aquellas escuelas de civismo que se llamaron Liga de la Paz; aquel su rápido percibir el punto luminoso de una opinión extraña; su prontitud al consejo, si era bueno, todas eran fuerzas que él sumaba en la cuidadosa adición de hechos concebidos por él para su gloria.

La prueba que este estímulo tenía en él los caracteres más elevados, está en el definitivo propósito y en la premeditada dirección final

que le dió: el propósito definitivo y la dirección final que dió a su gloria. Si he de juzgar por elocuentes cartas suyas de la última hora de su expatriación y penúltima de su vida, era el antillanismo, la hermosa quimera que los puertorriqueños hemos concebido; que con el ánimo y el brazo de Luperón habríamos realizado; que con ánimos y brazos como el del héroe muerto llegaríamos al fin a realizar. No es más que la unión de las Antillas en las libertades del derecho; en los adelantos de la riqueza y el bienestar de las Antillas; en el progreso de la verdad, hecho conocimiento útil; del bien, hecho virtud económica, social e individual. La fuerza de las cosas es tan avasalladora, que ese programa sencillísimo de vida para las Antillas, tendrá que ser el programa de uno de los partidos políticos que la lógica espontánea hará nacer.

Luperón fué el primer jefe intencional de ese partido no nacido, al menos, si nacido en el espíritu de algunos, no en el medio natural en que tendrá algún día que desplegar su actividad.

Es indudable que en él, como en el ya considerable número de quisqueyanos que son antillanistas o partidarios de la Confederación de las Antillas, entraba por bastante el sentimiento, perfectamente legítimo, del interés nacional; pero no menos cierto es que lo emocionaba la previsión de gloria y la provisión de alabanzas

históricas que tocaría a los que hubieran de llegar a tan alta meta.

Héroe en la lucha por la patria, fundador entre los más efectivos de la República, ambicioso de la gloria de hermanar en una sola nación las que han de acompañar a Quisqueya en la realización de los fines que Geografía e Historia reservan a las Antillas, Luperón es digno del llanto que ha llamado a los ojos de su patria, a los ojos de sus amigos, a los ojos de los íntimamente ligados a él por altísimos propósitos y fines.

FORJANDO EL PORVENIR AMERICANO

LA LLEGADA DE LOS INMIGRANTES

Nacer americano es recibir al nacer un beneficio.

La vida no tiene en sí misma ningún interés individual tan poderoso que no se consuma en pocos años de esfuerzos y de lucha. Esfuerzo triunfante, lucha victoriosa, un día de regocijo volandero para mil de abrumadoras pesadumbres; nada más.

El individuo que ha triunfado en el deseo, en la ambición, en el afecto que constituyó el objeto de su vida, está en ella de sobra. Si no halla estímulos de vida, fuera de sí, en su patria, en la humanidad, en las contiendas intelectuales y morales que el ser humano sostiene contra las eternas limitaciones que lo encarcelan, seguir viviendo será seguir sintiendo cómo se disgregan los elementos de la vida, cómo adelanta la muerte, cuán inútil fué el vivir como los vegetales, cuán inútil será el morir vegetalmente. Como los vegetales, habrá nacido y crecido para procrear; vivir por la especie para morir por la especie. Vida imbécil, muerte imbécil.

De esa vida viven, de esa muerte mueren los infinitos que en el mundo no tienen otro objeto de existencia que el meramente individual. Y como a ese objeto exclusivamente individual están condenados los que nacen en una sociedad que ha empleado muchos siglos en constituirse; en una tierra que ha empleado muchos siglos en poblarse; en un orden económico que ha consumido muchos esfuerzos en establecer la relación armónica de la producción y del consumo; en un estado intelectual que ha resultado de seculares combates de la razón humana; en un estado político que han constituído todas las tradiciones del error; en un estado social que han arraigado todas las tradiciones de la desigualdad, hay una proporción aterradora entre el número de hombres que caben y el de los que no caben en esa tierra ya ocupada; una proporción más aterradora todavía entre el número de los que son capaces y el de los incapaces de luchar contra los errores, contra los vicios políticos y contra las injusticias sociales de esos pueblos. O rico de nacimiento, e influyente; o pobre de nacimiento, e indigente; o inteligencia superior, y poderoso; o inteligencia ordinaria e incapaz de contribuir activamente a ningún triunfo de la verdad; o trabajador que ha tenido la fortuna de encontrar medios de vida; o paria resignado a la brutalidad de la miseria.

A los desheredados de la fortuna, de la inteligencia, de la instrucción y del trabajo, la vida vegetal; a los dotados de fortuna y de inteligencia, la vida humana en toda su incitante variedad.

Un desierto que poblar; una naturaleza que conquistar; una sociedad que organizar; una raza que armonizar con otras razas; una población que completar con otra; un carácter nacional que refundir en otros caracteres similares o dispares; toda una civilización que aclimatar y mejorar, constituyen una como renovación de la vida de los hombres en la tierra, una como repetición del principio del mundo y de la humanidad.

En Norte y Sur, en continente e islas, en Pacífico y Atlántico, América es todo eso.

Siendo todo eso, toda ella ofrece ilimitado espacio al trabajo del hombre, sean los músculos o sea el cerebro quien trabaje en la producción y en el cambio, y sea de ideas o de valores ese cambio o esa producción.

Con espacio sin límites visibles para el trabajo físico o moral, mecánico o intelectual, América dilata el horizonte de la vida individual, porque tiene en su seno, en sus necesidades, en el plan apenas bosquejado de su propia vida, medios, recursos, intereses, estímulos que completan la vida individual.

Por eso se recibe un beneficio al nacer americano.

¿Al nacer?

Esta pregunta es una reconvención. No sólo el nativamente americano, también el americano de adopción es partícipe del beneficio. Si él sabe a donde viene y a qué viene, realizará concienzudamente su tarea; y cuando haya terminado la de hacerse independiente de las necesidades irrecusables, cuando haya constituído una familia o asegurado en el bienestar su sosiego, nuevos horizontes verá entonces ante su vista intelectual, nuevos trabajos a que consagrar su ociosa actividad, nuevos estímulos de vida a que consagrar dignamente la que resta.

Teóricamente, esto es verdad: pero, ¿se convierte esa verdad en realidad? ¿Sucede lo que debe suceder? Esos inmigrantes, esos colonos, esos buscadores del pan de cada día, esos ansiosos de un pedazo de tierra propia, de un hogar propio, de medios propios para educar a su familia ¿son capaces de hacer lo que teóricamente establece como un hecho la razón?

La duda se había suscitado en el momento en que, reflexionando, pasaba paseando por el muelle.

Estaba lleno de recién llegados y eran inmigrantes los que acababan de llegar.

Me puse a observar los grupos que formaban, el acento que prevalecía en las palabras, el traje

que los distinguía, el estado de salud y de fuerza que demostraban, para deducir del análisis ocular la comprobación de la esperanza o de la duda.

En su mayor parte, los grupos estaban formados por hombres solos; en general, esos hombres eran jóvenes y eran sólidos. Parecían preparados para resistir en sus hombros el peso de todas las cargas materiales y en sus manos la fuerza de todos los impulsos musculares o mecánicos. Debían sentirse fuertes; pero no debían sentirse confiados: hablaban con menos bullicio y menos abandono de lo que hubiera podido esperarse de su juventud.

Mucho más animados parecían los que formaban otros grupos; los componían hombres y mujeres de diversas edades. En estos grupos, la fuerza muscular no era el carácter distintivo; pero lo era el sentimiento de bienestar y de confianza que respiraban.

Era fácil explicarse aquel contraste. Los jóvenes, en su mayor parte, eran inmigrantes voluntarios o solicitados que venían inseguros del presente y del porvenir a un país desconocido. Eran familias enteras las que formaban los grupos bulliciosos, y venían a reunirse a otros miembros de su familia o sabían que en tal colonia estaban esperándolas la tierra noblemente codiciada, el hogar tantas veces solicitado inútilmente en su país.

Como contrastaban en el aspecto, contrastaban aquellos grupos en el traje. El de los hombres solos era generalmente miserable a pesar de que parecía el más cuidado. El de las familias tenía el lustre de la pobreza limpia.

Con notas más agudas o más graves, con la viveza del contento o la lentitud de la incertidumbre, hablaban todos. Los unos el vascuence disimulado por temerarias adulteraciones del francés o el español. Allí había vascos franceses y españoles. En otros grupos se hablaba el italiano que corrompen los genoveses y napolitanos. Del Genovesado y de las Dos Sicilias procedían los que así hablaban.

Por una casualidad, para mí, y en confirmación de un hecho comprobado en la estadística de la inmigración y de la colonización, me encontré en frente de los tres grupos de población extranjera que más concurre a la multiplicación de la Argentina: italianos, vascos franceses, vascos españoles.

Como los grupos se aumentaron insensiblemente y el aumento no procedía del flujo de los que estaban en la extremidad del muelle, dirigí la vista hacia las calles circunvecinas, y las vi activamente transitadas por gentes que se dirigían al muelle.

Entre aquellas gentes había también grupos que caminaban unidos y hombres que caminaban solos. El tipo nacional no era argentino. Aquellas

gentes reproducían el tipo representado en los recién llegados al país. Eran italianos, vascos franceses, vascos españoles.

A medida que llegaban al muelle, se distribuían entre los grupos que lo llenaban, produciendo el alborozo que sentían.

Comparando trajes y ademanes, descubrí una diferencia notoria, no sólo entre el traje y ademán de los inmigrantes y de los que iban a recibirlos, sino entre el aspecto y las maneras de estos últimos.

Éstos se diferenciaban por las peculiaridades del trabajo a que viven consagrados, y en tanto que el italiano decía por su aspecto exterior que vivía del movimiento y del tráfico de la ciudad, el vasco francés y la familia que generalmente iba con él decían en su traje la vida tranquila de suburbio y de pequeña industria a que se consagraban. No era necesario ser observador para notar que muchos de los que salían al encuentro de los inmigrantes recién llegados eran habitantes de la campaña; el chiripá los denunciaba. Pero era necesario estar prevenido para saber descubrir detrás del abundante chiripá a un antiguo habitante de Vizcaya o de Guipúzcoa.

El hábito hace al habitante. El vizcaíno o guipuzcoano que ha adoptado el chiripá, es un gaucho. El vasco francés que ha seguido vistiendo blusa azul y dejando vestir a sus hijos por la moda que llega hasta las clases industriales,

es la encarnación de la pequeña industria, del obrero francés que en todas partes tiene el horizonte del bienestar y del buen gusto como horizonte y más allá de su trabajo diario.

Las maneras corresponden a las procedencias, y por la acogida afectuosa sin violencia, por los abrazos en que la fuerza graduaba el sentimiento, y por las demostraciones ruidosas, podía saberse cuáles eran los industriales, quiénes los campesinos, cuál el despreocupado traficante de ciudad.

Todo aquello significaba trabajo que iba a ponerse en acción y trabajo puesto ya en actividad. Descompuesto aquel todo, contenía pobladores para la ciudad, para los alrededores de la ciudad y para las colonias de la Pampa. Considerados en las funciones que probablemente desempeñarían los que llegaban y desempeñaban los que habían ido a recibirlos, los inmigrantes antiguos y los nuevos representaban brazos para las obras públicas, brazos para los campos, inteligencia para las pequeñas industrias.

Todas eran cantidades positivas; el jornalero, el agricultor y el industrial iban a levantar o embellecer ciudades, a transformar el erial improductivo en cultivos productivos, a satisfacer necesidades que continuamente se transforman; a producir y a consumir; a enseñar y a aprender; a aumentar, por el simple hecho de vivir, las condiciones de la vida en el país.

Merecían la bienvenida que les di en silencio. Pero subsistiendo todavía, la duda elaborada objeciones a la satisfacción. Todo eso es población, trabajo, producción, cambio, consumo, bienestar, prosperidad, progreso, enhorabuena: mas ¿no son muchos de esos elementos, no son esos jornaleros ignorantes, no son esos peones de campo que tan fácilmente se adaptan a la vida semibárbara, elementos de descomposición y desorganización? Fuera de su trabajo ¿qué traen?

Su trabajo, y eso basta. Hay un hecho consignado en el Informe del Inspector Nacional de Colonias, que tiene el poder de un razonamiento: Según él, cuando en 1854 ó 55 "se inició un plan de colonización para la provincia de Corrientes, el empresario contrató el número de familias requerido por las estipulaciones de su convenio con una agencia europea". No pudiendo llenar el número de su contrato, solicitó y sacó de las prisiones de Suiza algunos padres de familia presidiarios.

El peor de todos éstos, el único de entre ellos que al llegar aquí continuó en su vida de ocio sistemático, no ha cometido delito ninguno en el país. No lo cometió, porque, si él no trabajaba, o había quien lo alimentaba con su trabajo o encontraba en las circunstancias favorables del país la facilidad de subsistencia que modera el instinto criminal.

De los otros presidiarios, nada dice el informe, porque, probablemente, consagrados al trabajo, no habrán continuado en su notoriedad escandalosa.

Pues bien: si la mera facilidad para el sustento ha hecho inofensivo a un criminal que ha continuado siendo ocioso, y ha rehabilitado por el trabajo a otros criminales a quienes acaso la indigencia había desviado del camino honrado, hay en las condiciones actuales de esta sociedad dos aisladores naturales de los males que germinan en el cerebro de las muchedumbres ignorantes. Esos dos aisladores — la facilidad de subsistencia y la facilidad del trabajo — producirán lentamente un estado medio de moralidad que sustituirá accidentalmente la moralidad que resulta del trabajo de todos por la educación media del mayor número.

El trabajo educa, y los elementos semibárbaros que arrojan sobre estas ciudades y estos campos las ciudades y los campos de la Europa menos culta, se civilizarán en el goce de satisfacciones sociales que no conocían, y cuando no den en sí mismos coeficientes concienzudos a la patria adoptiva, le darán en sus hijos elementos de progreso moral e intelectual superiores a los que ellos constituyen.

América, haces bien en recibir con tus brazos abiertos a los recién llegados.

¿CUÁL DE LAS DOS FORMAS DE GOBIERNO, MONARQUÍA O REPÚBLICA, REALIZA MEJOR EL IDEAL DEL DERECHO?

Discurso y rectificación, en la sesión celebrada por el Ateneo de Madrid en la noche del sábado 20 de diciembre de 1868.

Señores: Yo no necesito deciros lo que soy. Yo soy americano: yo tengo la honra de ser puertorriqueño y tengo que ser federalista. Colono, producto del despotismo colonial, cohibido por él en mis afectos, en mis pensamientos, en mis actos, me vengué de él imaginando una forma definitiva de libertad y concebí una confederación de ideas, ya que me era imposible una confederación política. Porque soy americano, porque soy colono, porque soy puertorriqueño, por eso soy federalista. Desde mi isla veo a Santo Domingo, veo a Cuba, veo a Jamaica, y pienso en la confederación: miro hacia el Norte y palpo la confederación, recorro el semicírculo de islas que ligan y "federan" geográficamente a Puerto

Rico con la América latina, y me profetizo una confederación providencial.

Mas como no son suficientemente racionales las determinaciones del sentimiento, he tenido la necesidad de razonarlo, y tengo necesidad de razonarlo ante vosotros.

Para ello me valdré del tema sometido a vuestra deliberación. Dice el tema en su primera parte: ¿Cuál de las dos formas de gobierno, monarquía o república, realiza mejor el ideal del derecho?

Yo voy a examinar tan rápidamente como me sea posible, como me lo permita mi tarda manera de expresar mi pensamiento, los cuatro conceptos capitales de la pregunta: forma, realización del ideal por la forma, ideal y derecho.

La forma ¿es realización del ideal? Realizar un ideal es darle vida objetiva y toda forma, por el mero hecho de realizar, da vida objetiva a su esencia, a su ideal, y toda forma de gobierno realizará el ideal del derecho; en cuyo caso es ociosa la discusión, pues toda forma expresará su ideal completo.

Pero si no realiza ¿exterioriza la forma? Si lo hace, la exteriorización será de algo interno, esencial *in se*, en cuyo caso la forma no será otra cosa que un desarrollo de la esencia, y aunque quepan torcimientos en el desarrollo, siempre será la forma una expresión del ideal, irán juntos uno y otra, serán inseparables, y allí

donde haya forma, habrá exteriorización del ideal. De modo que permaneciendo inseparables, el ideal en toda forma será indiferente.

Esto no es cierto: sin buscar otra razón, porque es condenación de la libertad, negación del derecho, y por negación del derecho disipación del ideal, exaltación de la arbitrariedad, consagración de la fatalidad.

Lo cierto es que la forma es condición de la esencia: que toda esencia lleva consigo su forma, todo ideal su realidad conjunta y no hay realización ni exteriorización sino deformación del ideal, es decir, medios arbitrarios más o menos artísticos, más o menos conformes con la forma y con la esencia en todo ideal que se manifiesta.

Ideal, pues, es el todo, fondo y forma, realidad e idea, que como norma infalible de justicia, de verdad y de belleza compulsa eternamente los actos, los pensamientos, los afectos de la humanidad. Luego forma y esencia son una unidad irreductible; y pues hay ideal absoluto, hay forma absoluta que le corresponde eternamente.

Esto se prueba por la definición del derecho — y advierto entre paréntesis que de esta definición, como de todo el pensamiento del discurso, sólo yo soy responsable, pues no sigo escuela alguna —. Derecho es la manifestación de aquella facultad connatural y necesaria me-

diante la cual realizamos los fines morales de nuestra existencia.

El ideal del derecho es la justicia. Como no hay más que un ideal, una justicia, no hay más que una forma, un derecho; pues yo no conozco otro que el siempre dependiente de la justicia inmutable.

Haciendo aplicación de estos principios a las formas de gobierno, podemos decir que aquella forma será más conforme con el ideal del derecho que más convenga con él, con la justicia. Mas, como la forma no es nada o es elemento del ideal o parte necesaria de él, una de las formas es absoluta, necesaria y verdadera.

¿Cuál de las dos? Según el revolucionario de la ciencia-historia, Vico, y según mi querido amigo, el señor Rayón, la monarquía; según la razón y yo, la república.

Examinemos las dos formas.

Monarquía: gobierno de uno, primera injusticia; absorción de todos los derechos individuales y sociales en una soberanía indiscutible, segunda injusticia; negación de todas las libertades connaturales por una autoridad artificial, tercera injusticia; irrevocabilidad e irresponsabilidad de poder, cuarta injusticia, que hace necesario el tremendo derecho de insurrección. ¿Realiza esta forma de gobierno la justicia?

Frente a las cuatro injusticias capitales de la monarquía, la absoluta libertad individual,

la independencia del municipio, la independencia de la provincia, la omnipotencia de la representación nacional, la responsabilidad de todos los poderes, la alianza libérrima de todas las parcialidades nacionales, que es lo que constituye la federación. He dicho monarquía y federación (república absoluta), porque todas las degeneraciones históricas de una y otra, todas las formas intermedias, son, o negación de la monarquía absoluta, o transacciones con la república federal. No he hablado de la república unitaria, porque no hay república en donde hay concentración de poder, y no hablo de las formas históricas de la monarquía, porque además de estar ya cansado de cansaros, hay una fórmula que expresa históricamente la necesidad de la forma absoluta de gobierno, y es que cuando más absoluta es la monarquía, más se niega como forma de gobierno, pues más se separa de la justicia; y que cuando más absoluta es la república, más conviene con el ideal del derecho, la justicia.

Ahora, señores, que está contestada la primera parte del tema, haré una salvedad: yo no quiero hacer aplicación de mis principios a España, porque soy enemigo de esa patología política que convierte en doctores a todos los que se ocupan del estado actual de un pueblo, y aplican remedios a un mal siempre más fácil de diagnosticar que de curar.

Señores: Yo no sé si por el aislamiento en que ha vivido España, que como el individuo cohibido por una fuerza fatal se recoge en sí mismo y se aísla de los otros pueblos; yo no sé si por ese aislamiento España desatiende demasiado el movimiento internacional de las ideas. Lo que sé es que se recoge demasiado. Abriera ella y abrid vosotros vuestros ojos al horizonte inmenso que presenta Europa, y veréis cuán poderosa aunque en estado latente se manifiesta en ella la idea federal.

Quiero evitaros el cansancio que siento yo también, y voy tan sólo a probar con los hechos capitales que ahora mismo se verifican o anuncian, que todo lo que pasa es aspiración de los pueblos a una solidaridad política, equivalente a esa confederación intelectual ya realizada.

Tres problemas conmueven hoy a Europa: la cuestión de Oriente, la cuestión germánica y la cuestión italiana. En todos tres sucede una de estas dos cosas: o acción fatal hacia la federación o reacción contra unidades absorbentes. Es decir, en donde la unidad es tradicional, tendencia hacia la federación; en donde la unidad es reciente, malestar inconllevable por no haber adoptado el principio federal.

En la cuestión de Oriente se realiza un fenómeno notable. En tanto que las potencias interesadas en su resolución más la complican cuanto más se empeñan en simplificarla, las ra-

zas que esperan de su solución el lugar que demandan en la historia, ofrecen en estado latente la clave del enigma. La raza eslava se prepara a la vida activa del progreso obedeciendo a su pensamiento de alianza, de federación entre todos los miembros que la componen; y mientras que la diplomacia concentra su acción en el Imperio Otomano, el Panslavismo triunfa secretamente en los principados y conturba en Bohemia y en Hungría el proyecto unitarista del imperio de los Habsburgo.

La raza helénica pugna con más fruto cada vez a emanciparse absolutamente de Turquía; y se agrupa alrededor de la Grecia emancipada.

En la cuestión germánica triunfa visiblemente el pensamiento federal, que a pesar del interés de vida que tiene la Alemania del Sur de unirse a la del Norte, hace resistencia a su interés por no someterse a la hegemonía de Prusia y ha formulado su intento federal diciendo: Quiero la unidad en la libertad, es decir, quiero la unidad en la libre asociación de los diversos miembros de la nacionalidad.

Prueba de la reacción contra las unidades ficticias, es el malestar de Italia enferma de impotencia hasta el punto de no haber podido resolver esa cuestión de Roma, tanto más difícil cuanto más se empeña en resolverla.

Lo que ha sucedido en estas revoluciones territoriales, sucede esencialmente en ese "cuarto

estado" cuyo advenimiento están anunciando el creciente progreso de las ideas políticas y la visible diferencia en que están los poderes constituídos y los pueblos.

Pese lo que pese a esta pasiva clase media que se esconde cuando debiera presentarse, que huye cuando debiera combatir, que en todas partes ha matado con su temor la libertad, el "cuarto estado" pide su puesto en la vida histórica y política.

El desarrollo económico, los problemas que ha dado a resolver, la denuncia que había hecho de una fuerza hasta ahora desdeñada y la obligación de reconocerla en que ha puesto a las clases altas y a los gobiernos, demuestra, señores, que se prepara en Europa uno de esos acontecimientos que transforman la vida de los pueblos. Y como si la fuerza latente quisiera, aún antes de estallar, determinar su carácter dominante, el "cuarto estado", a un mismo tiempo cohibido y desdeñado, se asocia y se liga y se fortalece en alianzas que un día lo harán incombatible, y surgen las ligas y se realizan las asociaciones internacionales de la clase obrera.

¿Qué quiere decir esto? Que la forma absoluta está triunfando, que toda Europa se dirige a la federación.

Yo no he querido, señores, y os lo he dicho, hacer aplicaciones del principio que defiendo a la península española; pero debo llamar so-

lemnemente vuestro patriotismo y vuestra atención hacia un modo de federación española que salvará para España dos miembros importantísimos de su nacionalidad actual.

Señores: las colonias españolas están hoy en un momento crítico. Víctimas de un despotismo tradicional, una y mil veces engañadas, ¡engañadas, señores, lo repito!, no pueden, no deben seguir sometidas a la unidad absurda que les ha impedido ser lo que debieran ser, que les prohibe vivir.

España no ha cumplido en América los fines que debió cumplir, y unas tras otras las colonias del Continente se emanciparon de su yugo. La historia no culpará a las colonias.

Si España quiere ser digna de historia: si quiere conservar los restos de aquella gran familia que le dió la conquista, que le arrancó su tiranía, piense hondamente en su deber, repare las injusticias cometidas, sea menos avara de su libertad, extienda hoy la que acaba de conquistar, la que ha prometido, la que so pena de indignidad no puede negar a aquellos pueblos dóciles siempre a su voz, siempre dispuestos a auxiliarla, que la han auxiliado con sus riquezas cada vez, las mil veces que las ha necesitado, abra sus brazos a los que por su culpa se retiran de ellos y segura de sí misma dígales:

"Pueblos generosos, Puerto Rico y Cuba, perdonadme los tormentos que durante tres siglos os he impuesto. ¡En el nombre de Dios y obedeciendo a la razón y a la justicia, que ni para los individuos ni para los pueblos quieren la esclavitud, liguémonos con los vínculos de la libertad; sed libres dentro de vosotros mismos! Unámonos en nuestro común afecto, en nuestra conveniencia mutua; vivamos como hermanos, independientes unos de otros en nuestra propia vida; dependientes de todos en nuestras necesidades, en nuestras dificultades, en nuestras angustias comunes."

El lazo de libertad que aun puede unir a las Antillas con España, es el lazo federal; el modo de realizar la independencia dentro de la dependencia, la federación.

He dicho lo bastante.

(El señor Aguilera pide la palabra y en nombre de su patriotismo, ataca el discurso del señor Hostos, lo culpa de antiespañol, cita el llamamiento a las Provincias de Ultramar a las Cortes de 1812 y culpa de ingratitud a las Antillas.)

El señor Hostos: —Por la justicia que hago al patriotismo del señor Aguilera, compare S. E. la firmeza y resolución del mío: yo estimo en los otros lo que animo en mí. Pero como yo no he atacado a España, sino que he dicho la

verdad; como yo no he tratado una cuestión de patriotismo, señor Aguilera, sino que he tratado una cuestión de justicia; como no he perdido el tiempo en repetir lo que la historia sabe, sino que lo he empleado en dar una solución salvadora a un problema cada vez más peligroso, repito firmemente cuanto he dicho y añado que lejos de ser ingratas las colonias, no las provincias de Ultramar, han dado pruebas de su amor a la metrópoli, que ésta no ha pagado más que con la indiferencia.

(El señor Aguilera insiste en su prueba de convocatoria a Cortes y pregunta qué han hecho las Antillas por España.)

El señor Hostos: —Antes he aplaudido el patriotismo del señor Aguilera, ahora aplaudo su habilidad, y no para que me lo agradezca, que yo aborrezco demasiado la habilidad para estimarla. En tanto que insiste una vez y otra vez en la convocatoria a Cortes del año 12, y les atribuye la emancipación de las colonias continentales, S. S. olvida hábilmente que entre 1812 y 1868, están 1837 y 1854. En 1812, primera evolución de la idea liberal en España, tiene razón S. S., las colonias americanas fueron llamadas a Cortes, ¿para qué?: para demostrarlas que aquí se tenía miedo a la libertad de las colonias. En lo que no tiene razón S. S., lo que

es indigno de su ilustración, es la falsedad de que se hace eco. Supone S. S. que las colonias se emanciparon porque se les reconoció el derecho de exponer su pensamiento y sus necesidades en la Representación Nacional. Éste es un absurdo digno de sus inventores.

En las colonias del Continente como en Cuba y Puerto Rico, hay una raza de explotadores, que por explotarlo todo, se han hecho comerciantes de carne humana: esa "buena gente" veía y ve que la libertad hubiera destruído el edificio que el despotismo y su codicia habían fabricado, y para evitar su destrucción en las Antillas imputaron a los derechos de 1812 la emancipación de las colonias. La historia se ríe de esa buena gente. De lo que no se ríe la historia es de la indigna violación cometida en 1837. ¿Sabe S. S. lo que sucedió en 1837? Pues sepa que en 1837, segunda evolución de la idea liberal, fueron convocadas a Cortes Constituyentes las colonias que quedaban; pero como embarazaban por causas personales no muy dignas (abrigaban algunas liberales los temores de los monopolistas coloniales), se inventó un pretexto para desembarazarse de aquel obstáculo. Se dijeron: "Finjamos que damos un paso liberal; finjamos que queremos suma de libertades para Cuba y Puerto Rico, y quitémonos de encima a sus representantes, que pudieran muy bien parecerse a aquellos indomables america-

nos del Sur que en 1812 eclipsaron con la suya nuestra gloria".

Y, señores, so pretexto de que España cambiaba su principio colonial, y progresaba del principio de asimilación al de expansión, del sistema español al inglés, pusieron un artículo adicional a su Constitución, y consumaron una iniquidad, y arrojaron del Congreso a los representantes de Cuba y Puerto Rico.

Llega el año 54, tercera evolución de la idea liberal en España, y ¿qué se hizo por Cuba y Puerto Rico? Nada.

Llega el año 68, ebullición de la idea liberal: triunfamos todos, porque todos hemos contribuído al triunfo de esta revolución, y acaso más enérgicamente los antillanos que en ella han tomado parte, que muchos de los que hoy gozan de sus frutos; cuando todos esperábamos, cuando todos anhelábamos que la revolución fuera digna de sí misma, que se extendiera a Cuba y Puerto Rico, cuando los que sirvieron a la libertad de aquí por servir a la de allá, esperábamos que así se premiarían los sacrificios que habíamos hecho, que así se compensara el valor con que habíamos hablado cuando todo el mundo callaba, que así se cumplieran los compromisos personales, personales, sí señores, contraídos con algunos de nosotros en favor de nuestra patria: entonces se nos dice enseñándonos a Cuba armada contra la odiosa contri-

bución que a ella como a Puerto Rico la ha esquilmado, armada también contra la opresión que hemos vencido aquí; entonces se nos dice: "o deponéis las armas o no hay libertades", a lo cual contestan "o nos dais las libertades o no deponemos las armas".

Pregunta el señor Aguilera qué debe España a las Antillas. Les debe los sacrificios pecuniarios para ayudar a su guerra de África; les debe el dinero con que se hizo la guerra de Santo Domingo; les debe sobre todo la mansedumbre de tres siglos de paciencia con que han esperado la libertad que necesitaban; les debe la justicia, que es lo que pedimos. *(Varias voces: "¡Sí, justicia!")*

(El Presidente, en frases enérgicamente inspiradas por un alto sentimiento de patriotismo, reconoce el del señor Hostos, y le ruega delicadamente declarar que no ha estado en su ánimo estimular con sus palabras los sucesos de Cuba.)

El señor Hostos: —El señor Moreno Nieto, cuya maravillosa elocuencia he admirado en este instante más que nunca, me pide una declaración; yo voy a complacer a mi elocuente amigo haciendo dos declaraciones:

Primera: que no creo que el alzamiento de Cuba, producido por el hambre y por la opresión del régimen antiguo, se sostenga contra la

libertad, en cuyos rápidos efectos, en cuya influencia para la pacificación espero yo.

Segunda: que si contra lo que espero no se hiciera justicia, y allí, con el derecho que se ha usado aquí, se peleara en favor de la libertad, que arraiga en mi patria como en todas partes al modo que la planta en la tierra, no estaría yo en el Ateneo.

(El señor Presidente aplaude el alto patriotismo del señor Hostos que dice es tanto más digno de respeto cuanto que pasa de las palabras a los hechos.)

(El señor Goicorretea, defendiendo a un ausente, pregunta al señor Hostos qué tiene que decir de las contribuciones de Cuba y Puerto Rico.)

El señor Hostos: —Estoy de elogios: y como no sé a qué ausente ha aludido el caballero que tiene la bondad de interpelarme, diré, primero, que yo no me ocupo nunca de los hombres; he dicho y repito que las contribuciones son odiosas, producto de una combinación indigna. Los últimos hombres de aquel régimen, que se han ido porque arruinaban este país; los últimos hombres de aquel régimen concibieron un medio muy sencillo de rellenar las cajas que vaciaban; y mientras que desolaban a las tristes islas huracanes que hacía veinte años no las

visitaban; mientras que arrancaban de cuajo las cosechas; mientras que las desplomaban terremotos como jamás las habían estremecido; mientras que cruzados de brazos y los ojos fijos en el cielo, preguntaban: "¡Hasta cuándo, Providencia!", aquí les contestaban enviándoles una contribución que duplicaba y triplicaba el tipo del impuesto.

EL FERROCARRIL TRASANDINO

Dieciséis años ha, un chileno y un antillano se encontraron en la República Argentina. Ambos estaban dominados de una idea fija, y ninguno de los dos era demente. El uno, el chileno, de patria hecha, soñaba con dotar a Chile y por medio de Chile al porvenir ideal del Continente, con la fuerza de cohesión más activa que puede la civilización aplicar a la confraternidad continental. El otro, el antillano, patriota de la patria americana, mientras fabricaba la patria jurídica que no tenía, soñaba con tenerla para comenzar a realizar la unión que geografía, etnología, historia, carácter, costumbres, destino, civilización y sentido común piden a gritos.

El chileno, poseído del sólido espíritu práctico de la sociedad nativa, y con el mismo tranquilo tesón con que ella ha trabajado por procurarse un desarrollo que sería completamente original, si su edad infantil no la hubiera inducido a buscar norma y modelo en donde no debieran buscarlos nuestros pueblos, trabajaba sin desmayo en su propósito de ligar con ligaduras de hierro las dos vertientes de los Andes. El

antillano, atormentado por el aguijón del ideal, ideaba lo que idean los idealistas (1). Ya había construído imaginariamente la patria federal de las Antillas, y no contento con los lazos del derecho, había, con un puente monumental de Puerto Rico a Santo Domingo, y con otro de Santo Domingo a Cuba, federado a la tierra en que naciera con aquella "la más bella que ojos vieron"... *(destruído el original)* ...había aprovechado los eslabones del sistema antillano para echar por encima de los puentes y a través de las islas la vertiginosa locomotora que para afianzar la federación cedía en rapidez sólo al llegar al Cabo de San Antonio, desde donde contemplaba a Yucatán y al ver el canal que los separa lo había amenazado con otro puente, con otra locomotora y con otra unión de hierro y de derecho.

Una vez a la vista del océano que hizo de Balboa el segundo Colón del Nuevo Mundo, ya no conoció valladares ni barreras, y construyó por sí solo el ferrocarril continental que había de ligar a todos los pueblos de la América latina entre sí, a los hermanos desunidos con los hermanos que deben a la unión del derecho la única civilización en vía racional que ha conocido el mundo. Y viendo que la obra era incompleta, abrió el canal, y por él impulsó con

(1) Por el mal estado del original, el resto de este párrafo ha tenido que ser reconstruído por los compiladores.

todas las fuerzas de la ciencia, con todas las fuerzas de las conciencias, con todo el ímpetu del ideal, la civilización de Occidente sobre Oriente, para unirlas, fundirlas, confundirlas y de entrambas hacer el nuevo mundo moral que estaba oprimiendo su cabeza.

Con ella dolorida por el peso, se encontró con el chileno. Electricidades de polos opuestos, se atrajeron. Lo que era inmenso en el afán del práctico, era una grandiosa bobería para el constructor ideal de un nuevo mundo, y el chileno y su ferrocarril trasandino y números y cálculos y pruebas y demostraciones y gestiones para poner en movimiento el capital pasivo, y para atraer la siempre centrífuga indiferencia de los intereses que cuentan con los dedos y andan con alfileres, todo cayó en la vorágine del soñador, que inmediatamente hizo suyo el proyecto, lo vistió, lo pulió, lo engalanó, y en artículos sin fin, ni tregua, ni vacilación, lo presentó a la prensa de Buenos Aires.

La cosa, para un hacedor ideal de grandes cosas, era tan fácil, que la dió por hecha; se calzó las sandalias, tomó el bordón, y siguió imperturbable su camino.

Como había hecho la federación de todo el continente, la férrea fusión del Nuevo Mundo, la confusión de dos civilizaciones, así había hecho el ferrocarril trasandino.

Pero no se hacen así los grandes hechos. Bien lo sabía el chileno, que, mientras el más fervoroso y probablemente el único desinteresado de sus auxiliares se alejaba, él, como la gota que golpea la piedra, se quedaba. Años enteros se ha quedado; años enteros ha dejado correr el mundo por distinto rumbo, mientras él, fijos siempre los ojos en el suyo, ha disipado las sombras, ha vencido las tinieblas, y ha llegado, y ahí está sobre la cumbre de los Andes, oprimiéndola ya con los rieles.

El antillano es un hombre malogrado. Paz a los restos de él, que aun andan por el mundo, y cuando llegue la hora suspirada, cuenten de él los sepultureros, los únicos que pueden ser buenos biógrafos, cuenten el cuento de su vida.

El chileno es Juan Clark.

Lisonjéalo hoy la indiferencia hecha admiración, y en ese bueno aprendan los buenos a tener constancia y firmeza de concienzudo en los propósitos que honran a la humanidad.

Mientras los unos, macaqueando, parodian con insanas vocinglerías, los gestos y los actos seniles del régimen internacional que infama a Europa, él, machacando, hacía por el régimen internacional americano, cuya base es la unión, cuyo medio es la confraternidad, cuyo objeto es una civilización más racional, más extensa y más humana que el ensayo de racionalidad hecho hasta ahora por los hombres, lo que no

habrían podido hacer soñando los patriotas de la patria americana, lo que ni siquiera habían intentado los estadistas de las naciones ligadas por recuerdos de la cuna y enlazadas por los intereses de la vida.

Hoy, cuando se golpee en el suelo de los Andes para encadenar al riel que los subyuga para siempre, se habrá dado un martillazo de muerte al necio espíritu que, en nombre de intereses microscópicos, se agita por dividir lo que es necesario que esté unido.

Ese golpe de muerte habrá dado el perseverante proyectista que, durante dieciséis y más años, ha estado domeñando voluntades.

Digno esfuerzo, digna obra, digno hombre.

Santiago, Chile, 1895.

NOTA. — El túnel del Trasandino se debe a la iniciativa de los industriales chilenos Juan y Mateo Clark quienes solicitaron en 1872 la concesión de un ferrocarril trasandino, concesión que obtuvieron juntamente con otra para la construcción de la línea de Buenos Aires a Mendoza. Pero las dificultades económicas y la crisis comercial de aquella época, impidieron la realización de esos proyectos. En 1884 el Estado argentino construyó la línea de Villa María a Mendoza que vendida después a una empresa inglesa, tomó el nombre de Gran Oeste Argentino.

Años más tarde los hermanos Clark construyeron el ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico que pasa por Villa Mercedes y San Luis y que acorta considerablemente el trayecto a Mendoza.

Mientras tanto la idea del ferrocarril trasandino hacía camino en Chile, cuyo Congreso en noviembre de 1874 otorgaba a los señores Clark la concesión y una garantía de 7 % sobre un capital de 3.000.000 de pesos.

En 1889 se habían iniciado los trabajos, pero los señores Clark, que tanto empeño habían demostrado para iniciar la obra, no pudieron hacer frente a los enormes e imprevistos gastos y se vieron en la necesidad de entregar a sus acreedores la concesión y la sección construída hasta Salto del Soldado (17 Km.). *Cfr. Diario La Prensa. Buenos Aires, lunes 4 de abril de 1910, página 6.*

Como un homenaje a los abnegados hermanos Clark, el ministro de Industrias y Obras Públicas de Chile, doctor Carlos Gregorio

Ávalos pidió por vía diplomática a Londres, en 1906, que la nueva Compañía conservara el nombre "Clark Trasandine Railway". Así se hizo con lo cual se cumplió un acto de estricta justicia.

El túnel del Trasandino fué inaugurado el 5 de abril de 1910 en una ceremonia brillante de la que participaron, además de altas autoridades de Chile y Argentina, unos mil quinientos obreros de ambos países que habían trabajado en la construcción del citado túnel. La longitud de éste es de 8.165,27 m. y su altura sobre el nivel del mar, 3.190,88 m.

En representación del gobierno argentino pronunció un discurso de confraternidad el ministro de Obras Públicas Ing. E. Ramos Mejía.

Desde 1903 hasta 1923 el Ferrocarril Trasandino fué administrado por el F. Gran Oeste Argentino y más tarde por el F. Pacífico. Desde 1923, su administración y gobierno fué transferido a los Ferrocarriles Trasandino Argentino y Chileno hasta 1938 en que, por ley Nacional 12.573, fué adquirida la línea por el Estado, como consecuencia de los graves desperfectos que sufrió, en gran parte en las vías, por el aluvión del 11 de febrero de 1934. *(J. D. F.)*.

LA EDUCACIÓN CIENTÍFICA DE LA MUJER

PRIMERA CONFERENCIA

Señores:

Al aceptar nuestra primera base, que siempre será gloria y honra del pensador eminente que os la propuso y nos preside, todos vosotros la habéis meditado; y la habéis abarcado, al meditarla, en todas sus fases, en todas sus consecuencias lógicas, en todas sus trascendencias de presente y porvenir. No caerá, por lo tanto, bajo el anatema del escándalo el tema que me propongo desarrollar ante vosotros: que cuando se ha atribuído al arte literario el fin de expresar la verdad filosófica; cuando se le atribuye como regla de composición y de críticas el deber de conformar las obras científicas a los hechos demostrados positivamente por la ciencia, y el deber de amoldar las obras sociológicas o meramente literarias al desarrollo de la naturaleza humana, se ha devuelto al arte de la palabra, escrita o hablada, el fin esencial a que corresponde; y el pensador que en esa reivindicación del arte literario ha sabido descubrir la rehabi-

litación de esferas enteras de pensamiento, con sólo esa rehabilitación ha demostrado la profundidad de su indagación, la alteza de su designio, y al asociarse a vosotros y al asociaros a su idea generosa, algo más ha querido, quería algo más que matar el ocio impuesto: ha querido lo que vosotros queréis, lo que yo quiero; deducir de la primera base las abundantes consecuencias que contiene.

Entre esas consecuencias está íntegramente el tema que desenvolverá este discurso.

Esta Academia quiere un arte literario basado en la verdad, y fuera de la ciencia no hay verdad; quiere servir a la verdad por medio de la palabra, y fuera de la que conquista prosélitos para la ciencia, no hay palabra; quiere, tiene que querer difusión para las verdades demostradas, y fuera de la propaganda continua no hay difusión; quiere, tiene que querer eficacia para la propaganda, y fuera de la irradiación del sentimiento no hay eficacia de verdad científica en pueblos niños que no han llegado todavía al libre uso de razón. Como el calor reanima los organismos más caducos, porque se hace sentir en los conductos más secretos de la vida, el sentimiento despierta el amor de la verdad en los pueblos no habituados a pensarla, porque hay una electricidad moral y el sentimiento es el mejor conductor de esa electricidad. El sentimiento es facultad inestable, transitoria e incons-

tante en nuestro sexo; es facultad estable, permanente, constante, en la mujer. Si nuestro fin es servir por medio del arte literario a la verdad, y en el estado actual de la vida chilena el medio más adecuado a ese fin es el sentimiento, y el sentimiento es más activo y por lo tanto más persuasivo y eficaz en la mujer, por una encadenación de ideas, por una rigurosa deducción llegaréis, como he llegado yo, a uno de los fines contenidos en la base primera: la educación científica de la mujer. Ella es sentimiento: educadla, y vuestra propaganda de verdad será eficaz; haced eficaz por medio de la mujer la propaganda redentora, y difundiréis por todas partes los principios eternos de la ciencia; difundid esos principios, y en cada labio tendréis palabras de verdad; dadme una generación que hable la verdad, y yo os daré una generación que haga el bien; daos madres que lo enseñen científicamente a sus hijos, y ellas os darán una patria que obedezca virilmente a la razón, que realice concienzudamente la libertad, que resuelva despacio el problema capital del Nuevo Mundo, basando la civilización en la ciencia, en la moralidad y en el trabajo, no en la fuerza corruptora, no en la moral indiferente, no en el predominio exclusivo del bienestar individual.

Pero educar a la mujer para la ciencia es empresa tan ardua a los ojos de casi todos los hombres, que aquellos en quienes tiene luz más

viva la razón y más sana energía la voluntad, prefieren la tiniebla del error, prefieren la ociosidad de su energía, a la lucha que impone la tarea. Y no seréis vosotros los únicos, señores, que al llevar al silencio del hogar las congojas acerbas que en todo espíritu de hombre destila el espectáculo de la anarquía moral e intelectual de nuestro siglo, no seréis vosotros los únicos que os espantéis de concebir que allí, en el corazón afectuoso, en el cerebro ocioso, en el espíritu erial de la mujer, está probablemente el germen de la nueva vida social, del nuevo mundo moral que en vano reclamáis de los gobiernos, de las costumbres, de las leyes. No seréis los únicos que os espantéis de concebirlo. Educada exclusivamente como está por el corazón y para él, aislada sistemáticamente como vive en la esfera de la idealidad enfermiza, la mujer es una planta que vegeta, no una conciencia que conoce su existencia; es una mimosa sensitiva que lastima el contacto de los hechos, que las brutalidades de la realidad marchitan; no una entidad de razón y de conciencia que amparada por ellas en su vida, lucha para desarrollarlas, las desarrolla para vivirlas, las vive libremente, las realiza. Vegetación, no vida; desarrollo fatal, no desarrollo libre; instinto, no razón; haz de nervios irritables, no haz de facultades dirigibles; sístole-diástole fatal que dilata o contrae su existencia, no desenvolvimiento

voluntario de su vida; eso han hecho de la mujer los errores que pesan sobre ella, las tradiciones sociales, intelectuales y morales que la abruman, y no es extraordinario que cuando concebimos en la rehabilitación total de la mujer la esperanza de un nuevo orden social, la esperanza de la armonía moral e intelectual, nos espantemos: entregar la dirección del porvenir a un ser a quien no hemos sabido todavía entregar la dirección de su propia vida, es un peligro pavoroso.

Y sin embargo, es necesario arrostrarlo, porque es necesario vencerlo. Ese peligro es obra nuestra, es creación nuestra; es obra de nuestros errores, es creación de nuestras debilidades; y nosotros los hombres, los que monopolizamos la fuerza de que casi nunca sabemos hacer justo empleo; los que monopolizamos el poder social, que casi siempre manejamos con mano femenina; los que hacemos las leyes para nosotros, para el sexo masculino, para el sexo fuerte, a nuestro gusto, prescindiendo temerariamente de la mitad del género humano, nosotros somos responsables de los males que causan nuestra continua infracción de las leyes eternas de la naturaleza. Ley eterna de la naturaleza es la igualdad moral del hombre y de la mujer, porque la mujer, como el hombre, es obrero de la vida; porque para desempeñar ese augusto ministerio, ella como él está dotada de las facultades creadoras que

completan la formación física del hombre-bestia por la formación moral del hombre dios. Nosotros violamos esa ley, cuando reduciendo el ministerio de la mujer a la simple cooperación de la formación física del animal, le arrebatamos el derecho de cooperar a la formación psíquica del ángel. Para acatar las leyes de la naturaleza, no basta que las nuestras reconozcan la personalidad de la mujer, es necesario que instituyan esa personalidad, y sólo hay personalidad en donde hay responsabilidad y en donde la responsabilidad es efectiva. Más lógicos en nuestras costumbres que solemos serlo en las especulaciones de nuestro entendimiento, aun no nos hemos atrevido a declarar responsable del desorden moral e intelectual a la mujer, porque, aun sabiendo que en ese desorden tiene ella una parte de la culpa, nos avergonzamos de hacerla responsable. ¿Por magnanimidad, por fortaleza? No; por estricta equidad, porque si la mujer es cómplice de nuestras faltas y copartícipe de nuestros males, lo es por ignorancia, por impotencia moral; porque la abandonamos cobardemente en las contiendas intelectuales que nosotros sostenemos con el error, porque la abandonamos impíamente a las congojas del cataclismo moral que atenebra la conciencia de este siglo. Reconstituyamos la personalidad de la mujer, instituyamos su responsabilidad ante sí misma, ante el hogar, ante la sociedad; y para

hacerlo, restablezcamos la ley de la naturaleza, acatemos la igualdad moral de los dos sexos, devolvamos a la mujer el derecho de vivir racionalmente; hagámosle conocer este derecho, instruyámosla en todos sus deberes, eduquemos su conciencia para que ella sepa educar su corazón. Educada en su conciencia, será una personalidad responsable: educada en su corazón, responderá de su vida con las amables virtudes que hacen del vivir una satisfacción moral y corporal tanto como una resignación intelectual.

¿Cómo?

Ya lo sabéis: obedeciendo a la naturaleza. Más justa con el hombre que lo es él consigo mismo, la naturaleza previó que el ser a quien dotaba de la conciencia de su destino, no hubiera podido resignarse a tener por compañera a un simple mamífero; y al dar al hombre un colaborador de la vida en la mujer, dotó a ésta de las mismas facultades de razón y la hizo colaborador de su destino. Para que el hombre fuera hombre, es decir, digno de realizar los fines de su vida, la naturaleza le dió conciencia de ella, capacidad de conocer su origen, sus elementos favorables y contrarios, su trascendencia y relaciones, su deber y su derecho, su libertad y su responsabilidad; capacidad de sentir y de amar lo que sintiera; capacidad de querer y realizar lo que quisiera; capacidad de perfeccionarse y de mejorar por sí mismo las

condiciones de su ser y por sí mismo elevar el ideal de su existencia. Idealistas o sensualistas, materialistas o positivistas, describan las facultades del espíritu según orden de ideas innatas o preestablecidas, según desarrollo del alma por el desarrollo de los sentidos, ya como meras modificaciones de la materia, ya como categorías, todos los filósofos y todos los psicólogos se han visto forzados a reconocer tres órdenes de facultades que conjuntamente constituyen la conciencia del ser humano, y que funcionando aisladamente constituyen su facultad de conocer, su facultad de sentir, su facultad de querer. Si estas facultades están con diversa intensidad repartidas en el hombre y la mujer, es un problema; pero que están total y parcialmente determinando la vida moral de uno y otro sexo, es un axioma: que los positivistas refieran al instinto la mayor parte de los medios atribuídos por los idealistas a la facultad de sentir; que Spinoza y la escuela escocesa señalen en los sentidos la mejor de las aptitudes que los racionalistas declaran privativas de la razón; que Krause hiciera de la conciencia una como facultad de facultades; que Kant resumiera en la razón pura todas las facultades del conocimiento y en la razón práctica todas las determinaciones del juicio, importa poco, en tanto que no se haya demostrado que el conocer, el sentir y el querer se ejercen de un modo absolutamente diverso

en cada sexo. No se demostrará jamás, y siempre será base de la educación científica de la mujer la igualdad moral del ser humano. Se debe educar a la mujer para que sea ser humano, para que cultive y desarrolle sus facultades, para que practique su razón, para que viva su conciencia, no para que funcione en la vida social con las funciones privativas de mujer. Cuanto más ser humano se conozca y se sienta, más mujer querrá ser y sabrá ser.

Si se me permitiera distribuir en dos grupos las facultades y las actividades de nuestro ser, llamaría *conciencia* a las primeras, *corazón* a las segundas, para expresar las dos grandes fases de la educación de la mujer y para hacer comprender que si la razón, el sentimiento y la voluntad pueden y deben educarse en cuanto facultades, sólo pueden dirigirse en cuanto actividades: educación es también dirección, pero es externa, indirecta, mediata, extrapersonal; la dirección es esencialmente directa, inmediata, interna, personal. Como ser humano consciente, la mujer es educable; como corazón, sólo ella misma puede dirigirse. Que dirigirá mejor su corazón cuando esté más educada su conciencia; que sus actividades serán más saludables cuanto mejor desenvueltas estén sus facultades, es tan evidente y es tan obvio, que por eso es necesario, indispensable, obligatorio, educar científicamente a la mujer.

Ciencia es el conjunto de verdades demostradas o de hipótesis demostrables, ya se refieran al mundo exterior o al interior, al yo o al no-yo, como dice la antigua metafísica; comprende, por lo tanto, todos los objetos de conocimiento positivo e hipotético, desde la materia en sus varios elementos, formas, transformaciones, fines, necesidades y relaciones, hasta el espíritu en sus múltiples aptitudes, derechos, deberes, leyes, finalidad y progresiones; desde el ser hasta el no-ser; desde el conocimiento de las evoluciones de los astros hasta el conocimiento de las revoluciones del planeta; desde las leyes que rigen el universo físico hasta las que rigen el mundo moral; desde las verdades axiomáticas en que está basada la ciencia de lo bello, hasta los principios fundamentales de la moral; desde el conjunto de hipótesis que se refieren al origen, transmigración, civilización y decadencia de las razas, hasta el conjunto de hechos que constituyen la sociología.

Esta abrumadora diversidad de conocimientos, cada uno de los cuales puede absorber vidas enteras y en cada uno de los cuales establecen diferencias, divisiones y separaciones sucesivas el método, el rigor lógico y la especialización de hechos, de observaciones y de experimentaciones que antes no se habían comprobado, esta diversidad de conocimientos está virtualmente reducida a la unidad de la verdad, y se puede,

por una sencilla generalización, abarcar en una simple serie. Todo lo cognoscible se refiere necesaria y absolutamente a alguno de nuestros medios de conocer. Conocemos por medio de nuestras facultades, y nuestras facultades están de tan íntimo modo ligadas entre sí, que lo que es conocer para las unas es sentir para las otras y querer para las restantes; y a veces la voluntad es sentimiento y conocimiento, y frecuentemente el sentimiento suple o completa e ilumina a la facultad que conoce y a la que realiza. Distribuyendo, pues, toda la ciencia conocida en tantas categorías cuantas facultades tenemos para conocer la verdad, para amarla y para ejercitarla, la abarcaremos en su unidad trascendental, y sin necesidad de conocerla en su abundante variedad, adquiriremos todos sus fundamentos, en los cuales, hombre o mujer, podemos todos conocer las leyes generales del universo, los caracteres propios de la materia y del espíritu, los fundamentos de la sociabilidad, los principios necesarios de derecho, los motivos, determinaciones y elementos de lo bello, la esencia y la necesidad de lo bueno y de lo justo.

Todo eso puede saberlo la mujer, porque para todos esos conocimientos tiene facultades; todo eso debe saberlo, porque sabiendo todo eso se emancipará de la tutela del error y de la esclavitud en que la misma ociosidad de sus facultades intelectuales y morales la retienen.

Se ama lo que se conoce bello, bueno, verdadero; el universo, el mundo, el hombre, la sociedad, la ciencia, el arte, la moral, todo es bello, bueno y verdadero en sí mismo; conociéndolo todo en su esencia, ¿no sería todo más amado? Y habiendo necesariamente en la educación científica de la mujer un desenvolvimiento correlativo de su facultad de amar, ¿no amaría más conociendo cuanto hoy ama sin conocer? Amando más y con mejor amor, ¿no sería más eficaz su misión en la sociedad? Educada por ella, conocedora y creadora ya de las leyes inmutables del universo, del planeta, del espíritu, de las sociedades, libre ya de las supersticiones, de los errores, de los terrores en que continuamente zozobran su sentimiento, su razón y su voluntad, ¿no sabría ser la primera y la última educadora de sus hijos, la primera para dirigir sus facultades, la última para moderar sus actividades, presentándoles siempre lo bello, lo bueno, lo verdadero como meta? La mujer es siempre madre; de sus hijos, porque les ha revelado la existencia; de su amado, porque le ha revelado la felicidad; de su esposo, porque le ha revelado la armonía. Madre, amante, esposa, toda mujer es una influencia. Armad de conocimientos científicos esa influencia, y soñad la existencia, la felicidad y la armonía inefable de que gozaría el hombre en el planeta, si la dadora, si la embellecedora, si la compañera de

la vida fuera, como madre, nuestro guía científico; como amada, la amante reflexiva de nuestras ideas, y de nuestros designios virtuosos; como esposa, la compañera de nuestro cuerpo, de nuestra razón, de nuestro sentimiento, de nuestra voluntad y nuestra conciencia. Sería hombre completo. Hoy no lo es.

El hombre que educa a una mujer, ése vivirá en la plenitud de su ser, y hay en el mundo algunos hombres que saben vivir su vida entera; pero ellos no son el mundo, y el infinito número de crímenes, de atrocidades, de infracciones de toda ley que en toda hora se cometen en todos los ámbitos del mundo, están clamando contra las pasiones bestiales que la ignorancia de la mujer alienta en todas partes, contra los intereses infernales que una mujer educada moderaría en el corazón de cada hijo, de cada esposo, de cada padre.

Esta mujer americana, que tantas virtudes espontáneas atesora, que tan nobles ensueños acaricia, que tan alta razón despliega en el consejo de familia y tan enérgica voluntad pone al infortunio, que tan asombrosa perspicacia manifiesta y con tan poderosa intuición se asimila los conocimientos que el aumento de civilización diluye en la atmósfera intelectual de nuestro siglo; esta mujer americana, tan rebelde por tan digna, como dócil y educable por tan buena, es digna de la iniciación científica que está des-

tinada a devolverle la integridad de su ser, la libertad de su conciencia, la responsabilidad de su existencia. En ella más que en nadie es perceptible en la América latina la trascendencia del cambio que se opera en el espíritu de la humanidad, y si ella no sabe de dónde viene la ansiosa vaguedad de sus deseos, a dónde van las tristezas morales que la abaten, dónde está el ideal en que quisiera revivir su corazón, antes marchito que formado, ella sabe que está pronta para bendecir el nuevo mundo moral en donde, convertida la verdad en realidad, convertida en verdad la idea de lo bello; convertida en amable belleza la virtud, las tres Gracias del mito simbólico descienden a la tierra y enlazadas estrechamente de la mano como estrechamente se enlazan la facultad de conocer lo verdadero, la facultad de querer lo justo, la facultad de amar lo bello, ciencia, conciencia y caridad se den la mano.

He dicho ([1]).

---

(1) Como complemento de este bello discurso, el señor Hostos presentó la siguiente proposición:

"Deseando hacer efectiva en una de sus deducciones más importantes la base primera de la Academia, propongo:

1º Que se establezca una serie de conferencias para la educación científica de la mujer;

2º Que se adopte para el orden de esas conferencias la clasificación del método positivista, según el cual precede a todo otro conocimiento el de las leyes generales del universo;

3º Que se adopte como método de composición el orden en que se desarrollan las facultades morales e intelectuales, para persuadir primero el sentimiento y convencer después la razón de la mujer." (De la revista Sud-Americana de junio de 1873.)

EL PERIODISMO

El periodismo es una institución. Por su esencia, corresponde a un sacerdocio; por sus medios, corresponde a un magisterio; por sus fines, corresponde a una jerarquía.

Sacerdocio, sirve de intérprete a la conciencia humana, y en su nombre consagra la eterna trilogía — verdadero, bueno, bello — a que ella aspira.

Magisterio, emplea todas las formas y utiliza todas las funciones de la razón para convertir en opinión lo verdadero, por medio de la ciencia y la experiencia; lo bueno, por medio de la dignidad individual y colectiva, del derecho de todos y de cada uno; lo bello por medio del arte y de la persuasión.

Jerarquía, el exponente de la potencia moral e intelectual de una sociedad, constituye un poder, y debe ejercerlo con tanta majestad cuanta reclama la alteza de sus fines.

Fines, medios, principios, son términos distintos de una misma serie.

Si el principio o la esencia del periodismo es la interpretación de la conciencia humana,

y ésta, aun queriendo violentamente, no puede sustraerse a la influencia latente que sobre ella ejercen la verdad, el bien y la armonía; si el modo o los medios de interpretación no pueden ser otros que los correspondientes a lo interpretado, y sólo en el ejercicio de la razón común y personal tienen bases la ciencia, el derecho y el arte; si fines del periodismo son los correspondientes a sus principios y a sus medios, y aspira, como debe, a producir la verdad, la justicia, el orden que, con la fraternidad, la igualdad, la libertad, no son otra cosa que transformaciones del invencible ideal de la conciencia, ni otra cosa que el siempre infalible resultado del indagar de la razón y de la ciencia, ni otra cosa que el sumando siempre patente de la experiencia de los hombres; si, terminando. fines del periodismo son esos fines elevados, es necesario que los cumpla.

¿No los cumple o los olvida?

En el primer caso, no hay periodismo, porque no hay relación entre su objeto y su esencia.

En el segundo caso no hay periodismo, porque hay contradicción entre los medios y los fines.

En el uno, no hay sacerdocio porque no hay conciencia social; no hay periodismo, porque no hay sociedad.

En el otro, no hay apostolado de la verdad y la fraternidad, de la justicia y la igualdad,

del orden y la libertad, porque no hay jerarquía intelectual que lo ejerza; no se cumplen los fines, porque no se emplean los medios; no hay periodismo, porque no hay hombres preparados para ejercerlo austeramente.

De tal modo es difícil el ejercicio de ese austero ministerio, que siempre he pensado, y cada vez con más viva convicción, que de las tres funciones sociales más difíciles — el padre de familia, el maestro de escuela, el periodista — la más difícil de las tres es esta última.

Y no por ser la que más cantidad de inteligencia y mayor suma de conocimientos necesita, porque la inteligencia es una moneda que circula en abundancia, y la ciencia es un valor que se falsifica de continuo, sino porque el periodismo impone el deber que menos aceptan los hombres en el mundo y que menos se cumple en el mundo de los hombres: el deber de tener un carácter basado en una conciencia.

Conciencia no es la quisicosa, ampulosa, pomposa, huera, hueca que, por tenerla en alguna parte, tienen continuamente en los labios los retóricos. Conciencia es sencillamente la facultad que el espíritu humano tiene de conocer en su principio lo que es bueno y lo que es malo, lo justo y lo injusto, lo equitativo y lo inicuo. Tener esa facultad equivale a tener el deber de ejercitarla; y como ninguna facultad puede impunemente ejercitarse fuera de sus límites

naturales y se extralimita el malvado, injusto, inicuo que no practica el bien, lo justo y lo equitativo que conoce, tener conciencia es lo mismo que tener el deber de abstenerse del mal bajo todas sus formas conocidas, de la injusticia bajo todos sus aspectos, de la iniquidad en todas sus deformidades.

Un carácter basado en una conciencia es una estatua de mármol basada en una roca de granito.

Sí, pedir al periodista que sea eso, es pedir demasiado, lo sabemos; pero pedir que se aproxime a eso, no es pedir otra cosa que aquello que lógicamente se deduce de los principios, los medios y los fines del periodismo. Por eso, cada vez que se me ofrece en espectáculo la vida de una sociedad, le pregunto: "¿Tiene un periodismo que la interpreta?" Y pregunto al periodismo: "¿Qué interpreta? ¿la vida de un niño o la agonía de un moribundo?" Y pregunto al periódico: "¿Cómo cumple sus fines? ¿como sacerdote o como mercader?"

Una sociedad en formación. "¡Gran periodismo!" — me dije creyendo que al fin encontraría uno.

Aquí están en germen las teorías sociológicas, porque aquí está en germen la vida de la sociedad. Aquí el periódico discutirá los principios científicos de la estabilidad social.

Aquí están en ebullición los fundentes de todas las razas, porque esto es un laboratorio en que se funden todas ellas. Fundentes son el trabajo, la producción, el cambio, la distribución, el consumo. Los medios peculiares del movimiento económico, la ley de transformación en las poblaciones afluentes, la razón del crédito y de su desarrollo, las formas de la libertad serán aquí ocupación seria del periódico.

Aquí está en embrión la estructura orgánica de la sociedad, porque no puede haber todavía un organismo tan coherente que todas las partes concierten en el todo, que a cada órgano corresponda una función sana. Aquí el periódico aducirá continuamente en favor del federalismo que se ensaya, todos los argumentos que en favor de él suministra el pensamiento que sistematiza la ley de la democracia en una ciencia, y todas las pruebas que dan en su favor la experiencia de tres sociedades organizadas por él, la más o menos concienzuda dirección de todas las sociedades hacia él.

Aquí está en formación el ideal de una sociedad naciente, y el antiguo concepto de la fuerza se habrá elevado a noción de justicia, y el antiguo concepto de autoridad se habrá reformado por la noción de variedad, y el antiguo concepto de gloria se habrá iluminado por la noción de progreso en el trabajo y en la paz,

en la ciencia y en la moralidad de la nación. Aquí el periódico elucidará sin descanso estas nociones saludables para destruir de una vez aquellos errores mortales.

Aquí hay un pueblo en la primera edad, y sentirá todas las solicitaciones de lo bello. Aquí el periódico tratará de guiar ese instinto, de completar ese sentimiento, de realizar ese deseo.

Aquí hay un pueblo que nació con fuerza, que brilló con digna gloria, que fué apóstol armado de la idea que redimió a América latina en toda la parte del Continente que ella ocupa. Aquí el periódico tendrá siempre patente ante el espíritu de la sociedad ese pasado generoso, no para embriagarlo en el torpe deleite de la vanagloria, sino al contrario, para obligarlo a descontentarse de sí mismo si no continúa la dignamente gloriosa tradición.

Aquí revive una nación infante que durante veinte años, igualmente pavorosa para la memoria y la conciencia de los hombres, igualmente odiosa para la razón y para el sentimiento de todas las generaciones, contuvo a la civilización en la barbarie, avergonzó con su impotencia a la civilización, espantó con la barbarie a la barbarie. Aquí el periódico debe consultar continuamente el corazón de la sociedad para impedir que palpite en él el instinto salvaje que sofocó.

Aquí convalece un cuerpo enfermo que postrará hasta la muerte la pasión colectiva en las provincias, la pasión individual en todas partes. Aquí el periódico debe saber, debe decir que las pasiones populares y las personales dejan de ser estímulo para ser rémoras, dejan de ser fuerza para ser debilidad, dejan de ser núcleo de unión para ser punto de separación, dejan de ser prueba de convicción para ser prueba de perversión en las ideas y en los afectos; dejan de ser bien social para ser mal social, cuando, en vez de dirigidas, se atreven a dirigir y se consiente en que sean directoras de un movimiento social de cualquiera especie.

Uno tras otro, he puesto ante el análisis tranquilo de una razón indiferente a todo lo que no es substancialmente verdadero y justo, todos los periódicos diarios de casi toda la República.

Para casi todos, la vida de la sociedad se ha suspendido y no hay otro síntoma de vida que el tumultuoso anhelar de los partidos.

Para casi todos, el porvenir es un nombre.

Sobre ese nombre, de casi todos esos periódicos caen aludes de alabanzas o dicterios.

La razón de alabanzas y dicterios está en casi todos expresada por la simple afirmación o negación de cualidades que, reunidas en un hombre, harían de él el hombre perfecto a que aspira perpetuamente el ser humano; de defec-

tos que aglomerados en un hombre harían posible en él el Satanás que no ha existido nunca.

He bajado la cabeza; preguntando tristemente: "Sociedad: ¿tienes un periodismo que te interprete? Periodismo: ¿qué interpretas? Periódico ¿cómo cumples tus fines? ¿como sacerdote?"

MALES DEL CENTRALISMO

Son innumerables y todos son igualmente corrosivos.

Enumerarlos y definirlos sería tarea importante para la ciencia de la organización jurídica. Hasta se puede presagiar que el análisis minucioso de ese vicio del sistema representativo, será su mejor remedio, porque enseñará desde la escuela a abominarlo. Pero no es éste el lugar.

Lo que aquí cabe es la sucinta exposición de aquellos males del centralismo cuyo conocimiento importa para los remedios que reclama el tema.

Entre esos males, el más profundo es el que a la vez afecta a la salud de la sociedad y a la dignidad del sistema representativo. Ese mal consiste en la aniquilación de todas las fuerzas que no residen en el centro del organismo social.

Bajo la acción del centralismo no hay más sociedad que la nacional: el municipio es cero, la provincia es cero. Aunque a ella se refieren los beneficios que el centralismo intenta hacer, la misma nación pierde sus fuerzas. Y con motivo: la nación no es más que la resultante de

las sociedades menos extensas que se agrupan en los municipios urbanos y rurales y en las regiones que el dedo de la naturaleza ha trazado en el mapa de la nación. Siendo una resultante, la sociedad nacional vive de la vida y con la vida de las sociedades comunales y regionales. En razón de la fuerza y vigor de éstas, el vigor y la fuerza general; en proporción de la debilidad de las partes, la debilidad del todo.

Para el centralismo ni el municipio ni la provincia tienen el derecho de vivir: ni siquiera concibe que aspiren a vivir con su propia vida. Como confunde la sociedad con el Estado, y se cuida con prolijo cuidado de intervenir en todos los actos de la vida comunal y regional, cree incapaces de desarrollarse por sí propios los organismos que sofoca.

El resultado, patente: en todo el mundo no hay en la actualidad más que tres sociedades completamente vivas; la americana y la europea que, siendo completamente consecuente con el sistema representativo han reconocido el derecho de autonomía a las sociedades municipal y regional, y aquella sociedad inconsecuente con el sistema representativo que fundó, pero consecuente con el derecho, que reconoce el de las partes a vivir de sí mismas y por sí mismas, con el todo.

Fuera de los umbrales de esos pueblos no hay uno solo que viva toda su vida. El centralismo

procaz o disfrazado, debilita en todas ellas la vida de los grupos sociales que, en el plan de la naturaleza estaban llamados a realizar en el cuerpo social la misma acción fisiológica que, en el cuerpo humano, realizan los órganos que concurren, desarrollándose dentro de su propia función, a la salud y felicidad del órgano general.

Centralizada la actividad de municipios y provincias, desconocidas como sociedades coexistentes, privadas del uso del poder que como a sociedades verdaderas les corresponde, ni adquieren en el uso de su iniciativa particular la fuerza que podrían, ni dan a la sociedad general el impulso de vida que le darían si ellas mismas gozaran de salud.

Sociedades enclenques, organismos valetudinarios, vidas cohibidas, lejos de contribuir a la fuerza del todo que componen, concluyen por sólo ser rémoras del desarrollo general.

Entonces, al mal calificado, agrega el centralismo el de la insolencia y la injusticia. Insolente, insulta las sociedades que él se ha esmerado en inmovilizar, y las apellida con cuantos apodos ofensivos pueden servirle para cohonestar su mal obrar; injusto, culpa del mal que produce a las víctimas del mal y entonces, haciendo coro al centralismo, del centro social, que son las capitales nacionales, se levanta un coro de improperios contra las sociedades co-

munales y provinciales, y un vocerío de acusaciones aleves contra el atraso, la incapacidad, la beocia y cretinismo de las provincias y los pueblos.

Junto a esos otros males, no el menor, y acaso de los más dolorosos, el de la sorda animosidad entre las sociedades provinciales y el centro nacional, que va hacinando envidias y rencores sobre vanidades y petulancias agresivas. Grave como es esa obra de disociación del centralismo, mucho más trascendental a los fines mismos de la asociación, es su obra de zapa contra el Derecho y la Moral.

El sistema representativo es un sistema de derechos: se quiere decir, una coordenación de derechos, en que las facultades otorgadas por la naturaleza al hombre y las prerrogativas atribuídas por el hombre a las instituciones de derecho, se enlazan, eslabonan y coordinan en la serie ascendente que empieza en el derecho del individuo a realizar en la asociación toda su vida, o la mayor cantidad de vida, y acaba en el derecho que la sociedad general tiene a subordinar todos los elementos jurídicos que la organizan.

Zapa esa construcción de derecho el centralismo, cuando rehusa o desconoce la libertad que individuos y grupos sociales necesitan para desenvolverse, y negando la autonomía que da el derecho a los integrantes de la sociedad, sólo

conocen una autonomía absoluta, brutal y depresiva, la del compuesto social para regir los componentes que dependen de él.

Tiempo, a no dudarlo, pasará antes que el hombre aprecie en su íntima virtud orgánica al Derecho; pero si hasta hoy en casi todas partes se muestra incapaz de estimarlo en lo que es, y sólo como explosión de su naturaleza comprimida lo conoce, al centralismo la culpa, porque él ha sido quien, o dificultando o perturbando el ejercicio del derecho al individuo en los grupos sociales, a la actividad genial de la sociedad entera, en vez del ejemplo que educa, ha dado el ejemplo que corrompe.

Sin Derecho no hay hombre ni en la asociación de órganos y facultades que constituyen el individuo humano, ni en la asociación de individuos que forman la familia, ni en la asociación de familias que crean el municipio, ni en la asociación de municipios que organizan la provincia, ni en la asociación de regiones que articulan la sociedad nacional.

No habiendo hombre, no hay verdadera sociedad. La sociedad vive, trabaja, piensa, crea, y esos amontonamientos de seres incompletos que nos da dondequiera el prepotente centralismo, no son sociedades vivientes; son cadáveres semovientes. Remedos unos de otros, la inmensa vitalidad de la naturaleza humana se ve reducida a reproducción de formas vanas que

hacen de cada sociedad la fotografía de su centro directivo y de la civilización humana la copia de un centro ocasional de civilización.

Eso es poco para el mal. Por encima del Derecho está el Deber que incluye todas las formas del Derecho, y el centralismo lo desvirtúa hasta el punto de convertirlo en vicio.

Bajo su régimen adverso, el individuo aprende desde la cuna que hay un centro de poder de donde emana toda capacidad social, y desde la cuna aprende a incensarlo y adularlo: el deber de acatar el derecho viviente que es la ley, se convierte para él en servidumbre o en disposición de servidumbre. La familia sabe que el poder de la sociedad radica prácticamente en el representante hereditario o temporal de ese poder, y enseña a los suyos a acatar como esclavos al representante, por temor de excluirlos del goce de sus dádivas, de sus mercedes y servicios. El municipio sabe que nada puede a pesar del poder que le encomendó la naturaleza misma de su ser social, y pordiosea de rodillas la limosna de satisfacciones materiales o morales que reclama su necesidad. La provincia sabe que fuera del poder central no hay poder, y en vez de cumplir con el deber de reclamar la parte que le toca de potestad social clama como mendigo su limosna. El que se llama poder electoral, vive pendiente del soborno. El que se ha dado el dictado de poder por excelencia, de

representación nacional, de exponente activo de la razón social, harto sabe que, bajo el centralismo, está debajo, no en su puesto. El poder judicial, única forma del poder que por la universalidad y la continuidad de su influencia puede, en el centralismo, considerarse la entidad jurídica más libre, vegeta también como raquítico retoño, porque es una institución dependiente de la institución general que esteriliza todo fruto.

Vicio; todo lo vicia el centralismo: hasta la misma naturaleza de los encargados, por herencia o elección, de usufructuarlo. Así se malean por él los más nobles directores; así se empequeñecen los más grandes estadistas; así se corrompen los más virtuosos varones y depravan los más incorruptibles.

Resumiendo: el centralismo es un vicio hereditario del sistema representativo.

Viciando los organismos sociales, viciando las instituciones, viciando la vida de relación, viciando los caracteres, viciando la conciencia individual, el centralismo acarrea en Chile los males que acarrea en todas partes.

ENSAYOS DE CRÍTICA LITERARIA

CARLOS GUIDO SPANO

Mucho antes de 1871, la América latina sabía que, entre sus grandes poetas, uno de los más noblemente inspirados por el generoso patriotismo que no se limita a esta o aquella sección del Continente, era el que desde la "gran capital del Sur" — Buenos Aires — había cantado con acento heroico las glorias de Méjico invadido, y, con trágica ternura, la muerte temporal del Paraguay. Pero, sólo cuando en 1871 se publicaron las poesías coleccionadas bajo el título de *Hojas al Viento* supo la patria latinoamericana qué delicadísimo lírico tenía en Carlos Guido, y qué nobilísimo hombre en el más ático de sus poetas renombrados.

Separando de ese libro de poesías unas cuantas del género erótico malsano, quedan un poeta y un hombre dignos del interés más cariñoso. Interesa el poeta, porque en él hay un hombre. Interesa el hombre, porque vida de él son los afectos tiernos, las delicadezas de sentimiento, las impulsiones generosas, los entusiasmos viriles, la nobleza de carácter que en toda su obra revela el poeta.

El hombre de ese libro es uno de los pocos que saben conservar la virtud más preciosa que tiene el sentimiento, la ternura; y el artista ha ungido con esa preciosa virtud alguna de sus creaciones más completas: *Nenia*, la composición más original de todo el libro, el canto de muerte más persuasivo que el sentimiento de justicia ha inspirado; *En los guindos*, dulcísima modulación del primer deseo; *Al pasar*, melancólica queja del recuerdo.

El hombre que hay detrás de ese libro tiene todas las delicadezas de la sensibilidad intacta, y el poeta la expresa en la mayor parte de sus concepciones; *A mi madre*, delicadísima expresión de aquel afecto filial que supera a la ley del tiempo, porque el tiempo ha contrastado las virtudes que elevan a la conciencia del hijo el afecto que la naturaleza inspiró en el niño; *A Fracao Varella*, noble poetización de la amistad consciente; *A Nydia*, generosa imaginación o confesión del estado de lucha moral en que la pasión delusiva provoca despechos y venganzas.

El hombre que vive en esas poesías es siempre un primer impulso, el franco, el leal, el bueno, el impulso de la naturaleza insobornable, y el poeta da al hombre en todas y en cada una de sus inspiraciones. Inspíralo aquel sentimiento reverente que atrae y detiene en la inocencia, y preguntándose: ¿Por qué no decirlo? cuenta lo que acaso por primera vez vaciló en decir. Ins-

píralo el recuerdo de una culpa, y es tan sincero, que deja de ser única la memoria de lo que hizo *En el monte*. Inspíralo su entusiasmo hacia el más expansivo de los pueblos y entona el *¡Vítor por Francia!* aún después de saber que la esclavizadora de la victoria ha sucumbido.

Tal hombre es un entusiasta de lo bueno, de lo bello, de lo justo, y el poeta amolda en frases rítmicas los raptos indisciplinables del espíritu expansivo que lo guía. Entusiasta de lo bueno, el hombre, el poeta, se exalta dulcemente en el canto del hogar —*At Home*—, se exalta varonilmente en el canto del trabajo: *¡Adelante!* Entusiasta de lo bello, la naturaleza lo extasía en la *Aurora*, lo excita y lo transporta en la contemplación de la *Noche*. Entusiasta de lo justo, Paraguay, Méjico, Cuba, le inspiran un himno de muerte, uno de indignación, uno de gloria.

Ese hombre es un carácter noble, y el poeta lo retrata noblemente en la dignidad de la frase, en la dignidad de los sentimientos que traduce, en la dignidad de las ideas que poetiza.

Esta consustancialidad del sujeto y del artista es el primer mérito de las poesías de Guido, y el carácter propio de su originalidad. Excepto *Nenia*, que es original en forma y fondo; la *Aurora*, que es original en la manera; la *Noche*, que es original en los conceptos, todas las poesías de ese libro han sido imaginadas, sentidas, pen-

sadas, expresadas por todos los líricos de todos los tiempos. Más aún: el autor tiene un ideal tan escrupuloso, que cuida más de la forma ática, que admira e imita con frecuente felicidad, que de la forma espontánea, libre, individual que podría y debería corresponder a su individualidad afectiva. Eso no obstante, a pesar del esmero del artista, a pesar del arte voluntario, reflexivo y concienzudo que hay en la mayor parte de la obra poética de Carlos Guido, es él tan *él mismo* en las revelaciones de su alma tierna, generosa y noble, que hasta a los temas corrompidos por el uso y el abuso, impone el sello de su originalidad individual.

Un hombre bueno, benévolo, poseedor de muchas cualidades que pondera en otros, Alejandro Carrasco Albano, escritor y diplomático chileno, me decía, juzgando a Carlos Guido: "Pero lo que más me admira en él es que haya conservado tan fresca la ternura que tan pronto se corrompe en nuestro tiempo".

En esa perspicaz observación está la mayor parte de la causa que explica la originalidad del querido poeta argentino. Es éste, mucho más que un pensamiento, una afectividad. No la han destruído los años reflexivos; no la han enfermado las realidades torpes de la vida; no la han envenenado las experiencias ponzoñosas; no la han adulterado los mismos abusos de la sensi-

bilidad, ni aun los mismos excesos de la sensualidad lograrían corromperla; y ella, que con todas sus virtudes, todos sus candores, todas sus espontaneidades, impulsa el infatigable corazón del poeta, ella es la que ilumina con luz propia sus poesías.

Ella es también, la primitiva, la incontaminada afectividad del hombre bueno, conciliación de un contraste que parece inconciliable. Carlos Guido no es latinoamericano, es ateniense; no es producto y coeficiente de la nueva civilización que no en vano se esfuerza en fundar el Nuevo Mundo, es un producto paleontológico de la cultura griega. Es lo único que tiene de común con Leopardi, como él apasionado de las formas transparentes, como él primitivo en la expresión de los afectos eternos y universales del alma humana. Y, sin embargo, de este empeño por reproducir y resucitar las formas clásicas, y a pesar de ser contrario ese empeño al espíritu nuevo que, como a todas las formas de la civilización, ha traído el ideal del Nuevo Mundo a las poesías; sin embargo de eso, a pesar de eso, Guido es un poeta americano; es decir, Guido es un poeta que corresponde a la tendencia del alma americana.

¿Sondea lo pasado del mundo para alborozarse en la obra de lo presente con el triunfo de la razón humana, con las victorias de la

ciencia cosmopolita, con la independencia de la conciencia universal? No.

¿Sondea el porvenir para anticiparse en él los méritos y las glorias que en él esperan a nuestros dos continentes? No.

¿Desciende al abismo del coloniaje para oponer a sus monstruosidades las esperanzas ya florecientes de la Independencia? No.

¿Busca inspiraciones en la pampa sagrada, custodia en que durante tres siglos se conservó escondido y se salvó escondido el carácter de su patria? No.

¿Indaga por qué en las majestuosas soledades de nuestros grandes ríos, de nuestros grandiosos cordones de montañas, de nuestros bosques primitivos, de nuestros primitivos arenales, nació y se bosquejó una libertad más racional que la suspirada por su pueblo favorito, y una democracia más positiva que la de su Hélade admirada y la de su Atenas suspirada? No.

¿Trata de encontrar en el tosco maderamen que envuelve la obra dolorosa de nuestra raza el plano del edificio que ella está llamada y obligada a edificar? No.

¿Ama en la mujer la razón menospreciada que es un deber americano libertar en la mujer como en el hombre? Ama la belleza, la sensibilidad y la bondad de la mujer.

¿Acaricia en el niño la razón naciente que el esfuerzo y la educación han de fortalecer contra el error, los intereses y las pasiones que son esclavitudes? Acaricia en el niño la gracia inmaculada.

¿Canta el trabajo redentor? Una vez.

¿Entona himnos a la familia? Subjetivamente; en cuanto hijo digno, en cuanto padre afectuoso, en cuanto hombre de buenos sentimientos, no en cuanto representante del Continente que afirma su porvenir, su libertad, su emancipación moral e intelectual en la virtud libertadora y emancipadora del hogar.

¿Interpreta las bellezas de la naturaleza? Admirablemente; pero es la naturaleza vaga, enervante por convencional, no nuestra naturaleza característica, propia, americana, vigorizante por real y positiva.

Y ¿cómo absteniéndose de las ideas que individualmente y en conjunto constituyen el ideal de la poesía americana, es Guido un poeta americano? Porque hace con el sentimiento lo que deja de hacer con el entendimiento. Siente tan intensamente todo lo que constituye el objetivo de nuestra poesía rudimental, como entiende y venera el ideal de la lírica clásica. Su concepto estético es del pasado; su sentimiento es del porvenir y del presente.

Hagamos el esfuerzo de separar al hombre del poeta para estimarlos mejor en el análisis.

I

El hombre, en su personalidad cotidiana, sorprendido en una de las calles de Buenos Aires, en la intimidad comunicativa de la confianza o en el abandono tranquilo de su hogar, es siempre el mismo.

Si al pasar afanosamente por una calle central de Buenos Aires se encuentra un hombre que parece viejo y es joven, o que parece joven y es viejo, cómodamente sumergido en una especie de balandrán, que por abajo le llega a los tobillos y por arriba le oprime el cuello, negligentemente agobiado bajo un sombrero de forma redonda y de amplísimas alas; tan negro en su traje y su sombrero como es blanco en su rostro insinuante; tan firme en su paso juvenil como parece débil por el enorme bastón en que se apoya, aquel a quien se describa el desusado personaje, exclamará inmediatamente: ¡Carlos Guido!

Si estando en sociedad se ve entrar el mismo caprichoso personaje, siempre con su balandrán y su bastón, pero sombrero en mano, libre la despejada frente, en clara luz las delicadas y varoniles facciones, vivos los ojos, aguda la nariz, contorneada una boca femenina por un bigote blanquecino, y aguzado el rostro por una barba patriarcal, será preciso carecer hasta del

instinto de las formas para no adivinar que en el contraste de aquella apariencia estrafalaria con aquella hermosa cabeza de poeta moderno y caballero antiguo, hay una personalidad interesante.

Si entrando en su aposento, se encuentra a Guido en el trapillo familiar, sin su disfraz de calle, sin aparato adverso o favorable, se encontrará un hombre de edad media, singularmente envejecido por no se atina qué motivos al parecer incapaces de mellar aquella vida risueña y saludable; perpetuamente rejuvenecido por el calor de la mirada, de la palabra y del fácil entusiasmo de su ambiciosa fantasía.

Cualesquiera que sean el momento y la ocasión, lo primero que se nota al hablar con Guido es la "armonía discordante" de su voz; varonil en la entonación, infantil en la modulación, produce un contraste agradabilísimo, tan atractivo como el producido por los efectos tónicos que se llaman discordancias armónicas en música.

Para el que tenga oídos en el entendimiento, esa virilidad de entonación opuesta al dulce candor de la modulación, es una nota del carácter del hombre. Vida madura en la razón, en la experiencia y en la lucha, tiene todas las propensiones, formas, modos y apariencias de la virilidad moral e intelectual. Sensibilidad continua, tiene todas las dulzuras, blanduras y delicadezas espontáneas de la infancia.

Después de esa primera sensación orgánica, experimenté, al oír a Guido, una sensación, intelectual, una especie de espanto de razón, un como malestar del juicio recto. Dependerá quizá del hábito que tengo de pensar para indagar, de juzgar para afirmar verdades u oponerme a errores; dependerá tal vez del horror que, a toda ocasión y en cualquier momento, tengo a la palabra que me parece exclusivamente dirigida a matar tiempo o a lucir ingenio vano; dependerá, en fin, de la preferencia que, entre el silencio meditabundo y la palabra vagabunda, me he acostumbrado a dar siempre al silencio; dependa de lo que quiera, el hecho es que la conversación paradójica y la influencia inagotable de Guido me produjeron en los primeros momentos una extrañeza casi dolorosa. Mas, apenas adquirí el convencimiento de que aquélla era una forma de su carácter intelectual, tanto como del moral, la contrariedad se convirtió en interés. Era sin duda un conversador *(causeur* del género francés), y un donoso conversador el que tenía delante; pero antes que un artífice de la palabra, era un carácter lo que en aquel contraste continuo de la lógica, en aquellas antítesis caprichosas, en aquellas paradojas estrambóticas veía.

Se distraía y distraía inocentemente; animaba y se animaba jovialmente; confesaba con la franqueza más candorosa su guerra a la lógica, su

hostilidad al razonar severo, su complacencia en las tesis insostenibles; su pasión por la alegre gimnasia de la fantasía. ¿Qué tenía él de común con los sobornadores de juicio y de conciencia que deshonran la palabra obligándola por interés o por vanidad a dañar a la verdad, al bien, al amigo, al ausente, al débil o al temido? Hablaba porque su naturaleza expansiva lo quería, hablaba paradójicamente porque él era (y ojalá sea por mucho tiempo) una paradoja viviente. Hombre del siglo XIX por su educación, por su cultura, por sus hábitos intelectuales, por su cordial coparticipación en las tendencias más radicales del arte, la política y la sociabilidad de nuestro tiempo, es hombre de la antigüedad por sus inclinaciones poéticas y hombre de los siglos medios por su caballerosidad ansiosa. De no haber nacido en el siglo de Pericles (que él sabe perfectamente que fué también el siglo de Aspasia), hubiera querido nacer en el siglo de Petrarca (que él recuerda tristemente que fué el siglo de Laura), o en los tiempos en que Godofredo de Bouillón debía a su espada un trono, o en los tiempos heroicos de la América latina en que su digno abuelo consagró con su sangre la libertad de Chile *(La noble sangre de mi heroico abuelo)* o en que su generoso padre servía con la espada y con la pluma a la independencia de la Argentina y a la libertad de todo el Continente.

Esta consanguinidad con hombres dignos de Plutarco, la costumbre de prescindir de las realidades triviales, el enfrenamiento de su actividad fantástica y sensitiva en épocas de pausada reconstrucción, en que hasta el arte de derramar sangre se ha convertido en una ciencia exacta, las contradictorias solicitaciones del pasado, presente y porvenir de la humanidad sobre su espíritu ¿qué habían de producir si no producían un poeta lírico y un paradojista?

Pero un paradojista amabilísimo. Pocas veces, si alguna, se ha dado en un descontento de su época una jovialidad más sana, una donosura más intelectual, más benévola, una ecuanimidad más contentadiza.

Cuando el Brasil se mancha en Paysandú, y Uruguay necesita amigos fieles, Guido corre a Montevideo a ofrecerse a sus hermanos. Cuando su propia patria comete el formidable error de acompañar hasta la muerte del Paraguay al Imperio esclavista, Guido maneja airadamente la pluma del folletista y canta con desesperada ternura el mal que no ha podido remediar. Cuando Cuba clama auxilio, nadie tan impaciente como él por conseguirlo, y nadie más generosamente iracundo cuando ve que es imposible conseguirlo. Furor breve el de su alma, no se amontonarán sobre ella las agitaciones tempestuosas de la indignación sorda, muda, voraz, demole-

dora, y todavía puede él ser la mejor compañía y el mejor consuelo de los que sufran iras más lentas que las suyas.

II

Si acaso hay quien necesite del espectáculo consolador de un espíritu tierno, ingenuo, candoroso, intacto, ahí está el libro lírico de Carlos Guido Spano. Como su alma es un libro abierto, su libro es un alma descubierta.

Desde la dedicatoria a su venerable padre, hasta la sublime composición a su madre venerada; cuando llora a sus amigos ausentes para siempre, como cuando llora el infortunio injusto de un pueblo hermano; en sus delicadezas de enamorado, así como en sus leves indicios de amante; celoso o anhelante de venganza; satisfecho en su afecto y en su hogar; resignándose a comprender la belleza del trabajo como embelesado en la hermosura del mundo físico; imitando los poetas griegos o traduciendo a Lamartine, siempre ofrece el útil espectáculo de una alma buena, sencilla y generosa, cualquiera que sea el estado en que se muestre.

Los que prefieren el artista al hombre y busquen el arte en la colección de poesías de Guido, descubrirán un artista de primer orden. Manipula la materia poética con una destreza igual a su cuidado, con una minuciosidad igual al ta-

lento con que oculta el esfuerzo que ha empleado. Tiene tanta facilidad para la rima como felicidad en la adopción del ritmo; tanta abundancia de palabra, como discreción para ser sobrio; tanta diafanidad en los conceptos, como tiene color en la expresión. La lengua que habla es la que yo no he conseguido que llamemos colombiana: es decir, aquel castellano un poco arcaico a que nuestro Nuevo Mundo ha inspirado un nuevo espíritu; en el empleo del vocablo y en la construcción de la frase es muy castizo. Su estilo, por lo general flúido, casi nunca es verboso, y tiene concisiones admirables. Paladéese la del último verso de *Soñaba:*

> Jamás me dijo que me amaba: un día
> Que bajo un tilo en su jardín dormía
> Mi nombre entre suspiros pronunció:
> Yo la besé los labios rojos, ¡y ella
> Sin despertarse, como nunca bella,
> De súbito mortal palideció!

Saboréese la de ese relato en dos estrofas cuyo último endecasílabo es un estudio fisiológico y un latigazo moral en tres palabras:

EN EL MONTE

> Morena, desgreñada, con los ojos
> Como ascuas ardientes y la boca

De cinabrio, su aspecto me provoca
De la sangre a los férvidos arrojos.
Azorada me huye entre el boscaje...
La alcanzo... desde entonces, si es de ira
O por amor, lo ignoro — ella me mira
Sombría, melancólica y salvaje.

Prefiramos el fondo a la forma, y sin saber el de las composiciones que reproducen afectos sexuales, busquemos *En los guindos* la ternura apasionada.

Tenía yo diez y ocho años — ella
Apenas diez y seis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada
Ni más viva una fúlgida centella.

Un día Adriana bella
Conmigo fué al vergel a coger fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera,
¡Cuán atractiva y cuán hermosa era!

. . . . . .

. . . . . .

Confuso y sin saber el qué decirla,
Me desasí. Trepéme a un alto guindo
Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón la brindo,

Que ella con gracia recogió en la falda
¡Oh delicioso instante!
¡Oh secretos de amor! ¿cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llameante,
Al ver desde la altura
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura?

. . . . . .

Encontremos, *Al pasar*, la ternura melancólica.

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la vi la última vez.

. . . . . .

¡En pocos años qué mudanza! apenas
Si pude conocerla ¡cuán gentil!
Más fresca que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de abril.

. . . . . .

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
No atinó a recordarme, se turbó;
Mas luego que le hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

"¡Cómo! ¿sois vos? — me dijo conmovida —
¡Vos aquí en la comarca!. . . ¿la salud

Sentís de nuevo acaso enflaquecida,
Y en procura volvéis de aire y quietud?"

"No, Blanca, a otro país voy de camino:
No cual en otro tiempo, vuelvo aquí
Enfermo y fatigado peregrino
En busca de la calma que perdí.

Y bien lo siento a fe... ¡ah, quién me diera
Habitar otra vez el romeral,
Perderme entre la viña en la pradera,
Beber el agua virgen del raudal!"

No era ése el deseo caprichoso
Del que aspira a una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego a la aldeana bella
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando: "¡Ya murió!"

"¡Murió! ¿Cuándo murió?" "Cumplirá un año
Cuando empiecen las uvas a pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡Ah! si vierais, ¡desierto está el hogar!"

Yo estimaba a aquel hombre, franco, honrado,
De corazón ingenuo, sin doblez,

Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

"¿De qué murió?" — la dije —. "Estaba fuerte
Como el tronco que veis de ese abenuz;
¡Un día entre la mies le halló la muerte
En el sitio en que se halla aquella cruz!"

"¿Y os dejó alguna hacienda?" "La bastante
Para vivir, la casa y más, aquel
Molino que se ve blanquear distante,
Los bueyes, el sembrado y el vergel".

"¡Pobre! ¿y tu madre?" "Llora el día entero.
Si queréis verla os llevaré, venid,
Está allá abajo al canto del otero
A la sombra, tejiendo, de la vid".

"Es tarde ya — la contesté —, y aun queda
Lejos la aldea a donde voy, a más
Temo afligirla; el cielo la conceda
El consuelo a sus penas, la dirás".

"Mas, al menos — repuso, los colores
Animándola el rostro —, aceptaréis
Del jardín de mi padre algunas flores
Plantadas por su mano ¿os negaréis?"

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor!

Seguíla pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

. . . . . .

¡Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
Que en esa alma limpia pude yo leer
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta al amor en la mujer!

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

"Quisiera ir a donde vais, quisiera
Conocer otras tierras — exclamó —.
Vino aquí vez pasada una extranjera,
¡Oh, cuántas maravillas me contó!"

. . . . . .

"Blanca — la dije al levantarme —, habita
Aquí la paz, consérvate fiel
Al hogar de tus padres y bendita
Corra tu vida y venturosa en él".

"¿No volveréis? "¡Quién sabe! voy muy lejos. . .
¡Adiós! cuida a tu madre, que el amor
De los hijos la savia es de los viejos,
De la vida que muere último albor".

. . . . . .

Alejéme al galope; ya distante
La vista volví atrás... ¡estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

¡Aquel fresco recuerdo de otros días,
Su imagen que jamás podré olvidar,
Se mezclan a esas vagas harmonías
Que la vida acarician al pasar!

Impregnémonos de la ternura sombría, desgarradora, desesperada, patriótica, que solloza, gime y llora en *Nenia*. Esta poesía admirable, la más admirable expresión del dolor de una raza que, después de los *yaravíes* de los indios peruanos, bolivianos y ecuatorianos, conozco y he admirado; esa poesía original genuinamente americana, digna de la música de los yarabíes, es digna también de la memoria de todos cuantos tengan corazón americano. Consérvese en la memoria:

LLORA, LLORA, URUTAÚ (1)

En idioma guaraní,
Una joven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el harpa así,
En idioma guaraní:

Llora, llora, urutaú
En las ramas del yatay (2)
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú —
¡Llora, llora, urutaú!

En la dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pie
¡En el dulce Lambaré!

Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo en el mundo he perdido:
En mi corazón partido
Sólo amargas penas hay —
Padre, madre, hermanos ¡ay!

De un verde ubiratipá,
Mi novio que combatió

(1) Urutaú, ave de dulcísimo canto.
(2) Yatay, palmera.

Como un héroe en el Timbó,
¡Al pie sepultado está
De un verde ubiratipá!

Rasgado el blanco tipoy (1)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo,
De rodillas siempre estoy
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los cambá (2)
No pudiéndolo rendir;
Él fué único en salir
De Curuçu y Humaitá —
¡Lo mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití?
¿Por qué, cielos, no morí?

¡Llora, llora, urutaú
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú!
¡Llora, llora, urutaú!

(1) Tipoy, saya blanca que usan las paraguayas.
(2) Cambá, los negros.

Nada hay más digno de una madre que un hijo amante de su patria. Cuando la madre es hija de aquel heroico Spano que muere en Chile por la Independencia de todo un continente, es una ofrenda a la memoria de la matrona venerada el anteceder con esa elegía del patriotismo americano esta santa elegía del amor filial:

A MI MADRE

Una voz interior, un himno grave
Vibra en mi seno ¡oh madre! sin cesar,
Ora navegue en lago azul mi nave,
Ora con furia la quebrante el mar.

Inefable poema que no alcanza
Lengua mortal ninguna a traducir,
En que se alza pura tu alabanza,
Mirra celeste en urna de zafir.

Tu nombre, en sus conciertos repetido,
Se confunde a la esencia de mi ser,
Que de tu amor en la onda sumergido
Su savia siente y su vigor crecer.

¡Cuánto te debe mi cariño, oh cuánto!
De mi cándida fe fuiste el crisol;
Mi desnudez cubriste con tu manto,
Floreció nuestra viña al mismo sol.

Ajenjo luego me ofreció el destino;
Mas, rico de tu afecto maternal,
Por escarpadas breñas, cristalino,
De mi existencia correrá el raudal.

Tú le alimentas; viva, centellante
Miras en él tu imagen resurgir,
Si lloras, se estremece sollozante;
Desborda alegre al verle sonreír.

En tanto, mi labor se esteriliza
En la marchita mies; la tempestad
El fruto de oro convirtió en ceniza,
La sombra amiga en densa oscuridad.

Pero mientras a tientas ando en ella,
Entre celajes firme ante la cruz,
Tú me apareces apacible estrella,
Y conforme es mi noche, así es tu luz.

En tal razón, un viento harmonioso
Tráeme un suave frescor de la niñez:
Dame brío tu acento generoso,
Tu piedad, tu ternura, tu altivez.

Digna altivez; jamás el desconsuelo
Te abatió, ni la faz del opresor;
La noble sangre de mi heroico abuelo
Acrisola en tus venas su fervor.

En delicado cuerpo alma romana,
¿Quién te vió nunca el cuello doblegar
A la fortuna cruel, cuando inhumana
Vino a sentarse en el desierto hogar?

Tu voz nos animaba en lontananza,
En la derrota, en el pesar tu voz;
"Tened hijos, nos decías, confianza
En la virtud, la libertad y Dios".

¡Madre! he salvado, aunque caído, entera
La fe inspirada en tan supremo bien,
Ciñan otros al fin de la carrera
Con la corona olímpica su sien;

Yo buscaré refugio en el santuario
De tu afecto sereno y cordial;
Como el humo de místico incensario
Remontará mi alma al ideal...

¡Cuántas veces amparo el fugitivo
Halló en tu casa, en medio el huracán
De la guerra, y con pecho compasivo
Le diste a un tiempo lágrimas y pan!

Bella en la juventud, otra belleza
Más augusta adquiriste con la edad:
La aureola de ingénita grandeza,
De la virtud la excelsa majestad.

¡Oh mil veces feliz haber nacido
De tal madre! ¿qué importa que el turbión
Derrocando a los fuertes haya hundido
Mi esperanza en el polvo y mi ambición?

Salvando el alma el círculo pequeño
De la vida, mi abismo sé medir;
Sé despreciar la vanidad del sueño
Que me pintó brillante el porvenir.

La fortuna no escoge sus privados,
Disputarla a menudo es vano afán
A la turba rüin de los menguados,
Que a su carro en tropel uncidos van.

Jamás quemé mi incienso en sus altares,
Ni a ídolos viles trémulo adoré;
Tuya es la miel que dan mis colmenares,
Para ti, dulce madre, la guardé.

¡Cosecha escasa a mi afanar! empero
Recogida con limpio corazón,
Que a manera de un címbalo de acero
Produce al golpe el repentino son.

La llama de tu ingenio en mí, oscilante
Me alumbra; mi agostada juventud
Aspira en sus rüinas humeante
El aroma vital de tu virtud.

Allí tienes tu altar; modestas flores
Le adornan, que a la aurora recogí;
En sus gradas del tiempo a los rigores
Con nobles pensamientos me adormí.

En ti se encierra mi fruición, mi gloria;
Tu aplauso y nada más, ardiente ansié;
El templo de mi fama es tu memoria;
Mi prez, la flor que doblegó tu pie.

He tenido que moderar el anhelo de copiar íntegramente esa poesía. Los que hemos tenido la sagrada fruición de amar en vida y en muerte, con toda nuestra alma, con toda nuestra conciencia, la santidad de una existencia inmaculada, la belleza inefable de las virtudes maternales, la majestad original del alma humana hecha madre — hecha nuestra madre —, hemos imaginado, hemos sentido, hemos pensado, hemos vivido esa poesía. Si los versos son de Guido, el afecto, el dolor, la reverencia, la religión del amor filial es de cuantos hemos conocido la felicidad que él llora perdida, que todos debemos considerar eterna, porque es la única que despierta en nosotros en la cuna, que se recoge con nosotros en la tumba.

Nueva York, 1874.

LAS TRADICIONES PERUANAS

A Ricardo Palma *(Lima)*.

I

Agradecido al espontáneo esfuerzo que usted ha hecho por buscar y enviarme el único ejemplar que, según usted me escribe, le quedaba de sus preciosas *Tradiciones*, hurté tiempo a la necesidad de otras lecturas, y me puse a saborear la de su libro.

Al principio me propuse leer tradición por tradición, hasta acabar. Pero, a no mucho, creí descubrir en el pensamiento fundamental de la obra un enlace tan íntimo con la misma materia prima de su trabajo literario, que hice del índice mi guía, y leí de modo que apareciera a mi vista el pensamiento reflexivo de la obra. Así sucedió en cuanto hube leído varias de las narracioncitas que figuran en las seis series de su libro, y que abarcan todo el período colonial.

Es en vano tratar de describirle la complacencia con que he leído lo que, hasta ahora, he podido y querido leer de su libro. Por el placer que usted habrá experimentado al escribirlo,

induzca el que está llamado a producir en sus lectores. Lo que sí debo tratar de explicarle, para así merecer el espontáneo y agradecido obsequio, es la razón de los gratos efectos que en mí ha producido la lectura.

Ante todo, las *Tradiciones* me han presentado en forma accesible para el pueblo de la América latina (y en donde no tengamos pueblo, para el vulgo) aquella vida y costumbres del coloniaje que, en vano, Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna empezaron, en Chile, a revelar en estudios y exhumaciones históricas que sólo a lectores reflexivos es dado apreciar y comprender.

En segundo lugar, las *Tradiciones* están escritas en un lenguaje y un estilo que merecen concienzuda admiración. Y no porque el lenguaje sea castizo, que, en ese punto, opino hoy como opinaba en Madrid, cuando el bueno del dos veces gran Hartzenbusch se imponía la benévola tarea de atraerme a su devoción por el habla feliz del Siglo de Oro. Entonces decía al noble viejo lo que pienso todavía: pienso que cada edad, en individuo y sociedades, tiene su forma peculiar de expresión, forma que corresponde al fondo de realidad que el pensamiento ha descubierto, al fondo de sensibilidad en que el corazón ha penetrado, al fondo de actividad en que nos ha sumergido el propósito de nuestra vida.

No he admirado tampoco el estilo de las *Tradiciones* porque sea, espontánea y generalmente, feliz imitación del estilo personal de Cervantes, cuando expresamente lo imita, y del estilo picaresco de todos los escritores del siglo XVI, siglo español por excelencia, en que satisfecha de su fortuna la sociedad hasta entonces incierta de sí misma, contempla el mundo como suyo, contempla asegurado para siempre el porvenir, y procediendo como proceden los afortunados, en todo confió por confiar en su fortuna, a todo sonreía por sonreír a su esperanza de perpetuo bien, se rió de todo porque estaba alegre de la suerte, y hablando como pensaba, sentía y quería, hacía de la palabra la expresión de ese estado psicológico de la sociedad.

El motivo crítico en que se funda la complacencia con que he saboreado las narraciones que he leído de su libro, no es la imitación de lenguaje y estilo que me parecen fósiles, sino la realmente admirable adecuación del lenguaje y estilo imitados, a la época y vida social a que las *Tradiciones* se refieren. El lenguaje, por sí mismo, y el estilo, cuando no es revelación de una personalidad intelectual, en nada contribuyen al placer estético o al mérito artístico de una obra literaria. Así el purismo de Ferrer del Río, en su *Historia de Carlos III*, o el hacinamiento de arcaísmo de que tanto alarde hizo Amador de los Ríos en su *Historia de la Litera-*

tura española, lejos de ser elemento estético y merecimiento artístico, son violencias idiomáticas que infringen penosamente la ley general del lenguaje, exponente necesario del estado de cultura colectiva. Esos, y cuantos esfuerzos académicos se hacen en España y en la América latina, para estacionar la lengua castellana en el que llaman "momento de su mayor esplendor", como si el momento de mayor esplendor para un idioma fuera el en que menos ha servido a la razón humana, lo doy de buen grado por uno solo de los discursos de Jovellanos o por la *Historia de Venezuela* de Baralt y Díaz, o por la de Chile de Barros Arana, o por el *Derecho Internacional* de Bello, o por lo que he leído de los estudios de Sotomayor acerca de la historia de Bolivia, o por los *Precursores de la Independencia* de Amunátegui. Y eso que este último, como todos los que aspiran al laconismo conceptuoso, desde las *Empresas* de Saavedra hasta los juguetes literarios de Selgas, no sólo violenta la sintaxis particular del idioma castellano, sino lo que es más pernicioso, la sintaxis lógica.

Pero las *Tradiciones peruanas,* que, desde el momento en que usted las descubrió, constituyeron una unidad literaria por la continuidad del espíritu que las anima, tenían como él su lengua propia, su estilo natural, su forma anexa al fondo social que habían de revelar. Gran arte o admirable intuición ha sido el presentarlas en

su forma necesaria, narrarlas en el lenguaje que les acomoda, ataviarlas en el estilo de su tiempo.

Esta conformidad de fondo y forma que, en toda obra de arte, es condición esencial de buen éxito, me explica la popularidad, la sana popularidad, que usted debe en la América latina, en España, y entre sus traductores, a sus fáciles narraciones.

En alguna de ellas (*¡A Iglesia me llamo!* por ejemplo) la lengua inculca de tal modo el espíritu del tiempo, que producen lo que llamaría *ilusión acústica*, si con esa locución expresara, exacta o aproximadamente, el efecto producido en mí por el diálogo de la monja-alférez y de Mendo Jiménez. En otras (como la consagrada a representar las costumbres escolares del coloniaje) el estilo de la narración es tan picaresco que parece un episodio de *Guzmán de Alfarache* o de *Gil Blas*. Algunas, como *el Caballero de la Virgen*, son donosísima imitación del estilo de Cervantes.

Todos estos méritos literarios no darían, sin embargo, el valor artístico que el libro tiene, si no fuera tan sólido el pensamiento que, poco a poco, fué formándose a medida que fué usted cultivando el campo virgen que tuvo la fortuna de descubrir, la paciencia de cultivar y el talento de hacer productivo.

Muy probable es que, en los primeros esfuerzos de usted por dar a conocer la primera in-

fancia de la sociedad peruana, no viera tanto un pensamiento serio, útil y patriótico, como un pasatiempo glorioso para quien lograra solazarse con la transformación de tan abundante materia prima, como es la vida colonial, en un bello y ameno y placentero producto literario. Pero es seguro que, a medida que ha ido descifrando manuscritos, ha ido usted descifrando el misterio del coloniaje, y pensando que era obra buena el revelarnos el misterio. Las mismas abundantes pretericiones en que el peruano de hoy echa de menos el Perú de ayer, me prueban que esas quejas del patriotismo son ayes del que, aleccionado, comunica sollozando la lección.

El patriota ha comparado dos momentos igualmente penosos de la misma sociedad nativa, ha tenido por necesidad que ver patentemente que esto viene de aquello, y para hacer manifiesta su tristeza, ha afectado echar de menos lo más malo.

De modo que, en el fondo, las aparentemente ligeras tradiciones del Perú, son, por la fuerza virtual del pensamiento que las une, una obra concienzuda de patriotismo o una obra de lastimado patriotismo.

Y si ése no es el pensamiento fundamental de sus narraciones, de tal modo lo es para mí, que he leído las que expresamente he buscado con el fin de que correspondieran a la idea general que les atribuí, con la misma tristeza que

sentí al pasear por las calles de Lima en la noche de mi llegada, a la ciudad que no se ve sin pena ni se deja sin dolor. En estas lecturas, como en aquella noche, el pasado colonial de nuestra América latina se me apareció como alma en pena que, no bien desterrada todavía, intenta quedarse en el corazón y la memoria de las gentes ya que no puede violar la ley de la muerte y las leyes de la vida.

Pero noto que si he dicho lo que tiene de bueno, aun no he empezado a decir lo que tiene de malo el libro que tanto le agradezco, y es deber mío decirlo. Mas, no aquí; en otra carta.

II

Lo que encuentro de malo en sus *Tradiciones*, dicho sea de una vez, es el dejo de tristeza que me ha quedado en el espíritu. Esa resurrección artística de un pasado social tan sin base, que no ha podido servir de asiento firme y seguro a la nueva sociedad que vino en pos, haga reír al que se ría de todo y complazca sin remordimiento de razón, que son tan dolorosos como deben ser los remordimientos de conciencia, a los sibaritas de las letras, que celebran a lo bello por el placer de lo bello y aplauden el arte por el mérito del arte. A mí, que contemplo en el pasado colonial la causa de nuestro anárquico

presente, cuanto más me haga reír el artista, presentándome de relieve el doloroso ridículo de nuestra vida colonial, más me apenará el pensar en la inanidad de aquel pasado.

Verdad es que no hay arte tan sólo, que también hay cierta recóndita moralidad en la reproducción de un cuadro social que si tiene un primer término risueño en las puerilidades, jocosidades, humoradas, caprichos, veleidades y antojadizo desarrollo de una sociedad infante, tiene por último término el vacío. ¿Qué es una sociedad ahogada por la más sabia colección de ineptos que pueda desear para sostenedor suyo el despotismo? ¿Qué es una vida colectiva que empieza en los crímenes públicos más abominables y que se desarrolla en la serie completa de las inmoralidades privadas?

¿Qué va a ser de ese pueblo, ahito de superstición y fanatismo, aterrado por la Inquisición, extraviado por las prácticas de una Iglesia de aparato, guiado por el ejemplo de cuatro mil (en sólo Lima) frailes y monjas, crapulosos ellos, escandalosas ellas, cuando llegue el momento de ser pueblo?

¿Qué hay detrás de aquella riqueza natural de Pasco y Potosí, de aquella riqueza vegetal de Jauja y de Moquegua, de aquella opulencia fundada en la servidumbre de quichuas y aymaraes, de aquel boato oriental de virreyes, intendentes

y corregidores, cuando llegue la hora del balance social, y la Independencia busque productores en donde la colonia no ofrece más que ociosos consumidores de la industria de unos cuantos millones de aherrojados?

Aquella donosa genialidad intelectual, que desde temprano brilló en la sociedad naciente y que formó tres como zonas de intelectualidad, una en Lima, otra en Arequipa, otra en el Cuzco, ¿qué fruto habrá de dar en el momento de aprovecharla para la patria nueva, malgastada por el coloniaje como ha sido, en el cambio de fútiles ingenuidades y en la absoluta pérdida del tiempo oportuno para pensar y meditar?

Esa admirable mujer peruana (pues no es sólo admirable la limeña) que desde el momento que la producen el clima y el cruzamiento, resplandece con todos los fulgores de la gracia bella, del ingenio amable y de la dignidad sencilla ¿qué va a hacer después de la colonia, cuando ya no le sirvan para nada su educación de devocionario y rebocillo, su vida de claustro y galanteo, su escenario de comedias de capa y espada, sustituído por un teatro de tan múltiple actividad como la vida moderna?

A los millares de ociosos y ociosas que pululan en los centenares de conventos del virreinato ¿en qué, y cómo, va a emplearlos el nuevo régimen social?

De los millones de indígenas que la Conquista subyugó y la colonia embruteció ¿qué va a hacer la nación independiente?

Con tales elementos, dominando los malos y combinando los buenos entre sí, una dirección social inteligente pudo hacer una sociedad singularmente apropiada a la civilización: que en ésa, como en todas las sociedades de origen español, no ha sido lo malo el elemento sociológico (que, al contrario, es muy bueno) sino el procedimiento orgánico, que no ha podido ser peor.

Presentar pareados ese buen elemento sociológico y ese pésimo procedimiento orgánico, es sin duda castigar ante la Historia a la nación que no supo aprovecharse a sí misma para, con sus elementos buenos, fabricar en el Nuevo Mundo una nueva sociedad que realizara en él lo que virtudes y vicios, cualidades y defectos, aptitudes y deficiencias de la raza española han podido, debido y están aún llamadas a producir.

Pero ya ve usted cuánto hay que profundizar para encontrar esa moral justiciera, en las donairosas ligerezas de lenguaje, estilo y pensamiento que encantan en sus *Tradiciones.*

Yo quisiera que no me hiciera usted trabajar tanto para descubrir en sus donaires ese jugoso pensamiento: quisiera que utilizara en beneficio de la verdad, de la equidad y de la ciencia, el considerable caudal de datos que ha hacina-

do, y el aún más considerable contingente de experiencias que podría traer.

La verdad, la equidad y la ciencia están interesadas en la reconstrucción de ese pasado: la primera, para ofrecerlo a la Historia tal cual fué, y dar a los estudios históricos, en el Perú, la fuerza de cohesión que les ha dado, en Chile, la escuela chilena; la equidad, para hacer justicia a la sociedad peruana, cuya vida sólo se apreciará con justiciera imparcialidad, cuando se tenga la explicación positiva de su pasado histórico; la ciencia, para dar a la sociología la clave del desarrollo de la vida de esa sociedad.

Para prestar ese eminente servicio a su patria no necesita usted hacer más que un esfuerzo: dar unidad a los materiales que le han servido para las cien construcciones pequeñas que ha levantado con ellos.

Notará usted que he subordinado los motivos de alta razón y de moral que hay para empeñarse en la tarea, a un motivo de patriotismo: y es porque considero obra patriótica la que se encamine a reconstruir la existencia pasada del Perú. Falto del sentimiento de la patria nativa será el peruano, falto del sentimiento de la patria colectiva estará el latinoamericano que no vean en las dolorosas vicisitudes del Perú la necesidad de una reorganización reflexiva de su vida actual, y falto de vista quien no vea que la base

de esta reorganización está en el cuadro de sus antecedentes. Ofrecer ese cuadro será, pues, un servicio práctico a la patria peruana, tanto como un servicio teórico a la historia, a la crítica y a la sociología. ¿Por qué no los ha de prestar usted?

¿Por la seriedad del propósito? ¿Y acaso no es serio el objeto literario que usted ha tenido desde que empezó a ver en el fondo de la materia que manipuló con tanto arte?

¿Por falta de elemento estético en la obra que se le propone? Pero si la obra es la misma; lo único en que diferirá es en la concepción de su exacta trascendencia, y lejos de disminuir, aumentará con la trascendencia de la obra la cantidad del elemento estético. Tan artista de pensamiento y de palabra es Vico, fundador del sistema de la historia, como Maquiavelo, inconsciente cooperador de la sociología aun no fundada; Rollin, concienzudo narrador, como Saint-Simon, cronista armado de su indignación y despecho; Thiers, endiosador, como Lanfrey, juez de un hombre siniestro y de un período; Paz Soldán, narrador cejijunto de la vida del Perú, como usted, risueño expositor de fragmentos de la vida colonial del Perú.

Est modus in rebus, y sin dejar de ser risueño puede usted ser eminentemente útil al bienestar futuro de su patria, que tanto ha menester un régimen más estable que el hasta ahora incierto,

como una noción clara de sus antecedentes, para fundar en ellos ese régimen.

Por lejos que nos hayamos puesto de las *Tradiciones*, yo creo que estaremos más dentro de ellas que jamás lo estuvimos, si la obra por hacer corresponde a las aptitudes del autor de la ya hecha.

Santo Domingo, 1886.

CARTAS

CARTA AL PRESIDENTE DEL PERÚ (1)

— 1873 —

Señor don Manuel Pardo.

Lima.

Digno y estimado amigo mío:

A la última carta de usted, escrita en días de patriótica inquietud, voy yo a contestar en un día que puede ser el más propicio para la América latina, como es el más angustioso para mí.

Hoy es aniversario del alzamiento de Cuba contra la sistemática tiranía del coloniaje.

Puede Ud. y probablemente quiere Ud., contribuir a hacer de ese aniversario de un martirio el día de mejor gloria para el generoso pueblo que gobierna, y haciendo objeto de mi contestación ese alto tema, la haré digna de su noble carta.

No la escribo para persuadirlo: sus actos en favor de Cuba y sus palabras confidenciales me

(1) *El Argentino*, Buenos Aires, 18 de octubre de 1873. Publicada con el título *Cuba y la América Latina*.

han dado la certidumbre de la generosa disposición de su ánimo.

No la escribo tampoco para convencerlo: si tengo fe razonada en los sentimientos del americano, la tengo no menos racional en la inteligencia del estadista, y no sería inteligente el estadista americano que necesitara ser convencido de la trascendencia que en el porvenir político y social de toda América ha de tener la total independencia del Continente.

No la escribo siquiera para hacer un nuevo esfuerzo en favor de Cuba: sé que Cuba saldrá triunfante de su lucha, y estoy mucho más seguro de su triunfo que de la eficacia de mi esfuerzo solitario.

Escribo esta carta para desarrollar mi tema favorito; para demostrar la posibilidad de hacer inmensos beneficios a la América latina, haciéndola contribuir a la independencia de las Antillas.

Cuando Ud. se dignaba noticiarme que se había recibido en el Perú la circular en que el ministro de Relaciones Exteriores de Colombia invitaba a todos los gobiernos latinoamericanos a un pacto de unión en favor de Cuba, me confiaba su designio de contestar a la proposición del gobierno colombiano con una convocatoria de Congreso americano. Este designio se hizo público en los Estados Unidos, cuya prensa diaria lo aplaudió, y me es lícito ampliar públicamente

los razonamientos que entonces empleé privadamente para celebrar su nobilísimo propósito.

Yo creo, tan firmemente como quiero, que la independencia de Cuba y Puerto Rico ha de servir, debe servir, puede servir al porvenir de la América latina.

Ha de servir, porque las Antillas desempeñan en el plan natural de la geografía de la civilización el papel de intermediarias del comercio y de la industria: el comercio es actividad aplicada a las necesidades, la industria es ciencia aplicada al bienestar de los hombres, y son conductores de ideas, como lo son de elementos físicos de bienestar; trasmisores de progresos morales e intelectuales, como lo son de progresos materiales.

Debe servir, porque las Antillas son complemento geológico del Continente americano, complemento histórico de la vida americana, complemento político de los principios americanos, y tienen el deber, no ya el derecho, de sustraerse a toda acción perturbadora de la unidad geográfica, histórica y política de América.

Puede servir, porque la independencia de las Antillas no es otra cosa que emancipación del trabajo, y por tanto, aumento de población, de producción, de recursos físicos para la civilización americana; no es otra cosa que emancipación del comercio y de la industria, y por tanto, eliminación de los obstáculos materiales que

hasta hoy ha tenido la comunicación entre una gran parte de América y aquellas islas, que son mediadoras naturales entre el Viejo y el Nuevo Continente; no es otra cosa que reconstitución geográfica del Continente americano, y por tanto, unificación de todas las partes en el todo; no es otra cosa que continuación del movimiento histórico de la independencia continental, y por tanto, movimiento de las Antillas hacia el período necesario de su vida en que, disponiendo de sí mismas, contribuyan con toda la América latina al porvenir esplendoroso de la nueva civilización que elabora el Nuevo Continente; no es otra cosa que aclamación de los principios morales y políticos en que se funda la democracia americana, y por tanto, definitiva dirección de toda la sociedad americana hacia fines propios, necesarios, connaturales, independientes de los fines que dirigen la sociabilidad europea.

Teniendo que servir, debiendo y pudiendo servir la independencia de las Antillas al porvenir de todo el Continente, es obvio que la emancipación de esos pueblos es interés inmediato de los pueblos con quienes tienen las íntimas afinidades del origen, de la historia, del carácter: interés inmediato de un pueblo significa, porque debe significar, propósito de su gobierno. ¿Son todos los gobiernos sudamericanos leales servidores de los intereses inme-

diatos que representan? Pues todos estos gobiernos deben tener el propósito que les atribuyo.

Mas, ¿cómo, convertida la independencia de las Antillas en programa de gobierno, pueden los de América latina realizarlo?

Esta dificultad, acaso insuperable por otro cualquier medio, no lo es por el que Ud. ha excogitado. La reunión de un Congreso americano harto lo sé, es por sí sola un grave obstáculo; pero es el único que puede oponerse al altísimo designio. Vencido ese obstáculo, el Congreso encontraría en la situación actual de España un poderoso auxiliar de su tarea.

Importa estudiar este punto.

España, dirigida por los hombres que sostienen la necesidad de la república federal como forma de gobierno complementario de las doctrinas democráticas, no puede ser hoy tan contraria a la independencia de sus Antillas como el régimen monárquico la hacía. Los hombres que hoy disponen del porvenir de aquel país no pueden ser en Cuba y Puerto Rico enemigos del derecho que reivindican para todas y cada una de las provincias españolas.

Cuando el señor Salmerón y Alonso, el hombre que más elocuente y más noblemente ha condenado la conducta de la monarquía en las Antillas es pensamiento e inspiración de la república española, cuando para cohibirlo con coacciones morales a ser consecuente con sus

doctrinas y con sus declaraciones, basta recordarle el magnísimo ejemplo de consecuencia lógica y de respeto a sus ideas que acaba de dar al separarse de la Presidencia del Poder Ejecutivo para no violar la fe de su conciencia; cuando con él y como él hay toda una opinión pública que solevanta, en la verdadera formación social que hoy agita a la península ibérica, las capas sociales más oscuras para ponerlas en contacto con la atmósfera más libre de las ideas más humanas; cuando, en fin, la misma dificilísima elaboración que allí produce la anarquía pone al Gobierno español en la imposibilidad de atender eficazmente a la guerra que sostiene inútilmente contra Cuba, no sólo es posible atraer al Gobierno peninsular a un pacto de conciliación con América latina y con las Antillas, que dé por fruto la independencia de las dos islas que aun posee mal grado ellas, y mal grado el porvenir continental, sino que intentando y consiguiendo ese pacto de conciliación, América latina habría hecho un servicio eminente a la causa republicana y a los principios democráticos en España.

La razón es evidente.

Desligada del tremendo compromiso de ser inconsecuente en las Antillas, la república española podría entregarse por completo a la resolución de los problemas embarazosos que en España la perturban. Ligada a la democracia

americana por el doble vínculo de un servicio prestado y recibido, tendría la fuerza moral de que recientemente ha hecho alarde el actual presidente del Poder Ejecutivo, el señor Castelar, al presentar, como demostración de la vitalidad de la República Española, la fraternal atracción que ha ejercido sobre los pueblos republicanos de este continente el cambio de gobierno de la península.

Pero si un sentimiento de conmiseración honrada y el supremo interés de los principios que constituyen la savia de la vida americana debe estimular a todos los americanos (gobiernos y patriotas, ejecutores y propagandistas del porvenir) a buscar el bien de España en el bien de América, la apreciación reflexiva de las circunstancias debe movernos a buscar el beneficio propio e inmediato en el que, por medio de un Congreso americano, se conseguiría para las Antillas y para España misma.

Las circunstancias de la América latina, consagrada al desarrollo de sus fuerzas, progresando en el conjunto de elementos materiales de civilización, propendiendo por la acción misma de su desarrollo a manifestar en actos patentes su vitalidad, son favorables al fin que inmediatamente se propondría el Congreso americano, porque con él se daría una prueba de fuerza colectiva y porque la acción conjunta de todos estos gobiernos en un gran objeto, consti-

tuiría a los ojos de América y de Europa la personalidad internacional que no puede ninguna de estas repúblicas tener aisladamente.

Harto sé yo que las cuatro tentativas desgraciadas de Congreso americano han desautorizado esta idea que Bolívar anticipó al tiempo y que todos los buscadores del porvenir americano han querido anticipar a las circunstancias; pero demostrada la coincidencia de éstas con la necesidad de reunir en una acción común a estos gobiernos ¿sería el éxito tan incompleto como fué?

Suponga Ud. que no; suponga que América latina, provocando la reflexión de España republicana, la atrajera a una resolución gloriosa para ella, útil para la humanidad, honrosa para los pueblos y los gobiernos representados en el Congreso ¿no adquiriría éste toda la autoridad que había perdido?

Y rehabilitado ¿no conquistaría inmediatamente una influencia decisiva en los destinos de la América latina? ¿No creerían sus gobiernos que era llegado el momento de utilizar su influencia? ¿No podrían utilizarla, sentando las bases de la futura unión latinoamericana? ¿No son base de esa unión el previo convenio de límites geográficos, la neutralización de vías terrestres, fluviales y marítimas de comunicación, la representación común ante los gobiernos

de Europa, la recíproca validación de estudios profesionales, la serie de necesidades visibles o previsibles que ligan internamente a estas naciones y que deben preparar la eterna liga de ellas?

Y siendo base de esa alianza ¿no sería posible y conveniente convertir en vínculo de familia alguno de esos intereses, sólo en apariencia dispares y contradictorios? Siendo posible ¿no sería conveniente someter al Congreso americano alguna de esas cuestiones que hoy separan unos de otros a algunos de estos pueblos y que a todos ellos pueden separarlos para siempre de los altísimos intereses comunes en que los han hermanado la naturaleza, la democracia, el pasado, el presente y el porvenir de la civilización?

Yo sé que todos estos argumentos en favor del Congreso americano han ocurrido a su razón al proponerse el designio de contestar con una proposición de convocatoria de Congreso a la proposición que contiene la generosa circular del Gobierno colombiano; pero he querido contribuir a hacer realizable ese propósito, estudiando en su fondo mismo su carácter.

Así, cuando no haya conseguido otra cosa, habré probablemente conseguido demostrar que la práctica sincera de la razón podría conciliar ideas, sentimientos e intereses tan hostiles como

los que arman inicuamente a España contra Cuba, y habré demostrado que aún hay en América latina quien tiene el elevadísimo espíritu de los fundadores de la República en todos estos pueblos.

Y como Ud., al proponer el Congreso americano para salvar a Cuba mártir y redimir a Puerto Rico esclava, ha demostrado que siente en sí el aliento de aquel espíritu que el egoísmo torpe ha sofocado, Ud. es digno de la gratitud que las Antillas sienten por todos los que saben asociar la gloria y el bien de su país al derecho, la libertad y el bien de los países hermanos que la violencia arrebata a la familia americana.

Por eso, y para hacer saber anticipadamente que no habrá en ninguna tentativa de América latina en favor de las Antillas el más leve germen de pasión innoble, he asociado el nombre de Ud. al recuerdo del día más esplendoroso que ha brillado en las Antillas.

Si de esta manera logro reanimar en el espíritu público de América latina la idea que por digna y por sabia he celebrado ya dos veces, y que más fuerza tiene por proceder espontáneamente de uno de los gobernantes que más sinceramente desean en América el consorcio del progreso presente del pueblo que gobierna con los altos deberes del porvenir; si de este modo logro anticipar para Ud. la gratitud de mi país,

podré aminorar el descontento que siento al sacar a pública inspección el sentimiento de respeto y de reflexiva estimación con que sigo siendo

amigo y deferente S. de Ud.

EUGENIO M. HOSTOS.

Buenos Aires, octubre 10 de 1873.

CARTA A JOSÉ MANUEL ESTRADA

Sr. Redactor de "El Argentino" (1).

Hoy, 9 de diciembre de 1873.

Mi querido José Manuel Estrada:

Ayer cuando regresé del fructífero viaje en que he aprendido a conocer y estimar el querido pedazo de América que no había necesitado conocer de vista para desde otros países estudiarlo, seguirlo en su impulso y admirarlo señalándole a la admiración de sus hermanos; ayer cuando estaba dispuesto a creer imposible que nada alterara las risueñas esperanzas que me alientan a seguir confiando en el porvenir americano, a seguir contando con el porvenir de la humanidad en América; ayer cuando desechaba como una visión caprichosa el rumor de fusilamientos en Cuba que había llegado en el Rosario a mis oídos; ayer, al llegar a Buenos Aires, Buenos Aires me recibió con la confirmación del rumor desechado, con la noticia y los pormenores del nuevo holocausto de Cuba mártir a la indepen-

(1) *El Argentino*, Buenos Aires, 9 de diciembre de 1873. Publicada bajo el título *Los fusilamientos en Cuba*.

dencia, a la libertad, a la dignidad y a la justicia.

Si yo hubiera nacido cubano, estaría cumpliendo con mi deber o habría acabado de cumplir con mi deber en Cuba. Si no lo hiciera por patriotismo, lo haría por dignidad; si no lo hubiera hecho por amor sacrosanto a la justicia, lo habría hecho por odio sagrado a la injusticia; cuando no los sentimientos y las ideas y la conciencia que sirven de pauta inexcusable a mi existencia, me tendría en Cuba o bajo el suelo sagrado de la tierra mártir el egoísmo, no por excepcional menos activo, que hace preferible el tónico luchar por grandes causas al infecundo peregrinar por desiertos morales muy más sordos que todos los desiertos que en tiempo fueron mar de aguas saladas y son mares de yerbas o de arenas.

Pero soy puertorriqueño; he debido a la providencia, a la casualidad o a la ley que gradúa la resistencia de un espíritu por las fuerzas que le opone, la gloria de nacer para servirlo en el pedazo de tierra americana más perseguido por el infortunio y sobre el cual han caído con saña más violenta los males que más abruman una conciencia honrada.

Era necesario combatir a la vez en pro de Cuba armada, en pro de Puerto Rico, inerme, buscando para la una las simpatías que algún día podría utilizar para la otra, y he pasado

tres años amargos en la lucha que maldigo y bendigo a un mismo tiempo. La maldigo por inútil; la bendigo porque me ha dado lecciones que utilizará el porvenir de mi país desventurado.

Durante esos tres años, a toda hora, en todos los momentos, asociándome con presurosa conciencia a cuanto buen intento he secundado, rechazando con indignada conciencia cuanto mal para América me ha salido al paso; durante esos tres años, consagrados con mi voz, con mi pluma y con el ejemplo de una vida desinteresada a la confraternidad de todos estos pueblos, a la defensa de todos los desheredados, fueran chinos o quichuas en Perú, fueran *rotos* y *huasos* o araucanos en Chile, sean gauchos o indios en la Argentina: durante esos tres años dedicados a pedir práctica leal de los principios democráticos, formación de un pueblo americano para la democracia, educación de la mujer americana para precipitar el porvenir de América, nunca, en un solo momento, en la vida activa y en la vida sedentaria, hablando para uno o para todos, ante el público o ante un alma ignorante o generosa, nunca he dejado de invocar a América para que me secundara en la santa obra que no debe un solo hombre realizar. No debe, porque el porvenir de América no es competencia de un solo americano, sino de todos los americanos, y todos ellos tienen el de-

recho de poner su óbolo en la obra de redimir a las Antillas. Redención de las Antillas y porvenir de América latina son hechos idénticos. El tiempo, mejor argumentador que ningún hombre, argumentará por mí.

Seguro de esa identidad de intereses futuros y creyendo que nadie habría olvidado en América latina la heroica tradición de la guerra de la Independencia, y creyendo que todos sus hijos, nativos o adoptivos, sentirían en su alma el impulso que mantiene la mía en su resolución, me he cansado, me he fatigado, algunas veces me he hastiado, más de una vez me he avergonzado de invocar tan inútilmente para objeto tan digno a estos pueblos.

En América latina, en donde no hay europeo que sea extranjero porque su trabajo lo nacionaliza y lo hace hijo de América latina, soy extranjero yo que trabajo con mi cerebro, con mi alma y mi conciencia para contribuir al porvenir de América latina. En estos pueblos en donde no hay empresa que no tenga auxiliares en tentativa comercial que tenga obstáculos, en progreso material que no tenga propulsores y apóstoles en los extranjeros o en los americanos que el sentimiento de la civilización hace cosmopolitas, yo no he encontrado para mi empresa una sola voluntad decidida en los gobiernos, una sola simpatía eficaz en los pueblos. Unos y otros quieren lo que yo; unos y otros comba-

ten lo que yo; unos y otros propenderían enérgicamente a lo que yo propendo, si obstáculos materiales por una parte, y si la indiferencia de las grandes causas que determinan el exclusivo progreso de la materia, no se opusieran también al triunfo de una idea generosa.

Una existencia consagrada a cosas buenas es una autoridad en todas partes. Yo tengo esa autoridad, y hoy, 9 de diciembre de 1873, cuarenta y nueve años después de Ayacucho, en el aniversario de aquel día americano, vengo con la autoridad de una vida honrada a pedir al pueblo argentino que tan eficazmente intervino en Ayacucho con sus granaderos de a caballo y sus heroicos veteranos de los Andes, un grito de indignación, una protesta honrada contra los actos de barbarie repugnante que comete España republicana en Cuba, que comete la república española en la Isla mártir, que celebran con horrenda alegría los españoles de la Habana y de Madrid.

Unos cuantos hombres dignos que en vida no cesaron de combatir en su patria el nefando sistema con que España ha esclavizado a las Antillas, salieron en el *Virginius* para Cuba. En el acto de desembarcar, fueron apresados por una cañonera. La cañonera *Española* los entregó a las autoridades de Santiago de Cuba, al suroeste de la Isla, y las autoridades españolas han fusilado a cuatro de los buenos que supieron vivir

como han muerto, odiando la injusticia y combatiéndola.

Ante el interés de la revolución en Cuba, combatiente, en Puerto Rico dispuesta a combatir, el fusilamiento de esos nobles representantes de la revolución es un bien: todo martirio es incentivo del martirio, y nadie hay en las Islas desgraciadas que no prefiera morir por su patria que la muerte de sus hijos contribuye a redimir, antes que vivir esclavo en ella. De esta preferencia nace el entusiasmo heroico, y ese entusiasmo es el que ha hecho la independencia de toda América, el hecho más glorioso y más benéfico de la historia de la humanidad en nuestros tiempos.

Ante el interés de los patriotas cubanos y puertorriqueños, el martirio de los apresados en el *Virginius* es un beneficio inapreciable. Si Cuba complaciente con el nuevo orden de cosas en España, tuvo un momento de tregua, ya está rota la tregua. Si Puerto Rico confió en la República española, ya no tiene posibilidad de confiar. Antes de los últimos parlamentos, todos los antillanos, los que combaten en Cuba con las armas, como los que combatimos con nuestros sacrificios para preparar y decidir la revolución de Puerto Rico, todos estábamos dispuestos a ver hermanos en los republicanos españoles, a separarnos de ellos con los sacrificios menos penosos para ellos. Hoy es imposible, es

absolutamente imposible que veamos republicanos en un gobierno, en un pueblo, y en unos hombres que consienten la iniquidad de Santiago de Cuba, que proceden como procedían los monárquicos, que deshonran ante el mundo los principios republicanos que aman para sí y detestan en los que debieran respetar como hijos suyos.

Ante la conciencia del mundo horrorizada, el fusilamiento de nuestros hermanos es un bien para Cuba y Puerto Rico: el horror de la conciencia humana se convertirá pronto en auxilio decisivo para entrambas islas.

Pero ante el sentimiento de humanidad que se ha lastimado con las horrendas venganzas de España en Cuba, el fusilamiento de Quesada, de Céspedes hijo, de Jesús del Sol, de Ryan, es una nueva prueba de la sistemática crueldad de España, de la incurable demencia de esos bebedores de sangre heroica, y es necesario que América latina, toda entera, es necesario que la República Argentina por su parte, demuestre, protestando contra ellos, que tiene fe en la justicia, que tiene el santo entusiasmo del patriotismo heroico, que tiene el horror virtuoso contra el crimen, que hacen gloriosos a los pueblos, que les dan el derecho de ser contados entre los que obedecen el instinto de perfección y de progreso.

Protestas eficaces son las que auxilian contra el malo al bueno, contra el inicuo al justo, contra el verdugo a la víctima.

En tanto que se organiza esa protesta, no haya diario en Buenos Aires, no haya diario en la República que no condene el inicuo fusilamiento, que no abomine de la horrenda complacencia con que los españoles de la Habana y de Madrid lo han acogido.

No haya nadie, ni aún los españoles que deben a la independencia de esa tierra la libertad de trabajo y bienestar que en ella gozan. Interés de ellos es demostrar que los españoles de la Habana y de Madrid que han celebrado con alborozo una catástrofe, no son los que viven de trabajo honrado y los que alientan ideas generosas, sino los que han vivido explotando la esclavitud de las Antillas.

La república española que ha consentido ese fusilamiento inútil ha perdido el derecho de ser estimada y ser creída; pero los españoles que protestan contra esa condescendencia probarán con su protesta que saben ser lo que no son los que deshonran a la República y a España.

Cuanto más ame yo la causa que represento, tanto más dignos de ella deseo a sus enemigos, y lejos de encontrar un argumento en contra, descubro un argumento en pro de la justicia cuando la reconocen los mismos que por interés o por flaqueza o por preocupación o por error

la combaten. Puede haber un sacrificio digno en defender una causa injusta: no hay hombre digno que no condene la injusticia.

Solos o acompañados, espero de todos modos que los argentinos me acompañen a condenar la nueva iniquidad de los que combaten contra Cuba.

Si no se consigue más que una protesta, nada importa: Cuba sabe amar y estimar a los que la secundan y auxilian con sus votos.

PÁGINAS DEL DIARIO ÍNTIMO

PÁGINAS DEL DIARIO ÍNTIMO

Madrid, octubre 2, 12 ¼ h. (noche). — 1866.

ESTÍMULOS. — Estímulos es el nombre genérico que he dado a las máximas que voy a copiar. De la fuerza que tengan no es buen indicio el olvido en que las dejo caer; pero como precisamente para tenerlas siempre delante de los ojos exteriores las escribí, confío en que sus efectos serán más seguros que la enervante predicación secreta de la facultad de donde emanan.

Sé económico para ser digno. Lo infinitamente pequeño es lo infinitamente grande. — Si aceptas el mundo, tienes obligación de ser hombre de mundo. — La madre de ese hombre es la voluntad. La voluntad es *todo* el hombre social. — Si no tienes voluntad, no serás nada, aunque tengas alma de Dios. — Elige entre tu voluntad y una pistola. — El suicidio es una debilidad; pero es un crimen el no ser hombre útil.

Estos seis pensamientos son manifestación de esta idea: Tengo que ser hombre en el mundo y para ello necesito voluntad. Tres de ellos forman un silogismo perfecto, cuya consecuencia me dice terminantemente que la fuerza que busco es la

voluntad. Las otras tres máximas son corolarios exactos. La quinta y la sexta expresan compendiosamente mi pensamiento, mis vacilaciones y mis congojas de muchas horas, de muchos días, de muchos años de lucha sorda.

Cumple con todos tus deberes y gozarás de todos tus derechos. — Tu primer deber es ser hombre: no lo cumplas, y llevarás contigo tu muerte. — Tu primer derecho es el de gozar de la armonía de tu ser con todo lo que existe. — Perfecciónate, es decir, sométete al deber, y la *armonía* será.

El octavo pensamiento, me denuncia el vacío que separa mi realidad de mi ideal. La máxima novena manifiesta mi aspiración y mi convicción constantes: el hombre doblegando lo rígido, lo áspero, lo malo de sí mismo, elevándose, perfeccionándose, ése es mi objetivo. La muerte del sentimiento, de la acción, de la facultad intelectiva, ése es el castigo que me impongo. La máxima novena es fórmula del porvenir que me auguro, con que sueño si llego al desenvolvimiento completo de mi espíritu. Que perfección no es otra cosa que cumplimiento del deber y que éste es la armonía, dice la máxima décima, fotografiando mi pensamiento que hace ya mucho tiempo que se ha detenido en ese imponente juicio de la vida humana. Al copiar estas máximas y hallarlas tan conformes con mis creencias, mis sentimientos y mis deseos, me pregunto con-

fundido estas dos cosas: Primera: ¿Cómo es que quien tan altamente ha colocado su ser moral, camina tan despacio? Segunda: ¿No me equivoqué anoche al decir que estos pensamientos eran producto de un acto de imaginación cuando tan exactos reflectores son de mi alma toda?

Sé pequeño para ser grande; lento para ser rápido; diligente para serlo todo. — Sé ordenado para ser exacto; metódico para gozar del tiempo; económico para ser digno.

Estos consejos atacan directamente muchos vicios de mi carácter. Si conocerse es perfeccionarse, no desmayemos, ¡yo puedo *ser!*

Confiésate tres veces por la noche: una en el diario de tus sentimientos y tus actos; otra, en el resumen de tu trabajo intelectual; otra, en tu libro de cuentas. — Vuelve a ser reservado.

En la amonestación décimatercera, el hombre de dentro se prepara a salir. El precepto décimocuarto es una experiencia pesimista. Un espíritu reflexivo, por tanto concentrado, salió de sí, se desbordó, y el desbordamiento le hizo daño. Si logra recogerse, sabrá ser franco sin ser duro, sincero sin ser comunicativo.

Aprende a hablar y habla a tiempo. — No pierdas ni un momento en conversaciones, ni con hombres frívolos. De león te convertirás en jumento. Es decir: la palabra oportuna es una potencia; pero no la prodigues porque perdería su fuerza, y de enérgico te harías débil.

Ama para ser amado. ¿Qué quiere decir esto? Que se está generando el sentimiento hace mucho tiempo; que está cohibido; que está enfermo; que pide una expansión; que ya se empieza a ver la necesidad de concedérsela. Esto, por un aspecto. Por otro, quiere decir que en la vida de relación, el medio eficaz de no enredarse en la madeja, es proceder con dulzura y con benevolencia.

Obedece al reloj, y nunca se anidará el tedio en tu corazón. — El tiempo es aire para el trabajo: para el ocio es plomo. — Aquí está el recuerdo aleccionador. Nadie ha sido más víctima del tedio por ser más indiferente al presente con que se ha hallado.

Ama la gloria por lo que tiene de estimulante; aborrécela por lo que tiene de enervante. — El único buen juez es la conciencia: pero el mejor tribunal es el que forma ella con el mundo. Es decir, pide primero la aprobación de tu vida al juez interno: pero no desdeñes al externo, porque ambos forman el tribunal de apelación. ¿Sigo yo estos consejos...? He suspirado.

Lima, 28 de noviembre del 70.

¡Lo que es ser pobre y alojarse pobremente en un país rico en donde es una especie de obli-

gación el alojarse en el hotel más rico! Eso y el viaje en segunda en el vapor en que venían el sobrino del Presidente y uno de los ex presidentes de la República me están haciendo sentir que se establece una barrera entre muchos hombres y yo. Mientras más contento paso una velada en compañía de hombres inteligentes, distinguidos, de consideración, más temo el día siguiente, porque tan pronto contesto modestamente "en el Hotel Seronvalle" a la pregunta de adónde me hospedo, empiezan a interrogarse entre sí, siguen por admirarse de no conocer el hotel y acaban por mirarme con ojos inquisitivos. ¿Cómo no han de dudar los ricos de un hombre que viene a luchar por una idea sin siquiera los recursos iniciales para luchar? Ciertamente, si es la falta de dinero lo que hace al aventurero, nadie lo ha sido más que yo lo soy. ¿Cómo no han de alejarse del que no tiene con qué justificar la abnegación de que da pruebas, de la educación que desde el primer momento pone de manifiesto? Mientras más digno, más cortés, más atento, mientras más contrasta la pobreza de mi indumentaria con la riqueza de mi corazón, más dudan de mí, más desconfían. Aun hasta los que tienen necesidad de mí. El pobre joven venezolano tenía razón cuando me decía en Panamá que un pobre no podía esperar conseguir nada en un país rico. Oyendo eso, yo hubiera debido no venir, no exponerme a los tormentos

de amor propio que he sufrido en el viaje, ni a las dudas de la gente que he conocido en Lima. Aun mi propio trabajo se volverá contra mí: "¡Cómo — se dirán —, viene a hacerse intérprete de los intereses revolucionarios de las Antillas y se pone a trabajar!" La dignidad, tan exigente en mí, contribuye también a mi embarazosa situación.

Santiago, 17 de marzo de 1872.

Al llegar a París, yo no tenía más que un fin: hacer un amigo de las Antillas y mío de cada uno de los jefes de la revolución española: Olózaga, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Aguirre, F. de los Ríos y cuantos de antemano yo había adquirido para mi causa sirviendo a la suya. Llegué pleno del sentimiento y de los principios de la revolución, y mientras dogmatizaba sobre ellos, todos, comenzando por Olózaga, me rendían su pleito homenaje; pero tan pronto como yo bajaba a cuestiones de hecho, a proyectos, a discutir medios, me confundía. Mi pobreza me impidió alternar con ellos, y me vi forzado a separarme de ellos. Castelar sacó partido de mi pobreza para vengarse de los secretos dolores que yo le causaba con mi carácter más levantado. Yo sabía, porque lo había observado en todas partes en España, que el resultado de la revolución de-

pendía de la unión de los demócratas y los progresistas: era una noble idea, que yo convertí en un deber; empezaron por ridiculizarla, siguieron por dudar de mi sinceridad: los progresistas me creyeron demasiado demócrata, los demócratas, demasiado progresista. Yo tenía que vivir de mi trabajo, y sólo los emigrados podían procurármelo por medio de sus relaciones; ni uno de ellos dió un paso: Castelar me prometió una colocación que él decía muy segura con un periódico del Perú; pero Castelar partió de París en los momentos en que debía haberme dado una respuesta definitiva y debo a su extraña conducta el no haber podido encontrarme en la revolución de España. Ruiz Zorrilla me había rogado ir a Londres a ver a Prim; pero yo no tenía con qué hacer el viaje y para evitarme el sonrojo de tener que hacer una petición o la vergüenza de recibir un rechazo, tuve que buscar pretexto. Un día me encontré solo con el general Pierrad, en París. Todos los emigrados, excepto Olózaga, Ríos y Castelar que habían salido para la Seine, estaban en camino de España. No pude soportar la idea de verme fuera del movimiento que yo había contribuído a preparar más que muchos otros. ¿Cómo ir a España? Yo tenía amigos en Cataluña: si iba allí podría revolucionar una parte de la provincia; la cosa era tanto más difícil y el peligro tanto más grande cuanto que yo no sabía ni si Maranges

estaba o no en la provincia; pero estaba resuelto y comuniqué mi idea a Olózaga quien, a pesar de alabarla y de maravillarse de mi conducta, no hizo más que darme una carta cerrada para Baldrich. Gracias a un revolucionario pobre, que se enfermó de miedo en el momento de arriesgarse a la aventura, pude conseguir trescientos francos, con los cuales salí perfectamente seguro de mí mismo, pero perfectamente incierto de lo que iba a hacer. Al llegar a Perpignan, dos *payeses* fueron arrestados por la policía francesa como sospechosos de ir a España a contribuir a la revolución, en virtud de un decreto del gobierno francés que prohibía el tránsito de emigrados españoles. Para mí, el arresto de aquellos dos hombres apareció como un abuso de fuerza tanto mayor cuanto que los dos infelices no tenían trazas de ser revolucionarios. Yo me puse entonces de parte de ellos e intervine preguntando al policía que los arrestaba con qué derecho lo hacía. "Y Ud. mismo — me preguntó él —, ¿con qué derecho se mezcla en este asunto?" "Con el derecho que dan la libertad y la dignidad humana" — le dije —. "A pesar de su francés — respondió él — Ud. me parece español". "Dios me libre — dije yo con el tono más americano posible —: yo soy americano". "¿Sus papeles?" "Aquí están". "Son españoles..." "Lo que no impide que yo no lo sea". "Váyase si no quiere ser del número". "No par-

tiré en tanto que estos dos hombres no sean puestos en libertad". Y con el aire más conquistador del mundo entré en Perpignan, pregunté por la prefectura, me hice presentar al Prefecto y le pedí la libertad de los dos catalanes. Lo hice tan bien que él me la acordó, y queriendo ser el heraldo de tan buena noticia salí para llevársela a los dos arrestados. Eran gente del pueblo y groseros. Uno de ellos creyendo que porque yo hablaba francés y español no podía ser sino un espía me dijo que esperaría ser puesto en libertad para meterme una bala en la cabeza. "Ud. es un animal —le dije con el tono más severo —; yo soy quien soy, necesito de Uds., váyanse inmediatamente y digan de mi parte al general Pierrad, que Uds. encontrarán en Junquera o en Figueras, que tengo que verle". Como mi conducta había sido muy imprudente, quise precaverme contra cualquiera tentativa del gobierno francés, que arrestaba sin piedad a cualquiera que tuviera el aspecto un poco revolucionario, salí para un pueblecito de la costa, desde donde yo esperaba ir por mar a Rosas. Pero allí la vigilancia era más activa porque dos días antes habían arrestado al general Latorre, y tuve que desandar camino. Fué un momento de gran alegría cuando me encontré en la frontera española fuera del peligro de caer en manos de la policía napoleónica.

Ya estaba pues en España. ¿Qué iba yo a hacer? Acababan de decirme en Junqueras que todo había terminado, que acababan de recibirse telegramas de la batalla de Alcolea, que la Reina y su corte se habían escapado para Francia, que la revolución reinaba tranquilamente en la Península. Echando a un lado el regocijo que el triunfo de la revolución me causaba, no tenía otro motivo de alegría. Al contrario, al preguntarme una y otra vez "¿qué voy a hacer?", la duda surgía intranquilizadora en mi mente. Iba a perder o a ganar todo el fruto de mis esfuerzos anteriores. Si se le hacía justicia a las Antillas, mi porvenir estaba asegurado; si se nos engañaba, como de costumbre, habría que recomenzar. Además, yo me sentía completamente fuera de lugar: sabía que no tenía ninguna de las habilidades que en la vida política, y sobre todo en la revolucionaria, se exige habitualmente a los recién llegados, no tenía la menor inclinación al botín, ni siquiera contaba con el menor átomo de insolencia para reclamar el pago de mis servicios, no creía haber hecho ninguno, no tenía amigos y estaba triste; también me sentía avergonzado: hay una vergüenza terrible, que es la que se siente cuando uno se encuentra fuera de la realidad; cuando los farsantes triunfan, los incapaces de fuerza se sienten impotentes para triunfar. Me detuve dos días en Gerona en donde me asociaron a las ovaciones que estaban ha-

ciendo al general Pierrad, y partí para Barcelona. Nadie vino a verme y cuando encontraba en la calle a aquellos a quienes, durante cuatro meses, había espantado con mi osadía revolucionaria, los veía hacerse los desdeñosos. La Junta estaba llena de amigos: rehusaron recibirme en ella cuando me presenté en ella. Salí para Madrid y fué uno de los días más amargos de mi vida aquel en que habiendo llegado a la capital de España, que me había visto hacer en la hora del peligro lo que ninguno de los triunfadores del momento había osado, me encontré en un quinto piso tan pobre, tan aislado, tan impotente como en el pasado.

(¡Ah! los tiempos me reservaban horas aún más amargas. Las que paso ahora por ejemplo. ¿Puede darse aislamiento igual? ¿es posible creerlo, sabiendo que aquí hay políticos que me conocen? ¡Oh pobreza, pobreza, tú eres una maldición y te huyen!)

Los que me encontraban en la calle me decían: "¿Cuándo van a darle la gobernación de una provincia?" Los que conocían mis esfuerzos anteriores, los comparaban a los de otros que ya habían sido recompensados, y me decían: "Ahora es cuando Ud. va a recibir su recompensa". Otros me expresaban silenciosamente su asombro. Otros había que no se decidían a creerme impotente y que me escribían para pedirme puestos en un negociado y otro. Otros había que acri-

minaban mi carácter orgulloso o apático o injusto, según su parecer: mi familia entre ellos. Mi noble padre, y éste era mi suplicio, no cesaba de preguntarme: "¿para cuándo la recompensa a tus servicios, o continúas tú siempre apático?" Sí, yo continuaba tan apático como de costumbre. Yo continuaba por la calle mientras los otros se arrastraban por el polvo, y cuando yo veía el espectáculo de la adulación, de la vileza, de la indignidad con las cuales se rescataba la sombría conducta anterior, me encerraba en mi desdén.

Por encima de toda mi incompetencia, yo tenía una razón poderosa. Yo había hecho lo que había hecho, no sólo por ser el ciudadano de la libertad en todas partes, sino también porque yo quería sacar partido de la revolución española en favor de las Antillas. Las cartas cambiadas con Olózaga, Prim y Sagasta me hacían esperar un cambio inmediato en el gobierno de las Antillas; y como ese cambio no llegaba, yo estaba cada día más descontento de la revolución y de los hombres que la habían aprovechado. Yo hacía todo lo posible por obtener alguna cosa, pero cada conferencia con los poderosos de entonces me demostraba lo erróneo de las esperanzas que yo acariciaba, y yo no hacía una visita oficial al Presidente del Gobierno o al Ministro de las Colonias sin tener un altercado, de donde yo sacaba no sólo el resen-

timiento de la gente en las altas esferas oficiales sino también el de los colonos que me acompañaban, que se espantaban de mi osadía, buscando como ellos estaban la benevolencia de los grandes. Cometí un error al decir que mi posición no había cambiado. Cambiado había: pero de mal en peor. Para todos era motivo de menosprecio mi impotencia y me hostigaban; en particular mis acreedores: mi sastre me demandó judicialmente; mi hostelero me importunaba sin cesar.

Un día vino Moret a verme para preguntarme si yo aceptaría un puesto en el periódico que el cubano Azcárate debía publicar pronto. Mi respuesta fué condicional, y aceptadas las condiciones, empezamos la publicación de *La Voz del Siglo*. Éste era un bello periódico que hubiera podido llegar a ser un buen diario si su propietario, Azcárate, no hubiera tenido un *parti pris*. Él quería acercarse al gobierno, y sobre todo a Serrano, por medio del periódico. Al estallar la revolución de Cuba nos dividimos: Azcárate y los españoles de la redacción, querían un término medio entre los cubanos y España; yo quería el triunfo de la revolución. Para evitarme responsabilidades, dejé hacer a Azcárate, que se mantenía en una posición del todo digna, reclamando lo que Serrano mismo había ofrecido cuando su gobierno de la Isla. Yo había sido designado como uno de los can-

didatos a la representación de Puerto Rico y aunque deseaba poder hablar delante de la Cámara, me pareció que sería traicionar a las Antillas el aceptar la representación. Padial vino a proponerme hacerme recomendar por el Ministro del Interior al Capitán General de Puerto Rico, pero yo rechacé redondamente la proposición y lo amenacé con denunciar su proceder. Escribí entonces a Puerto Rico diciendo que debíamos abstenernos de toda conciliación con España mientras durara la revolución de Cuba. No obstante yo podía hacer algo en favor de la dignidad de mi país y acepté todas las comisiones de que me encargaron mis compatriotas para cerca de los miembros del gobierno. Habiéndome encargado los de Ponce de protestar contra la conducta de su jefe político, fuí a ver al general Serrano que, después de hacerme muchas promesas, me pidió le dijera mi opinión sobre la ley electoral que acababa de publicarse. Mi opinión fué ésta: "Uds., la gente del gobierno español, se olvidan siempre de la dignidad de las Antillas." Él se enfureció, y nos separamos descontentos el uno del otro. Pocos días después se me invitó a tomar parte en la discusión de una tesis científica en el Ateneo. Yo no había hablado en público: pero ya tenía pensado romper con el gobierno español y aproveché como pretexto la exposición de la teoría de la federación. A propósito de esta

forma de gobierno, dije que era el único modo de terminar la guerra de Cuba, de impedir la revolución de Puerto Rico, de hacer justicia a esos pueblos y demostrar que España, que nunca había cumplido con su deber en América, comenzaba a hacerlo. Apenas acabé de exponer mi pensamiento y de hacer una crítica áspera de la España colonial, el Ateneo cayó sobre mí y muchos oradores levantaron contra mí la bandera de su patria. Espero haber hecho algo ese día. *La Voz del Siglo* murió por falta de lectores. Ya no me quedaba qué hacer en España y en cuanto obtuve los fondos necesarios me fuí a París. Pero esto no fué hasta el mes de septiembre de 1869. Después de un mes de cruel espera salí para el Havre en donde tomé un vapor de emigrantes para ir a Nueva York a principios de noviembre. Cuando se trata de resistir, soy fuerte. Puede ser que no haya habido nadie que se haya sacrificado más por sus ideas; pero cuando se trata de actuar, soy débil. Mi conducta y sus efectos en Nueva York, han sido una de las enseñanzas más persuasivas de mi vida, y voy a tratar de describirla más pacientemente que he descrito la observada en España.

Cuando salí para Nueva York, tenía la creencia, que Oppenheimer me había imbuído con una carta de uno de nuestros amigos residentes en Nueva York, que una expedición saldría

pronto para Puerto Rico. Ofrecí entonces ir a Nueva York, y aunque la fecha fijada para la expedición había pasado y Acosta, Castro, Blanco habían intentado en París hacerme creer que no había nada, yo persistí en creer en la próxima partida de la expedición. Mi fe en los resultados de la revolución de las Antillas no era más tenaz que hoy, pero sí era más apasionada, más ardiente, más brillante. Yo iba a la revolución empujado no sólo por la fuerza de una seria meditación en el porvenir de mis Islas, sino lleno de esperanza en los hombres. Yo me decía: "Toda opresión determina en los individuos y los pueblos una acción contraria a la ejercida por los agentes opresores, y estoy seguro que los puertorriqueños y los cubanos son hombres que están a la altura del papel que les va a tocar. Estando todos unidos por el lazo sagrado de la idea, toda pasión personal, todo interés individual, toda aspiración contrarios al fin a que todos y cada uno debemos consagrarnos con preferencia, deben ser desterrados previamente de nuestras relaciones."

Llegué a Nueva York. Esperaba encontrar en el muelle a todos aquellos a quienes les había avisado mi salida y con quienes, independientemente de mis propios motivos de acción, yo había venido a tomar parte en la expedición. Nadie me esperaba. Yo fuí entonces a verlos. Me recibieron de la manera más fría, más de-

cepcionante. Apenas nos vimos se terminó la amistad: su actitud parecía preguntarme a qué había ido yo, quién me había llamado, con qué derecho me presentaba allí. Me miraban como algo curioso, inesperado, no comprensible. Aquélla fué una terrible noche. Me encontré más solo que nunca, y sin embargo estaba en medio de aquellos a quienes yo había ido a buscar como amigos y compañeros de martirio. Y, para recibirme de un modo tan indigno, no tenían otra razón que mi pobreza.

Buenos Aires, miércoles 31 de diciembre de 1873.

Voy a aprovechar un instante la tranquilidad para contar sencillamente lo que me ha pasado desde que estoy en la República Argentina. A esa relación agregaré mis pensamientos, mis sentimientos y los movimientos de mi conciencia. El año va a pasar: la hora de un resumen ha venido por sí misma.

Al llegar aquí, ya lo he dicho, he encontrado la acogida de la curiosidad y de la vanidad, no la de la fraternidad y la comunidad de ideas. Esto no podía convenir a un hombre que ama sus ideas por encima de todo, y no he tardado en disgustarme. Sé bien que mi taciturnidad y la firmeza de las ideas y de los sentimientos que

constituyen mi carácter no han dejado de tener influencia en la soledad que se ha hecho a mi alrededor; pero soy bastante conocedor de los hombres, de la vida y de mi misión para no haber hecho todo lo que me era posible a fin de ser agradable a los otros, y creo tener el derecho de creerme mejor dispuesto en su favor que ellos lo están en el mío.

Teniendo que tentar el terreno en que debía comenzar mi propaganda, no tuve inconveniente, a pesar de no estar menos dispuesto al combate por los ataques de los españoles de aquí, en escribir el 10 de octubre, el aniversario de la revolución de Cuba, un artículo que me había sido pedido por J. M. Estrada, uno de los pocos amigos inteligentes que tenía y que tengo aquí. Con la intención de sorprender al presidente de la República, al mismo tiempo que de aprovechar una bella ocasión para contestar la última carta que yo había recibido del presidente del Perú, escribí a éste una carta discutiendo su idea de un Congreso americano, y apoyándola. Publicada la carta, vinieron a traerme al día siguiente, de parte de Estrada, un periódico, *Correo Español*, escrito por españoles, y siempre y brutalmente enemigo de la independencia de las Antillas y de todo lo que es americano. El *Correo* hizo los más calorosos elogios de mi carta, al mismo tiempo que dirigía palabras gordas contra la pretendida hostilidad de los

argentinos a los *soi-disant* escritores del periódico español. Estos homenajes inesperados y la instancia del periódico a discutir seriamente la cuestión me hicieron caer en el error de intentar una discusión. Pero apenas comenzada por un artículo probablemente demasiado profundo para ser tomado en su valor real, el español hizo insinuaciones necias respecto a los cubanos y yo corté la discusión. He sido siempre el más desgraciado de los hombres forzados a tener enemigos, porque siempre he combatido lealmente con ideas y como la gente es tan ignorante, jamás disciernen la verdad, y juzgan que es una debilidad mía lo que es una prueba de fuerza. Al cortar la discusión con un artículo lleno de dignidad, esperaba que me comprendieran; pero no. Sentí a mi rededor rumores que me hicieron comprender cuán grande es el abismo que me separa de la gente. No se puede ser más delicado que yo y aun creo que mi delicadeza llega hasta tener algo de timidez, lo cual me hace sufrir. Se pasaron cinco, seis, quince días sombríos, de descontento de mí mismo y de los otros, como de pájaro fuera del nido, como de hombre en derrota. Estaba solo, quería estarlo, me quejé de verme abandonado, volví a mis tristezas solitarias y maldije mi fe en los hombres, mi tenacidad en el deber, mi obstinación en vivir en el dolor de una empresa sin auxiliares, hasta que un día oí decir que se iba a inaugurar un

ferrocarril. Tenía necesidad de sustraerme a la depresión que sufría, tanto por la frialdad general hacia las Antillas, cuanto por mi imposibilidad de hacerme comprender por gentes que no me comprendían. Quise pensar y sentir con entera libertad y tomar la revancha haciéndome, por medio de artículos de viajero benevolente, tan accesible como fuera posible. Por medio de Santiago Estrada obtuve una invitación, y el 8 de noviembre partí para Río Cuarto. Tuve el placer de navegar entre las islas del Delta, de ponerme en relación con la naturaleza, de sentirme aligerado y contento. Esto no dejó de tener sus contrariedades. Un joven que debía conocerme de nombre, habiéndose acercado a mí y habiéndome hecho toda especie de demostraciones respetuosas, me hablaba del Paraguay, el pobre querido país tan interesante por sus desgracias, cuando un señor, acompañado por el sobrecargo del barco, se acercó a pedirme mi invitación. Se la mostré. Al leer mi nombre, él dijo con un tono grosero: "¡Pero yo no he dado esta invitación!" Era una afrenta hecha en la cara y en presencia de un centenar de personas. Yo le respondí con dureza haciéndole comprender que se las había con quien no carecía de amigos, y lo mandé a verse con el jefe de la expedición. El incidente no tuvo otro resultado que contrariarme. Tuvo, sin embargo, la ventaja de hacerme conocer y aun cuando todo el viaje

hasta Río Cuarto fué molesto, tuve una gran compensación en la admiración de la Pampa, en el placer que sentía en ponerme en relaciones con un país americano que crece y prospera. El viaje, que yo prolongué yendo a Córdoba, a la Sierra, a las colonias del Rosario, me hizo bien, para el espíritu, que se calmó, para la salud, por el conocimiento del país, por las relaciones que me procuraban en todas partes amigos, por el renombre que encontré a mi regreso. Mis artículos habían despertado la admiración de todos los capaces de comprenderlos. Tal vez era yo el único en no estar contento, y con razón.

Las noticias de Cuba me habían llegado al alma y regresé inmediatamente para tomar la pluma del revolucionario y el propagandista. Los españoles, que se encontraban obligados a celebrar las atrocidades cometidas por los suyos en Cuba, tergiversaban cada palabra. Por mi parte, furioso contra los republicanos españoles, mis antiguos amigos, que, con Castelar a la cabeza, consentían las crueldades cometidas por sus delegados, escribí un artículo recogiendo el apóstrofe de traidores lanzado por los españoles de aquí a los fusilados, devolviéndolo a la cabeza de los republicanos españoles y al más traidor de ellos a los principios de la república, Castelar. El periódico español, que yo no leía, tanto por repugnancia cuanto por evitarme sacudidas de nervios, apareció al otro día furioso

contra mí, según lo que me dijo Q... Habiéndole rogado que me enviara el periódico, tuve bastante fuerza de voluntad para verlo. Nada más atroz. Yo era un cobarde que debían abofetear hasta hacerle salir la lengua. Si yo llegara a ser menos sincero y menos natural en mi profesión de fe ardiente en favor de lo verdadero y de lo justo, sería suficiente hacer ver lo infame de esa tarea de ultraje; pero me dió cólera. Hice venir a L. V., por medio de una carta en que lo encargaba de ir a proponer un duelo al miserable que osaba insultarme tan vilmente. L. V. me argumentó así: "Usted no puede batirse con un miserable a quien todo el mundo rechaza, que busca rehabilitarse con un escándalo. Usted no puede descender hasta un cura apóstata que ha venido aquí a hacerse el alma de esos buenos españoles que llenan nuestras calles: Ud. caería en un ridículo espantoso; por último, Ud. no se pertenece a sí mismo, su causa es su deber, y éste está lleno de dolores". A tiempo que él me decía todo eso, los cubanos vinieron a rogarme que no me batiera, recordándome también que yo no me pertenecía. J. M. Estrada y su hermano Santiago vinieron igualmente a disuadirme. Creo que hice una de las tonterías de mi vida. Si el mundo se complace en humillar con insinuaciones perversas y aceptando calumnias que él es el primero en conocer, a los que sabe están por encima de ellas, yo hubiera debido ser un poco

más firme, yo hubiera debido no desistir, para librar al mundo de un miserable, y el mundo, en lugar de reírse, me temería entonces. Pero como soy siempre una razón sola contra los prejuicios de los otros, desistí del duelo para encontrarme ahora en una de las situaciones más dolorosas.

Estoy más y más convencido que la conciencia hace un mártir de aquel cuya vida preside; aunque, en mi situación, he recibido las pruebas de respeto que se me han tributado después de ese incidente en que toda la dignidad ha estado de mi parte. Para mí, nada es comparable al voto de mi razón, y conociendo ésta bien a los hombres, no deja de aleccionarme recordándome que la fuerza bruta les complace todavía, que la fuerza moral les es todavía muy desconocida para que puedan coger el sentido íntimo, el valor real de mi conducta. Así, no puedo dejar de atender a los hombres, obligado como estoy por mi oficio de propagandista a contar con ellos, y cada vez que percibo la sombra de una duda en una fisonomía, la cólera primero, después el abatimiento se apoderan de mí. Estoy completamente seguro de mí mismo, pero el hábito de pensar seriamente ha cambiado mi carácter más de lo que yo desearía a pesar de saber que llegado el momento yo tendría la mano pronta cuando la necesitara; pero quisiera no espantarme tanto del escándalo y ser un poco

más audaz de lo que soy. La audacia es un triunfador de cada instante en el mundo y estoy tan lejos de ella que ni aun tengo el sentimiento preciso de los derechos en el momento en que se trata de imponerme por otros medios que no sean los de la razón. Es de ahí que probablemente ha nacido la convicción renovada en estos días de dolores secretos, de que no podré continuar mi obra sin un cambio, que no sé cómo va a operarse, si las circunstancias no vienen a decidirme a una acción un poco más violenta. La convicción es tal, que empiezo a pensar en la necesidad de ir a batirme a Cuba, a arrancarme de la vida sin recompensa que llevo. Batirme por estas ideas que me han costado tanto sería una recompensa, porque al menos formaré definitivamente mi carácter, tal como lo deseo.

Mi mayor desgracia ha sido siempre la ambición de perfección y de lógica: queriendo la primera, he querido hacerme de todas las cualidades, por contradictorias que fueran; por lógico, jamás me he contentado con los términos medios y desde que concebí la idea de la independencia de mi patria, me he propuesto hacerme hombre de acción, a pesar de sentirme hombre de reflexión. No sé si llegaré al fin que busco, con todas las condiciones que me he propuesto; pero me parece que no he hecho todo lo que hubiera debido para desarrollar mi fuerza orgánica, para habituarme al combate material,

para arreglarlo todo sin pestañear. Me ha sucedido cien veces encontrarme más fuerte a medida que se satisfacía la curiosidad embarazosa de los pueblos, y de sentirme más tranquilo a medida que la situación se hacía más dura. Pero en medio de las miradas perversas de los hombres, en medio de la indiferencia brutal de las muchedumbres, en medio de los incapaces de juzgar un pensamiento formado en el mayor desinterés de bienestar, de poder, de gloria y de popularidad, en medio de las calumnias tácitas que siempre me han envuelto por la singularidad de mi existencia solitaria, me encuentro y siempre me he encontrado demasiado delicado para no ser débil.

En 1865, cuando comencé mi carrera política, la comencé por un acto de valor cívico. Habiendo decidido Narváez y González Bravo vengarse en el pueblo de la oposición que se les había hecho, ocuparon en la noche del 10 de abril la Puerta del Sol con policías sobre las armas. Estando prohibido el paso, nadie podía pasar. Yo me sentí ciudadano, tenía el derecho de pasar, lo intenté una y dos veces. La segunda vez, habiendo hecho fuego la policía y el pueblo no estando preparado para resistir, hube de refugiarme en el Ateneo, en donde, empujado por la indignación, asumí una actitud que uno solo, un joven catalán más viejo que yo, secundó. Al día siguiente hice, con una severa carta publi-

cada en *La Iberia*, el proceso de la infamia que había costado tantas vidas al pueblo de Madrid. Poco después dos pequeñas ofensas costaron caro a dos hombres.

Cuando mi dirección de *El Progreso* en Barcelona, cuando nadie osaba hablar en España, yo dije todo lo que podía osarse decir y no contento con perseguir a los conservadores en la prensa, les hice frente en sus asechanzas privadas.

Después, cuando se trató de volver a España a consumar la revolución que con mis informes había ido a decidir en la emigración de París, hice lo más espontáneamente del mundo una proposición que hubiera podido costarme la vida, y solo, sin recursos, sin esperanzas de auxiliares, hubiera hecho lo que me había propuesto si no hubiera sido por el triunfo de Alcolea, de que tuve noticias al llegar a Junqueras. Todo eso por amor a la libertad, pues ya entonces yo no tenía la esperanza que había acariciado de mejorar la situación de las Antillas por medio de la revolución de España. Estoy completamente seguro de que llegado el momento, cumpliré con mi deber con la tranquilidad del estoicismo. ¡Ah, yo que hago eso, que haré siempre sin entusiasmo y sin ardor lo que los otros hacen en la embriaguez del entusiasmo, me siento incapaz de resistir a las calumnias con que mis enemigos

siembran mi camino, que los incapaces de estimar mi vida de abnegación se apresuran a cosechar!

Buenos Aires, Quinta Guido, enero 12 de 1874.

Ya tengo treinta y cinco años. Ayer fué el sombrío aniversario. Puede ser que nunca haya entrado en un nuevo año de mi vida en condiciones más enojosas y bajo el peso de ideas más negras.

He aquí las condiciones: pérdida absoluta de la fe en los hombres y en mí mismo. Horror a la realidad brutal de la vida y desesperanza de poder influir en ella para hacerla mejor. Amargo reflexionar en las fuerzas que he perdido tratando de ser un espíritu fuerte. Vivo y agrio sentimiento del error que he cometido lanzándome solo, sin otros recursos que la resolución de servir a la verdad y a la justicia, en un combate en que yo sabía que no podía triunfar. Abatimiento el más profundo al verme aislado en el combate por la justicia y temor de verme siempre y por todos abandonado como estoy ahora y he estado siempre.

He aquí las ideas: a los treinta y cinco años, uno que hubiera tenido un poco más de audacia, de pasión y de amor a sí mismo, hubiera hecho, con mis fuerzas morales e intelectuales, cual-

quiera que hubiera sido su objetivo en la existencia, todo lo que hubiera querido. Yo estoy tan lejos de haber llegado al fin que me proponía, que ni aun sé lo que quería. ¿La gloria? Voy a ella por atrechos (1). ¿La verdad? La amo más por reacciones contra lo falso que por acción continua de mi razón. ¿La justicia? Otra reacción contra la iniquidad de los hombres. ¿La patria libre? No sé si es servirlo el divorciarme completamente del sentimiento de mi país, el forzarlo con el ejemplo de una abnegación que él aborrece a una lucha que él parece no desear. ¿El triunfo de Cuba? No sé todavía si quedándome en España y llenando el papel que otros han intentado sin la fuerza de convicción que yo había puesto en ello, yo no hubiera hecho cien veces más y mejor de lo que he hecho con mi peregrinación y mi propaganda. ¿La constitución de una América tal como yo la he soñado? Sé que jamás hombre que se sale de la realidad y la combate puede operar con éxito sobre una parte cualquiera de la humanidad. El sentimiento de mi soledad total, la irritación de todo lo en mí irritable contra todo lo que se opone a lo que creo bueno y justo; la pérdida total de las pasiones y de las fuerzas que ellas dan; la conciencia de mi inferioridad respecto de la tarea que me he impuesto mientras no me decida a hacer cosas que detesto; la necesidad de ser lo

(1) *Atrecho*. Voz portorriqueña. Significa *atajo, senda*.

que creo deber hacer para realizar mi doble ideal de la independencia de mis islas y de mi carácter, todo me empuja hacia una resolución que me parece la más loca.

Pienso en ir a Cuba: primero, para protestar con mi conducta de la de las gentes; después, para desarrollar en todas sus fases mi carácter y para hacer el aprendizaje de una parte de la vida de que yo hubiera podido no prescindir si no hubiera sido por la doble presión del sentimiento de la justicia y del orgullo que me han empujado a serlo todo, pensamiento y acción, para realizar mi objetivo.

Ir a Cuba sin recursos, sin confianza en mí mismo, sin confianza en los otros es probablemente ir a buscar la muerte tal vez a deshora. Ir a Cuba por desesperación, para probar que jamás he sido el hombre débil que se me cree, es una debilidad. Ir a Cuba abandonando lo que con mis esfuerzos yo hubiera podido hacer por Puerto Rico, es sacrificar el fin capital de mis esfuerzos.

Y sin embargo pienso en ello.

No hago nada aquí. Mi propaganda no ha tenido otro resultado que el procurarme el odio violento de los españoles sin una sola adhesión decisiva de los americanos. Estoy aquí de más. Todo se ha presentado de modo a hacerme desistir y hacerme tomar una resolución racio-

nal, la de quedarme a vivir aquí o en Chile, y podría y tal vez debería hacer lo que me había prometido.

La vida me es tanto más cara cuanto que la he dedicado a un gran fin; ¿pero no sería cumplirlo el morir por lo que he predicado? Desearía antes de morir saborear un poco el bien de amar y de ser amado. Quién sabe si es precisamente en el fondo de los bosques cubanos, entre las heroicas familias que siguen a la revolución, que yo estoy destinado a encontrar el alma de mi alma.

Pienso en mi padre, en mis hermanas, en mis deberes hacia ellos, en los nuevos dolores a que voy a sujetarlos, y que yo querría poder evitarles, pero sufro demasiado las continuas vacilaciones de una vida sacudida por tantas fuerzas contrarias para no saber el mal que me hacen las vacilaciones.

Si llego a hacerme a los hábitos militares, a pelear como cualquier otro, a ser el brazo de una idea después de haber sido la cabeza y el corazón, estaré contento de mí mismo porque habré realizado el hombre soñado y porque habré dado un gran ejemplo a los hombres, una fuerza irresistible a la revolución de las Antillas.

¡Ah! ¡Cuánto daño me hizo mi padre al hacerme desistir de la idea profética que tuve en mi infancia cuando quise hacerme oficial de

artillería! Yo sería ahora el hombre de la revolución. Mientras que ahora, es probable que yo vaya, no al primer triunfo, sino al último sacrificio. Sería lástima. Todavía tengo en el cerebro todo un mundo de ideas por construir; en la conciencia todo un mundo nuevo por organizar; en la voluntad muchas nobles acciones por realizar. Mas, puesto que no he sabido o podido encontrar la verdadera vía, sigamos al menos la por donde llegaré a la acción tan deseada.

No por pretenciosa, deja de ser sencilla mi idea de la vida. Sentimiento, debo amar. Inteligencia, debo conocer. Conciencia, debo imponer todos mis derechos y cumplir todos mis deberes. Voluntad, debo hacer lo que sé es bueno y justo, amar el bien y la justicia.

No he realizado mi sentimiento. Siempre he sido desgraciado, porque la idea de perfeccionamiento y la ambición de deber mi felicidad a mis esfuerzos por el bien han obsedido siempre al sentimiento. No he realizado mi razón. He sido siempre juguete de la imaginación o de errores seguidos sistemáticamente o de una disposición demasiado ideal a la verdad, al bien y la justicia. No he realizado mi conciencia. Aun habiendo hecho verdaderos sacrificios a lo que yo creía un deber de conciencia, temo haber hecho el mal. No he realizado mi voluntad. Aun haciendo lo que he querido, me he detenido siempre o por temor al mal o por amor a la

verdad o por falta de audacia o por desprecio a la fuerza o por el sentimiento de mi soledad o por horror al escándalo.

Hubiera podido amar y ser amado más que nadie en el mundo, y no he hecho más que combatir mis afectos: abandonando mi familia bien amada; abandonando a tres novias, cualquiera de las cuales hubiera podido ser la alegría de mi vida; abandonando la gloria. Hubiera podido ser un hombre de letras, un hombre de ciencia, un pensador, un filósofo: lo he abandonado todo al sentimiento de un deber tanto más dudoso cuanto mejor sé que el cumplimiento del deber está ligado al instinto de conservación, de fuerza, de potencia y de gloria personal.

Hubiera podido ser un hombre perfecto en el bien. No he hecho nada.

Hubiera podido hacerlo todo: mi gloria, aceptando lo que la humanidad cree es glorioso; mi potencia, acomodándome a las imperfecciones de los otros y a ellos mismos; el bienestar de mi familia, levantándola con mi gloria y mi potencia; mi contento personal, haciendo todo el bien que con tanta perspicacia he distinguido aún en el mal.

La vida tiene en mí tantos períodos como facultades el alma y yo hubiera podido cumplirla noblemente realizando el sentimiento, la voluntad, la conciencia, la razón.

Hubiera podido ser un hombre feliz en mi juventud perdida, haciendo felices a los míos. Hubiera podido ser un sentimiento, una conciencia, una razón actuando en el período de la acción.

Yo hubiera consagrado mi vejez a ordenar en un sistema todos mis pensamientos, todas mis experiencias, todos los juicios de mi razón, todas las condenaciones y las glorificaciones de mi conciencia.

Nada ha sido hecho.

Así, vale más morir tratando al menos de hacer triunfar, no por el sacrificio de una vida atormentada, sino por la embriaguez del combate, las ideas, los sentimientos, la conciencia y la voluntad del bien que me han hecho siempre desgraciado.

En verdad, yo soy un ser excepcional entre mis hermanos los humanos, y sea esto obra de mis defectos o de los defectos de la gente, debo confesarme sinceramente que no haré nada bueno mientras tenga que persuadir a los otros del bien que persigo. Así, es preciso hacerse de la fuerza necesaria para imponer el bien. No puedo adquirirla en el combate de pasiones y de intereses que ni aun concibo y contra los cuales no tengo armas. La virtud no es un arma, y si es virtud la fuerza pasiva que he desarrollado contra los hombres y sus pasiones, contra los

intereses de la vida social y de la vida individual, debo convencerme de que no llegaré a nada por la virtud reflexiva, sufrida, resignada.

Se trata de saber si esta virtud aplicada a la lucha sin trabas del campo de batalla puede llegar a darme el poder de imponer la verdad y la justicia, la moral y la libertad, el bien y el deber.

Hoy debo dar un paso en ese sentido. Se trata de ponerme en condiciones de hacer un viaje a los Estados Unidos para enrolarme en una de las expediciones que se dicen están preparadas para llevar recursos a los revolucionarios de Cuba.

ÚLTIMAS PÁGINAS DEL DIARIO ÍNTIMO

Estancia, miércoles, 5 de agosto de 1903.

A dos pasos de aquí, en una de las casitas que llamamos del camino, murió anoche una pobre tísica a quien hemos visto ir muriéndose día tras día desde setiembre de 1902 en que llegamos a esta casa. Madre de dos chiquitines singularmente simpáticos y acompañada de una abnegada no sé si madre o hermana, ha llorado las soledades y las atrocidades de un amor mal pagado. Díceme el de mis hijitos que desde pequeñuelo se asombra más de mi piedad para con todos, que el pernicioso autor de la desgracia que terminó anoche, esposo y padre y responsable de otra familia, formó ésta a despecho de consideraciones y deberes, para abandonarla del modo más vituperable y con la mayor inconsciencia de los daños físicos y morales que causaba a la infortunada víctima de su insensibilidad.

Todo esto, que hacía más obligatoria la caridad de los vecinos, parece que no los ha movido mucho. El horror al contagio y la falta de

relaciones personales de amistad, han hecho el papel de testigos impasibles. Yo no lo he sido, pero no he podido más que manifestar una simpatía muy viva con unos medios muy escasos.

Estancia, jueves, 6 de agosto de 1903.

Volví a hallar al pobre Sócrates. Ya está muy abatido. Al "¿Cómo va, señor?", me contestó: "Arrastrándome". Y efectivamente arrastraba un tanto las piernas. Y comentó al arrastrarse: "Hace días siento calambres que a veces son fuertísimos al despertarme y que después se convierten en un cansancio de piernas doloridas. Aun más fastidioso que ese achaque de casa vieja, es la cantidad de sedimento de estómago que se me ha depositado en la lengua, y que ya parece que no cede a los purgantes. Mientras tanto, trabajando, a pesar de que me prescriben el descanso completo. Pero el trabajo es hasta un entretenimiento indispensable en mi mal". "Pero, en suma — le pregunté con interés afectuoso — ¿qué mal es?" "¿Mi verdadero mal? ¿El verdadero?" "Ése". "Mi mal verdadero..."

No había en su voz ninguna amenaza de suicidio; pero sí una tan intensa expresión de fastidio de la vida, que repercutió hondamente en mi cerebro, tan poseído ya también del fastidio de la vida.

IDEARIO

ESTIMULANTES (1)

Piensa para estimularte, estimúlate para mejorarte —me dije en el día sin aurora de la infancia —, y desde entonces voy pensando, voy pensando.

Van pesando, van pesando los pensamientos en el cerebro, y acojo con avidez la ocasión de descargarlos.

El papel me la ofrece, y la aprovecho.

Han salido unas veces para el libro; otras veces para el diario; algunos en la conversación.

Otros no salen. Los sentidos, los sentimientos, la razón, los toman de la realidad y los encierran: ésos son, ésos son, los que más pesan.

Ésos, los que — mezclados con pensamientos que he pensado para el mundo — van aquí.

No tengan tus acciones censor más severo que tú mismo, y serás un juez insobornable de los otros.

No juzgues a los demás por el juicio que de

(1) *Revista de Santiago*, Tomo I, 1872, Santiago, Imprenta Nacional, calle de la Moneda núm. 46.

ellos formen otros hombres ni por el que hayan formado de ti mismo, y serás justo.

Cuando no puedas ser justo por virtud, sélo por orgullo.

Si quieres saber lo que es justicia, déjate perseguir por la injusticia.

Allá van, ola tras ola, precipitándose las aguas contra el buque. Ya ha zozobrado el buque; ya su tripulación ha perecido, y aun se mece tranquilamente sobre la superficie furiosa de las olas, la gaviota. Esa tranquilidad de la gaviota en esa desesperada intranquilidad del mar, es la justicia.

¿Has visto brotar de esas tinieblas del cielo la luz de ese relámpago, y aun no sabes definirte la verdad?

Como el calor es una forma del movimiento en la dinámica celeste, la verdad es una forma del movimiento en la dinámica intelectual.

Hay una ley de atracción universal, que así rige las ideas como los astros. Hay una verdad

de inmediata observación para ti mismo: eres tú mismo. Conócela, y la ley de atracción revelará las otras.

¡Hermosísima noche en la ciudad! Velan los astros allá arriba; duermen los humanos acá abajo. Los astros son muchos, y una sola es la luz que de ellos llega; muchos son los humanos, y una sola es su vida colectiva: ley de unidad para arriba y para abajo.

¿Quieres estar completamente solo? Asómate acompañado a oír el ruido de las olas bulliciosas.

¿Quieres estar acompañado? Asómate sólo a tu alma silenciosa.

Ser hombre es la cosa más extraordinaria de las cosas ordinarias de este mundo.

Hay hombres completos e incompletos.

Si quieres ser hombre completo, pon todas

las fuerzas de tu alma en todos los actos de tu vida.

De los hombres a *el hombre* hay la misma distancia que del orangután al hombre. Los hombres son orangutanes con razón. *El hombre* es una razón que ha vencido al orangután.

Cuanto más conozco a los hombres, más me espanta la diferencia que hay entre lo que son y lo que deben ser.

Considera a los hombres como niños, para que siempre ilumine la sonrisa de la benevolencia tu semblante.

Todos los hombres son buenos cuando no están delante de una pasión, de un interés o de un error.

Presta tu luz a los ciegos. ¿Por qué han de irritarte las maldades de los hombres, si no son más que ceguedades?

¿Hombres honrados? Los cuento a millares. ¿Al hombre honrado? Tengo que contarlo con

los dedos. Hombres honrados son los que preparan su vida de tal modo, que sólo vean los demás lo que es honroso. El hombre honrado es el que muestra siempre toda su vida.

La vida es el cumplimiento de un deber.

Vivir es subir la cordillera de los Andes: cuanto más se sube, más insondables son los precipicios.

Mientras más te duela la vida, ámala más. Espíritu y materia sufren más cuanto más grandes; observa los cataclismos de los Andes; estudia la biografía de Colón.

¿Quieres vivir con las generaciones que vendrán? Mata tu voluntad y retírate a la soledad de tu conciencia.

¿Quieres vivir con tu generación? Pues elige entre tu voluntad y una pistola.

La voluntad es la mitad del hombre social.

La voluntad es una facultad esencialmente perversa. Por eso es necesaria la libertad, por-

que siendo malo el instrumento, lo obliga la razón a hacer el bien.

La voluntad es la facultad humana más próxima a las facultades animales, porque es el instrumento del instinto.

¡Misteriosa unidad de las especies! ¡No estás sólo en la identidad de los embriones y en la semejanza aparente y patente de las formas! Estás también en las afinidades de los seres. Como has producido el instinto de conservación en los irracionales, has producido la voluntad instintiva en los tontos: débiles sin voluntad instintiva y sin instinto, los tontos y los irracionales se conservan por la incapacidad en que están de obedecer a otro móvil que la conservación de su existencia.

Los tontos no son seres libres porque no son seres de razón.

Los tontos y los astutos son compañeros de viaje en este mundo.

Los tontos son cómplices de todos los delitos del astuto.

Cuando un astuto formula las ideas de los

tontos, ¡agachaos!, que se anuncia una tempestad intelectual.

La ignorancia es tan malvada como la misma maldad.

La verdad y el bien siguen un mismo camino. El que busca la verdad, encuentra el bien.

Una negra loca se me acercó y me dijo sentenciosamente: "Resístete a ti mismo, y vencerás". Desde entonces, cada vez que veo perseguida a la virtud, me lo explico: es negra, y la desprecian; es loca, y la escarnecen.

La virtud es un poder, y el poder hace ambiciosos. Quisiera que todos los hombres tuvieran la ambición de la virtud.

De todos los placeres que conozco, no conozco ninguno comparable al de sentirse capaz de la virtud.

El amor es un instinto, una pasión y una vir-

tud. Instinto, enferma; pasión, debilita; virtud, fortalece.

Casi todos los seres racionales aman; pero casi ninguno sabe amar.

Casi todos los hombres aman como bestias; muchos aman como fieras; pocos aman como hombres.

El amor instintivo busca el placer que enerva; el amor apasionado busca el deleite que enajena; el amor virtuoso encuentra la armonía que buscaba.

Sale del puerto el ligerísimo velero. Es casco, jarcias, velas. Ya el casco se borra en la distancia; ya se borran las jarcias; ya se borraron las velas. Los afectos inconstantes son el barco; son casco, jarcias, velas. La distancia devora el casco; la distancia devorará las jarcias; la distancia devorará las velas.

Sin idiomas no habría sociedad. Las pasiones son necesarias en el mundo, porque son el lenguaje común de los deseos.

Ayer monté a caballo. Era fogoso: enarcó la

cerviz, dilató los ojos, erizó la crin, tendió la cola, tascó el freno, espumó, piafó, saltó y se lanzó al escape. Luché por contenerlo hasta postrarlo. Lo postré, y quedé postrado. Símbolo de muchas existencias. El caballo era la pasión desenfrenada; era yo la razón enfrenadora; se desenfrenó el caballo, enfrené yo, y cuando la pasión se hubo calmado, ya sólo quedó la postración en la existencia.

Valparaíso, 20 de mayo de 1872.

P A L A B R A S [1]

Si vivir es realizarse en sentimientos, inteligencia y voluntad, ¡qué poco viven los que sólo en palabras se realizan!

De todos los tormentos que imagino, ninguno es más terrible que el de perder el tiempo de la acción en la palabra.

La más fecunda de las palabras es la hablada, porque es la más próxima a la acción.

La palabra es la acción del pensamiento.

Los dos seres más poderosos de la Historia han sido Sócrates y Jesús, porque han sido los dos que más han realizado lo que hablaban.

Si cada palabra fuera un acto, rompería con ira y con desdén la impotente pluma, me traga-

(1) *Revista de Santiago*, Tomo I, 1872, Santiago, Imprenta Nacional.

ría con indignación la inútil lengua, pronunciaría moviéndome la palabra hacedora, y moriría.

No hay muerte. El cuerpo es materia y la materia no muere; se transforma: el espíritu es lo que es, y lo que es se modifica, pero no perece.

El organismo es una máquina: el tiempo la gasta; el uso la inutiliza; el abuso la destruye. La materia primera de una máquina, el hierro, el acero, el cobre se refunde después, y va a ser elemento de otra máquina.

El espíritu es una máquina inmaterial; se gasta, se inutiliza, se destruye.

La muerte de la materia y la inmortalidad del espíritu son dos mentiras: la materia no muere, porque se transforma; el espíritu muere, porque desaparece con el organismo en que se aloja.

Yo sé que la materia no muere, porque va a

la materia: ¿a dónde va el espíritu, que, cuando ha desaparecido, no lo veo?

El todo es inmortal; la parte es la que muere: parte de la materia cósmica, mi cuerpo muere; parte del espíritu universal, mi alma muere: pero mi alma es inmortal en el espíritu universal del cual es parte, como mi cuerpo es inmortal en las moléculas descompuestas que van a adherirse a la materia cósmica.

Si la parte es mortal, el individuo muere como parte de la materia que se transforma eternamente, como parte del espíritu que evoluciona eternamente; pero como agregado, ni la materia ni el espíritu que me constituyen son susceptibles de la muerte.

La muerte es una invención del fanatismo. El primero que hizo a Dios a su imagen y semejanza, instituyó la muerte como castigo de la vida.

La muerte es el progreso de una vida incompleta a otra completa.

Cuando yo pienso que la sepultura es una nue-

va cuna, pienso como las ciencias naturales, que la muerte es una nueva vida.

¿Por qué es triste el morir? Porque el vivir es triste.

¿Por qué es triste el vivir? Porque es trabajo.

El trabajo ¿qué es? Es una ley.

Ley es la primera razón de todo orden: todo orden es coacción de una fuerza irreflexiva; toda coacción de una fuerza es un esfuerzo; todo esfuerzo es acción; toda acción es reflexión de un movimiento muscular, cerebral o espiritual; todo movimiento es vencimiento de un músculo postrado, de un cerebro dormido, de un espíritu indeciso; todo vencimiento es un dolor; todo dolor es triste. El trabajo, vencimiento como es de una oposición de la naturaleza externa o interna, es doloroso; y como doloroso, es triste. La vida es la suma de trabajo con que vencemos a la naturaleza; luego la vida es triste. La muerte es principio de una nueva vida, luego la muerte es triste porque la vida es triste.

Acostumbrarse a vivir es acostumbrarse a trabajar. Acostumbrarse a trabajar es acostum-

brarse a vencerse y a vencer. El que se acostumbra a vencer, se fortalece; luego el trabajo que en esencia es un dolor, se convierte por el hábito en deleite. Como el trabajo, la vida: trabajo deleitoso, vida armónica. Como la vida, la muerte: vida armónica, muerte serena.

Si la armonía de la vida depende del trabajo que en ella se realiza, la serenidad de la muerte depende de la armonía de la vida, puesto que el vivir es trabajar, puesto que el morir es vivir en otra vida.

Estoy contemplando con mirada de astrónomo esos astros. ¿No son adorno del firmamento? Pues son elementos necesarios de la vida universal. Si yo soy parte y elemento de esa vida, un día llegará en que yo, espíritu o materia, o materia y espíritu a la vez, me confunda con esa materia y ese espíritu que evolucionan en el infinito inaccesible.

He contemplado con ojos de soñador la bóveda celeste. He sentido indefinibles e indefinidas atracciones; idénticas a las mías, son las sentidas por todos los seres de mi especie. ¿Son atracciones materiales? Pues estamos sujetos a la ley de atracción universal, y no podemos

dejar de ser. ¿Son las atracciones que llamamos instinto, simpatía, presentimiento? Pues yo tengo afinidad con esos mundos.

Si hay muerte, no hay Dios. Si Dios es, tiene obligación de ser justo, y sería injusto, si dando la condición del perfeccionamiento a nuestra vida humana, nos interrumpiera en la vía del perfeccionamiento.

¿El perfeccionamiento se interrumpe en aquel momento que llamamos muerte? Pues es necesario que haya otras existencias, para que en ellas consumemos o continuemos la tarea que la ley del bien eterno nos impuso.

Ahora, mientras yo combato a la muerte, muere alguien. Era una mujer, una esposa, una madre, una hermana, una amiga, un buen corazón, una alma sana. ¿Que ante la inducción la realidad? Ha muerto la mujer, la esposa, la madre, la amiga, el corazón, el alma; pero ha muerto para nosotros. ¿Quién se atreve a afirmar que ha muerto para sí misma?

El llanto tributado a los que mueren es llanto tributado a los que viven. El que sobrevive sabe

que tiene un dolor, y lo exhala en lágrimas; pero ¿sabe que es un dolor el del que muere? Si no lo sabe, llora por sí, no por otro.

¿De dónde viene el recién nacido, y por qué llora? ¿A dónde va el recién muerto, y por qué sonríe?

¿En dónde toma su espíritu el que nace? ¿En dónde deja su espíritu el que muere? ¿Dónde ha tomado su luz ese relámpago? ¿Dónde ha dejado su luz ese aerolito?

Como las plantas, como los animales, como el hombre, nacen, crecen, se desarrollan, florecen, y sucumben las civilizaciones; pero ¿qué civilización viva no contiene elementos de las muertas?

Nacen, combaten, triunfan, se modifican y transforman las ideas; pero ¿qué idea muerta en su fin individual no vive transformada en fines más extensos y más claros?

Hubo una catástrofe en el cielo, y un astro de primera magnitud se hizo pedazos. De esos

pedazos se formó la Vía Láctea, semillero de astros luminosos. Si el astro sucumbió como astro, se sobrevive a sí mismo como Vía.

El astro, la civilización, el ser que mueren, no interrumpen las leyes de la vida; las completan.

El primer día de omnipotencia intelectual será aquel en que todos los hombres puedan contemplar en el día de su muerte la alborada de una vida más completa.

Las religiones que ofrecen a sus sectarios una vida eterna, eterna en la gloria o el tormento, los engañan. La vida es eterna en cuanto es vida; es transitoria en cuanto estado.

Si la vida después de la vida, fuera eterna, no habría ley de progreso y perfección.

Estado de progreso, momentos de desarrollo; eso es la vida, realícese acá o allá; en este planeta o fuera de él; en esta forma del ser o en otra forma; en este consorcio de espíritu y ma-

teria o en la unión de esos elementos con otros superiores.

Se ama y se deja de amar; ¿muere el amor? No, se transforma. Se idealiza y se deja de idealizar; ¿muere la idea? No, se transforma. Se hace y se deja de hacer; ¿muere la voluntad? No, se transforma. Se cree y se deja de creer: ¿muere la conciencia? No, se transforma.

Estados del sentimiento. La vi, la amé, la marchité, pasé. El amor no pasó. De los sentidos había pasado al corazón. La vi, la amé, la contemplé, sufrí, la hice sufrir. ¿Pasó el amor? Pasó del corazón a la razón. La vi, la amé, la eduqué, le di el conocimiento de sí misma, que es el secreto de la felicitad, y apagué estoicamente mi cariño. ¿Pasó el amor? Pasó de la razón a la conciencia. La vi, la amé, y no le dije que la amaba. Era toda pasión; yo era deber. Ella venció por un momento, y me dejé vencer. "No me hables, no me mires, no me magnetices así, que me trastornas", me dijo con su sonrisa lacrimosa. Se irguió el deber, y para no trastornarla, no volvió a hablarle por mis labios la pasión. Le habló por los suyos, y en un momento de confianza en ella y en mí, me dijo inocentemente: "Salgo sola". Yo le dije

piadosamente: "Si me amas, presérvate de mí". Pasó el amor; pero si el hombre que así ha recorrido todas las fases del sentimiento (1), y así las reúne en una sola, en la fase completa del amor, no sirve para amante y para esposo, servirá para amar hasta el sacrificio todo lo que es bello, es bueno, es justo y verdadero.

Estados de la idea. En un principio, fué idea de ventura, y me engañó. Idea de gloria fué después, y me cansó. Más tarde fué idea de poder, y me enfermó. Llegó un día en que se hizo idea de ciencia, y me animó. Se hizo la idea del deber, y me calmé. ¿Han muerto esas ideas que han pasado? Todas viven armónicamente en la idea suprema de ser hombre, de cumplir con el deber de conocerme y conocerlo todo, de poder todo el bien que sea posible, de inmortalizar mi existencia en el deber, de ser venturoso en el deber.

Estados de la voluntad. Quise locamente lo bueno y lo malo que ideé y que amé. Ahora no quiero enérgicamente sino el bien que sé. ¿Ha muerto la voluntad? Se ha completado.

---

(1) Advierto al lector que no soy yo. Hago un estudio necesario, no una confesión impertinente; pienso, no tonteo.

ÍNDICE

Página

NOTICIA BIOBIBLIOGRÁFICA por José D. Forgione VII

HOMBRES DE AMÉRICA

JOSÉ DE SAN MARTÍN 5

JORGE WASHINGTON 11

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO 17

SUCRE 29

LUPERÓN 34

FORJANDO EL PORVENIR AMERICANO

LA LLEGADA DE LOS INMIGRANTES 49

¿CUÁL DE LAS DOS FORMAS DE GOBIERNO, MONARQUÍA O REPÚBLICA, REALIZA MEJOR EL IDEAL DEL DERECHO? 59

EL FERROCARRIL TRASANDINO 75

LA EDUCACIÓN CIENTÍFICA DE LA MUJER 81

EL PERIODISMO 95

MALES DEL CENTRALISMO 103

Página

ENSAYOS DE CRÍTICA LITERARIA

CARLOS GUIDO SPANO 113
LAS TRADICIONES PERUANAS DE RICARDO PALMA .. 140

CARTAS

AL PRESIDENTE DEL PERÚ, D. MANUEL PARDO. 1873 153
A JOSÉ MANUEL ESTRADA. 1873 166

PÁGINAS DEL DIARIO ÍNTIMO

MADRID, 2 DE OCTUBRE DE 1866 177
LIMA, 28 DE NOVIEMBRE DE 1870 180
SANTIAGO DE CHILE, 17 DE MARZO DE 1872 182
BUENOS AIRES, 31 DE DICIEMBRE DE 1873 193
BUENOS AIRES, 12 DE ENERO DE 1874 203

ÚLTIMAS PÁGINAS DEL DIARIO ÍNTIMO

ESTANCIA, 5 DE AGOSTO DE 1903 211
ESTANCIA, 6 DE AGOSTO DE 1903 212

IDEARIO

1. ESTIMULANTES 215
2. PALABRAS 224

LA COLECCIÓN ESTRADA

SU SIGNIFICADO

La COLECCIÓN ESTRADA, como otras similares que circulan con autoridad indiscutida en países de avanzada cultura, será una biblioteca de síntesis y orientación, de significación indudable. *En cien volúmenes* livianos, elegantes, económicos, impresos en nítidos caracteres, revisados y comentados en prólogos y acotaciones por profesores y críticos de probado saber y reconocida competencia docente, se presentarán por separado una obra completa o selecciones antológicas compuestas con páginas escogidas de un autor consagrado en la literatura, las artes o las ciencias.

La COLECCIÓN ESTRADA se publica para lectores amigos de las buenas letras y para estudiantes de enseñanza media, del profesorado y de la universidad, bajo la dirección de Julio Noé y de una junta consultiva integrada por los doctores Roberto F. Giusti, Álvaro Melián Lafinur y Alberto Julián Martínez.

La autoridad de sus colaboradores y la jerarquía de la Editorial que la ha proyectado y publica bajo su contralor, convierten a la COLECCIÓN ESTRADA en una expurgada e insuperable *biblioteca de difusión cultural y de consulta* para todo lector que desee co-

nocer las obras más calificadas de los ingenios clásicos y las más afamadas, típicas y atrayentes de la literatura americana y vernacular a través de una edición fidedigna, tanto por el rigor de una inteligente compulsa y depuración, como por el mérito original de los estudios y prólogos que agregan los eruditos que las comentan.

No atribuye esta Editorial originalidad a su iniciativa, pero tiene la convicción de que introduce nuevos valores y modalidades en este género de publicaciones, manteniendo siempre el más alto nivel intelectual y artístico.

L A E D I T O R I A L

COLECCIÓN ESTRADA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1 y 2. DOMINGO F. SARMIENTO: Mi vida. Texto ordenado y anotado por Julio Noé.

3. SANTIAGO ESTRADA: Viajes y otras páginas literarias. Selección, prólogo y notas de Ricardo Ryan.

4. PLATÓN: Apología de Sócrates. Edición cuidada y anotada por Arturo Marasso.

5. HOMERO: Selección de la Ilíada y la Odisea. Prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

6. NICOLÁS AVELLANEDA: Escritos literarios. Selección, prólogo y notas de Álvaro Melián Lafinur.

7. JOSÉ ENRIQUE RODÓ: La tradición intelectual argentina. Selección y prólogo de Rafael Alberto Arrieta.

8. JOSÉ MARTÍ: Páginas selectas. Selección, prólogo y notas de Raimundo Lida.

9. EDUARDO WILDE: Páginas escogidas. Selección, prólogo y notas de José María Monner Sans.

10. INCA GARCILASO DE LA VEGA: Páginas de los Comentarios Reales. Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

11. MARIANO JOSÉ DE LARRA ("Fígaro"): Artículos escogidos. Selección, prólogo y notas de Avelino Herrero Mayor.

12. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: Estudios histórico - literarios. Selección, prólogo y notas de Ernesto Morales.

13. GUSTAVO A. BÉCQUER: Sus mejores páginas. Introducción por José D. Forgione.

14. JOSÉ MANUEL ESTRADA: Páginas del Maestro. Selección, prólogo y notas de Tomás R. Cullen.

15. JOSÉ MANUEL ESTRADA: Antología. Prólogo y notas por Roberto F. Giusti.

16. JUAN MONTALVO: Páginas escogidas. Selección, prólogo y notas de Arturo Giménez Pastor.

17. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA: La Gitanilla y Rinconete y Cortadillo. Prólogo y notas de Francisco Gil Esquerdo.

18. INFANTE DON JUAN MANUEL: El Conde Lucanor. Prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

19. JOSÉ S. ÁLVAREZ ("Fray Mocho"): Antología. Selección, prólogo y notas de Manuel Gálvez.

20. ÁNGEL DE ESTRADA: Antología *(Prosa)*. Selección y prólogo de Juan Pablo Echagüe.

21. GREGORIO DE LAFERRÈRE: Obras escogidas. Prólogo y notas de José María Monner Sans.

22. FRANCISCO DE QUEVEDO: Vida de Marco Bruto. Prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Notas de Ana María Barrenechea.

23. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN: El Capitán Veneno. Prólogo y notas de Ramón Gómez de la Serna.

24. PEDRO GOYENA: Obra selecta. Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

25. RUY DÍAZ DE GUZMÁN: La Argentina. Introducción y notas de Enrique de Gandía.

26. BARTOLOMÉ MITRE: Antología. Estudio preliminar de Manuel Gálvez.

27. SHAKESPEARE: Enrique IV. Traducción y prólogo de Miguel Cané. Estudio crítico de Rafael Alberto Arrieta.

28. RALPH WALDO EMERSON: Ensayos. Selección y prólogo de Erly Danieri.

29. SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: Poesías escogidas. Selección y prólogo de Francisca Chica Salas.

30. SANTIAGO CALZADILLA: Las beldades de mi tiempo. Estudio preliminar y notas de Carlos Alberto Leumann.

31. EDGAR ALLAN POE: Poemas escogidos. Prólogo de Pedro Miguel Obligado.

32 y 33. V. PÉREZ ROSALES: Recuerdos del pasado. Estudio preliminar y notas de Eugenio Orrego Vicuña.

34. TOMÁS GUIDO: Epístolas y discursos. Prólogo y notas de Bernardo González Arrili.

35. RICARDO MONNER SANS: Notas al Castellano en la Argentina. Prólogo y acotaciones de José María Monner Sans.

36. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN: Tabaré. Prólogo de Alberto Zum Felde.

36 (Bis). El general San Martín en las Tradiciones de Pastor S. Obligado. Selección, prólogo y notas de Justa Dose de Zemborain.

37. BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA: Páginas escogidas. Selección, prólogo y notas de Armando Braun Menéndez.

38. H. W. LONGFELLOW: Antología. Traducción, prólogo y notas de Héctor Pedro Blomberg.

39. JOSÉ ASUNCIÓN SILVA: Poesías. Selección y prólogo de Francisca Chica Salas.

40. ANDRÉS BELLO: Antología poética. Selección, prólogo y notas de Eugenio Orrego Vicuña.

41. JUAN B. ALBERDI ("Figarillo"): Escritos satíricos y de crítica literaria. Selección, prólogo y notas de José A. Oría.

42. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS: Antología. Prólogo de Roberto F. Giusti.

43. AMADEO JACQUES: Escritos. Estudio preliminar y compilación de Juan Mantovani.

44. JOSÉ MARÍA PAZ: Memorias de la prisión. Selección y prólogo de B. González Arrili.

45, 46 y 47. DANTE: La divina comedia. Traducción de Bartolomé Mitre, con un estudio preliminar y notas de Gherardo Marone. Tomo I: Infierno. Tomo II: Purgatorio. Tomo III: Paraíso.

48. ÁNGEL DE ESTRADA: Antología poética. Selección y prólogo de Álvaro Melián Lafinur.

49. FLORENCIO SÁNCHEZ: La gringa — En familia — Barranca abajo. Prólogo y notas de José María Monner Sans.

50. MARCO AURELIO: Soliloquios. Prólogo y notas de José María de Estrada.

51 y 52. JOSÉ DE ALENÇAR: El Guaraní. Prólogo de María de Villarino.

53. SAINTE-BEUVE: Retratos literarios. Selección y prólogo de José A. Oría.

54. ENRIQUE GARCÍA VELLOSO: Mamá Culepina — La cadena — 24 horas dictador. Prólogo de Vicente Martínez Cuitiño.

55. CICERÓN — CASIANO: Diálogos sobre la amistad. Traducción, prólogo y notas de Santiago de Estrada.

56. ALBERTO DEL SOLAR: Páginas escogidas. Prólogo y notas de Armando Braun Menéndez.

57. LUCIO V. LÓPEZ: La gran aldea. Prólogo de Alfonso de Laferrère.

58. POETAS COLONIALES DE LA ARGENTINA. Selección, prólogo y notas de W. G. Weyland.

59. CUENTISTAS ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas por Renata Donghi Halperín.

60. ANTOLOGÍA INDIANA (Poetas que cantaron al indio de América). Introducción, selección y notas de Héctor Pedro Blomberg.

61. EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: Antología. Prólogo de José D. Forgione.

PRÓXIMAS EDICIONES

MARTÍN CORONADO: Obras escogidas. Prólogo de José María Monner Sans.

JUAN B. ALBERDI: Autobiografía. Selección y prólogo de Julio Noé.

MIGUEL CANÉ (Padre): Antología. Prólogo y acotaciones de Manuel Mujica Lainez.

VICENTE F. LÓPEZ: Retratos históricos. Selección, prólogo y notas de Alfonso de Laferrère.

MANUEL LÁINEZ: Hombres y cosas. Selección y prólogo de Adolfo Mitre.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA: Antología. Selección y prólogo de Narciso Binayán.

POETAS ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

ANTOLOGÍA DE POETAS ROMÁNTICOS MENORES Y POSROMÁNTICOS ARGENTINOS. Selección, prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

PROSISTAS ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Álvaro Melián Lafinur.

ORADORES ARGENTINOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Matías G. Sánchez Sorondo.

POETAS HISPANO-AMERICANOS DEL SIGLO XIX: Selección, prólogo y notas de Julio Noé.

PROSISTAS HISPANO-AMERICANOS DEL SIGLO XIX. (Cuentistas y novelistas): Selección, prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

PROSISTAS HISPANO-AMERICANOS DEL SIGLO XIX. (Ensayistas y críticos): Selección, prólogo y notas de Roberto F. Giusti.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ: Ismael. Prólogo de Héctor Pedro Blomberg.

ANDRÉS LAMAS: Selección de escritos. Prólogo de Roberto Levillier.

RUBÉN DARÍO: Páginas de Buenos Aires. Prólogo y notas de Julio Noé.

GABRIEL RENÉ MORENO: Episodios coloniales. Selección y prólogo de Bernardo González Arrili.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA: Antología. Prólogo de Mario Binetti.

CUENTISTAS PERUANOS: Antología. Selección y prólogo de José Jacinto Rada.

MIGUEL ANTONIO CARO: Antología. Selección y prólogo de Julio Noé.

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO: Poesías. Prólogo de Jorge Bogliano.

COSTUMBRISTAS CHILENOS. Selección y prólogo de Carlos Acuña.

CUENTISTAS CHILENOS DEL SIGLO XIX. Selección, prólogo y notas de Guillermo Koenenkamph.

ANTOLOGÍA DE LOS POETAS CHILENOS DEL SIGLO XIX. Selección y prólogo de Augusto Iglesias.

ANDRÉS BELLO: Escritos selectos. Prólogo y notas de Eugenio Orrego Vicuña.

ALFREDO D'ESCRAGNOLLE TAUNAY: Inocencia. Prólogo de Ernesto Morales.

JOAQUÍN MARÍA MACHADO DE ASSIS: Varias historias. Prólogo de Félix E. Etchegoyen.

ALUIZIO AZEVEDO: Coruja. Prólogo de José Lins do Rego.

JUAN RIBEIRO: Historia del Brasil. Prólogo de Gilberto Freyre.

PROSISTAS BRASILEÑOS: Selección y prólogo de A. de Mello Franco.

ANTOLOGÍA LÍRICA ESPAÑOLA: Selección, prólogo y notas de José A. Oría.

MIGUEL DE CERVANTES: Don Quijote de la Mancha. Introducción y notas de José A. Oría.

MIGUEL DE CERVANTES: Novelas del Quijote. Prólogo de Arturo Giménez Pastor

LOPE DE VEGA: Poesías líricas. Selección y prólogo de Francisca Chica Salas.

BALTASAR GRACIÁN: El discreto. Prólogo de Roberto F. Giusti.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN: La Comedia nueva y El sí de las niñas. Introducción y notas de José Francisco Gatti.

FRAY LUIS DE LEÓN: Poesías y prosas escogidas. Selección, prólogo y notas de Gregorio Halperín.

JOSÉ DE ESPRONCEDA: Poesías. Prólogo de Eduardo Joubin Colombres.

EDMOND ROSTAND: Cyrano de Bergerac. Introducción y notas de José María Monner Sans.

LOUIS VEUILLOT: El perfume de Roma. Selección y prólogo de José A. Oría.

CHATEAUBRIAND: El Genio del Cristianismo. Prólogo de José A. Oría.

CONDE DE MAISTRE: Las veladas de San Petersburgo. Prólogo de José A. Oría.

GOETHE: Egmont. Prólogo de Juan Probst.

TÁCITO: Anales. Prólogo de Luis A. Arocena.

CICERÓN: Tratados morales. Selección, prólogo y notas de Gregorio Halperín.

DIÓGENES LAERCIO: Vidas de los filósofos más ilustres. Prólogo de Luis A. Arocena.

SÓFOCLES: Edipo. Edición, prólogo y notas de Enrique François.

PLATÓN: Fedro y Ión. Palabras preliminares de José María de Estrada.

124220

B 99

R00007 80587

S868
124220
HOSTOS
PAGINAS ESCOGIDAS

S868
124220
HOSTOS
PAGINAS ESCOGIDAS

ATLANTA PUBLIC LIBRARY